



# Black Butterfly

*Adrian Blake*



# Black Butterfly



El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular del copyright. Así mismo, queda prohibida su incorporación a cualquier sistema informático, ya sea por copia, transcripción o donación. Todos los derechos reservados.

Primera edición: Septiembre 2019

Título original: Black Butterfly

Adrian Blake© 2019

Diseño de Portada: Gema Millanes

Maquetación: Gema Millanes

Imágenes de portada: Suttertock

# **Axel**

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

# **Brais**

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

# **Joel**

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

# **Ken**

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Epílogo](#)





**Axel**

*Adrian Blake*





# Axel

*Adrian Blake*

**Black Butterfly 1**



# Prólogo

Mi nombre es Axel y soy dueño de un club, el *Black Butterfly*, donde hombres y mujeres vienen a hacer sus fantasías realidad. Yo no comparto la filosofía de mi local, pero la demanda de este tipo de sitios se ha disparado en los últimos años y habría sido gilipollas si hubiera desaprovechado la oportunidad.

Mi clientela es bastante diversa, desde jóvenes que se atreven a probar cosas nuevas con bastante recelo hasta parejas maduras que saben lo que necesita su relación para perdurar, y la verdad es que pocas veces he tenido que echar a alguien del local por no cumplir las normas o por poner en peligro la integridad de su pareja de juegos.

Hoy el local está algo más tranquilo de lo habitual. Para ser viernes apenas hay clientes, aunque la verdad es que hoy hay partido de fútbol y la gran mayoría aparecerá cuando terminen de retransmitirlo. Por suerte para mí que sea verano no me afecta si no es para bien, porque está situado en una ciudad costera y la afluencia de turistas trae consigo un aumento de la clientela. Cris, una de mis camareras, limpia la barra por enésima vez en lo que va de hora porque solo ha servido cinco copas en toda la noche.

—Déjalo ya, Cris, que le vas a quitar la capa de brillo al mármol — ordeno.

—Ya sabes que no me gusta estar con los brazos cruzados. A ver si

termina el condenado partido y podemos empezar a trabajar de una vez.

Brais aparece con el pecho al descubierto y el látigo colgando de la cinturilla de sus vaqueros.

—Hoy el día está demasiado tranquilo, tío —suspira dando un buen trago a su botella de agua.

—Hay partido —explico.

—Podrían ponerlos más temprano, así no le joderían el trabajo a las personas honradas.

Le miro con una ceja arqueada, porque Brais es de todo menos honrado. Es un sinvergüenza de cuidado que disfruta follándose a cualquier mujer que se le ponga en el camino, por eso le gusta tanto su trabajo.

—Tú eres honrado —responde con una sonrisa socarrona antes de volver a beber.

—Ya me habías dejado muerta —ríe Cris—. Porque tú de honrado tienes lo que yo de monja.

—Podrías aprovechar que no hay nadie para probar mis servicios —ronronea Brais haciéndome elevar los ojos al cielo.

—Y tú puedes aprovechar para irte un poco a la mierda —contesta ella sacándole el dedo.

—Al menos nadie podrá decir que no lo he intentado...

Brais se larga y Joel, el portero, deja pasar a una pareja y se ofrece a retirar el abrigo de la mujer. Es bastante alta, con el pelo por los hombros aunque no atino a ver el color. Su pecho no es demasiado grande y asoma elegantemente por el escote de un vestido negro que se ajusta a sus curvas sin llegar a aprisionarlas y unos tacones no demasiado altos que no destacarían si no fuera por la cadena de plata que lleva atada en el tobillo. Está nerviosa... casi puedo olerlo. Es primeriza en locales de esta índole, seguro, y apuesto a que el novio la ha traído para acostarse con otra sin que ella pueda echarle en

cara que la ha engañado, porque tiene una cara de chulo que no hay por dónde cogerla.

La mujer se acerca a la barra y se sienta junto a la columna que hay al otro lado, sonrío a Cris y le pide una copa de *Bayleys*. Chica dulce... es innegable. El tío se acerca y empieza a tontear descaradamente con mi camarera, cosa que parece no gustar demasiado a la chica, porque aparta la mirada y se dedica a observar el local. En esta sala solo hay una pareja en un reservado tomándose una copa y un par de chicos apoyados en la barra a la espera de que entre alguna pareja con la que jugar.

—¡Oh, no, no somos pareja! —responde el tío a algún comentario de Cris, que evidentemente se ha dado cuenta del malestar de la muchacha.

—¿Entonces qué sois? —pregunta ella.

—Amigos —contesta el tío—, solo somos amigos.

Joder... esas palabras se han clavado en la chica como puñales envenenados. Ha fruncido el ceño y por un segundo su mirada se ha cruzado con la mía dejándome ver el dolor que le han causado esas putas palabras. Tío... eres gilipollas. Si no te has dado cuenta de que tu amiga está enamorada de ti es que eres tonto de remate.

Al ver que Cris no va a caer en sus redes el tío coge las copas y se lleva a su acompañante a una mesa para poder hablar tranquilamente. Ella le responde, le sonrío, pero ni de coña le mira como le miraba cuando han entrado.

—Gilipollas —susurra Cris mientras seca un vaso sin apartar los ojos de la pareja.

—Ni que lo digas —respondo.

Me da la sensación de que la chica no ha venido por propia voluntad, sino que lo hace porque el chico del que está enamorada lo ha propuesto, así que marco el número de la habitación de Brais para encargarle que esté

pendiente de ellos, pero debe estar ocupado porque no me responde.

—Mierda... —digo marcando el número de Ken, otro de mis empleados.

—¿Qué pasa, Axel? —responde al momento.

—Necesito que le echés un vistazo a una pareja. Ven a la barra.

La prueba de que hoy no es nuestro mejor día es que Ken está libre. Sus rasgos asiáticos y su pelo largo logran que todas las mujeres babeen por estar con él... y a él le encantan las mujeres. No pasan ni tres minutos cuando mi empleado entra en la sala, se apoya frente a mí y me mira con una ceja arqueada.

—Los que están sentados a tu espalda, en la mesa alta —explico—. Tengo la sensación de que la chica viene obligada.

Ken se da la vuelta con disimulo y observa a la parejita feliz comiéndose unos cacahuetes.

—No hay problema, jefe —responde—. Les vigilaré.

En ese momento la mujer levanta la mirada hacia mí y me mira directamente a los ojos, y una descarga eléctrica recorre mi espalda como si me hubiese partido un rayo.

—¿Sabes qué? —digo sin dejar de mirarla— Yo lo haré.

# Capítulo 1

Como había vaticinado, en cuanto termina el partido el local se llena de gente y apenas tengo tiempo para respirar. De todas formas mis empleados están advertidos y no le quitan ojo de encima a la pareja de antes, que hace rato que han pasado a la zona de camas. Veo a Ken acercarse a la barra y termino de servir la copa que tengo entre manos para salir a su encuentro.

—Me da pena esa mujer, tío —dice en cuanto llego a su lado—. El tío está a la caza de una nueva presa, y me he acercado a ella para ver si la animaba un poco pero el gilipollas me ha echado de la habitación.

—¿Tienes a alguien ahora?

—No, estoy libre hasta dentro de... veinte minutos —dice mirando el reloj.

—Ayuda a Cris en la barra hasta que vuelva. ¿En qué habitación están?

—En la de la cama redonda.

Me dirijo con paso decidido hasta la habitación, pero la encuentro desierta. No sé qué mosca me ha picado, la verdad, pero siento la necesidad de salvar a esa mujer de las garras del gilipollas. Tampoco están en el jacuzzi, ni en la sala de los espejos, y no creo que se hayan metido en la sala de BDSM, así que me dirijo al cuarto oscuro cuando alguien me manda de un empujón contra la pared.

—¿Pero qué coño...

Me callo en seco cuando veo que es ella, la mujer que busco, envuelta en una toalla y los ojos anegados en lágrimas.

—Disculpa —susurra.

—¿Estás bien? —pregunto inspeccionándola.

—Sí, es solo que... ¿Podrías pedirme un taxi, por favor?

—Vamos.

La acompaño a mi despacho y la ayudo a sentarse en el sofá. Está cabreada... muy cabreada. Casi tengo miedo de hablar por si la toma conmigo...

—¿Cuál es tu taquilla? —pregunto.

—Él tiene la llave.

—Yo tengo la llave maestra, no te preocupes. Dime cuál es.

—Cincuenta y cuatro.

Mando a Cris a que me traiga su ropa y vuelvo con la chica. Le he servido una copa de *Bayleys*, creo que necesita un trago y calmarse un poco.

—Tómame esto y tranquilízate—ordeno.

Ella obedece sin rechistar, cosa que agradezco. Cris aparece poco después con su ropa y la llevo a mi cuarto de baño para que se cambie. Cuando sale se deja caer a mi lado con un bufido.

—¿Te ha forzado? —pregunto.

—No, yo accedí a venir, es que...

—Es la primera vez que vienes, ¿no es así?

—Sí. Me dijo que solo quería hacerme disfrutar, pero en realidad quería follarse a otra mientras yo miraba. He sido tan idiota por creerle...

—No es culpa tuya.

—¡Claro que lo es! He sido una estúpida al pensar que podría tener algo con alguien como él.

—Es un gilipollas que no sabe lo que se pierde.

Ella me mira a los ojos y levanta la barbilla hacia mí. Debería controlarme, ahora mismo está vulnerable y no debo aprovecharme de la situación, pero termino cogiéndola de la mejilla con mi boca pegada a la suya. El cálido dulzor de la bebida aún está presente en su lengua, que acaricia titubeante la mía, poniéndome como una moto. La levanto con un brazo para sentarla a horcajadas sobre mis piernas y aprieto su culo para pegarla a mí por completo. Mi polla aprisiona la cremallera de mis pantalones y siento sus pechos pegados al mío. Ella enreda los brazos en mi cuello y comienza a mover las caderas, acariciando mi polla con su sexo y arrancándome un gemido.

Aparto la boca de la suya un momento y la miro a los ojos respirando entrecortadamente, pero sin apartar mis manos de su culo.

—Lo siento —susurra intentando apartarse—. Me he pasado.

Ahora mismo debería dejarla marchar. Sería lo más sensato, dadas las circunstancias. Ella se marcharía y yo seguiría con mi noche como si nada hubiese pasado.

—Quiero follarte —susurro en cambio, pegando la boca a su cuello.

Ella gime y puedo ver la lucha interna que está librando reflejada en sus ojos castaños. Mira mi boca, se relame pensando en los besos de hace un momento, mira mi pecho casi desnudo después de que intentase quitarme la camisa y se muerde el labio con fuerza.

—No lo pienses más, preciosa —continúo—. Has venido aquí a pasártelo bien, ¿no?

Ella asiente sin dejar de morderse el labio.

—Te aseguro que conmigo lo pasarás infinitamente mejor que con ese capullo. ¿Qué dices? ¿Te quedarás?

Agacha la cabeza y vuelve a besarme, pasando las manos por mi pecho. Dejo escapar el aire que no sabía que estaba conteniendo y meto la mano por

debajo de su vestido para introducir un dedo entre sus labios. Está húmeda, caliente, suave, y yo me muero de ganas de enterrarme en ella de una puta vez. Bajo mi boca por su cuello hasta llegar al hueco de la clavícula y pellizco suavemente la carne con los dientes. Ella gime y se arquea elevando sus pequeños pechos hacia mí. Aparto el escote del vestido para dejarlos al descubierto. Sus pezones son jugosos, pequeños y rosados, y cuando los acaricio con mi lengua ella aprieta los dedos que tiene enredados en mi pelo.

—Eres deliciosa —susurro.

Sigo atormentándola con pequeñas lamidas, mordiscos y succiones, y sus caderas se mueven cada vez más deprisa sobre mis piernas. La levanto lo suficiente para desabrochar mis vaqueros y dejar mi polla al descubierto y ella se pone de pie para deshacerse de sus bragas y arrodillarse entre mis piernas.

—No —susurro haciéndola levantar—. Esta noche es para ti.

La tumbo en el sofá y ahora soy yo quien se arrodilla a su lado. Paso la palma de la mano por su sexo un par de veces antes de introducir un dedo entre sus pliegues, pero lo hago sin aventurarme a rozar su clítoris, que ya debe estar hinchado y anhelante. Ella se agarra las tetas y las aprieta, aprisionando sus pezones entre los dedos, poniéndome aún más cachondo. Me muerdo el labio para controlarme, porque si sigo así voy a terminar follándomela ya y en mi estado no duraría ni dos minutos. En vez de hacerlo abro sus labios con los dedos y empiezo a lamerla lentamente, apenas rozándola, y de su garganta escapan gritos de placer.

—¡Joder, qué bien sabes! —ronroneo cuando levanto la cabeza para tomar aire.

Ella me agarra del pelo y aprieta mi cabeza contra su dulce coñito, haciéndome sonreír. Accedo a sus deseos y continúo lamiéndola hasta que siento que su cuerpo se tensa debajo de mí. Sus dedos se clavan en mi nuca,

sus piernas se convulsionan y termina corriéndose entre espasmos de placer.

—Ahora me toca a mí —susurro.

Me bajo los vaqueros hasta los tobillos, lo justo para poder moverme dentro y fuera de ella, y tras ponerme un preservativo entro lentamente en su interior. Es cálida, sedosa, y sentirla a mi alrededor termina poniéndome la piel de gallina. ¡Madre mía! hacía mucho tiempo que no me follaba a una mujer... había olvidado lo bien que se siente estando dentro de ellas. Empiezo a moverme lentamente, sin apartar mis ojos de los suyos, perdidos aún en la neblina del orgasmo. Ella acaricia mi pecho con sus pequeñas manos, rodea mis tetillas con sus uñas y logra hacerme estremecer.

Sigo moviéndome dentro de ella, cada vez más deprisa, y siento sus piernas rodear mi cintura para aprisionarme, para incitarme a clavarme más profundamente dentro de su sexo. Ella es puro fuego... lava fundida, y en lo único en lo que puedo pensar es en lo afortunado que soy por tenerla ahora mismo debajo envolviéndome con su calor.

Siento sus pechos aprisionados contra el mío, sus manos suben por mi nuca y su lengua acaricia el lóbulo de mi oreja antes de darme un pequeño mordisco. Antes me daba asco esa caricia... ahora mismo me ha parecido la más erótica del mundo. El orgasmo sube por mi espalda como un rayo, pero ella aún no se ha corrido así que introduzco la mano entre nuestros cuerpos para encontrar de nuevo su clítoris, nuevamente hinchado, y lo acaricio hasta que las contracciones de su orgasmo me ordeñan lanzándome de cabeza al paraíso.

Permanezco tumbado encima de ella unos minutos sin fuerzas para levantarme. Siento sus jadeos en mi oído, y apuesto a que ella también siente los míos. Estoy deliciosamente saciado, y si no fuera porque tengo que quitarme el condón permanecería en esa postura toda la noche, moviéndome únicamente para volver a follármela. Pero debo volver al trabajo, así que me

levanto y me visto sin decir ni una palabra. Ella hace lo mismo y se arregla el pelo lo mejor que puede, porque la he despeinado por completo, lo que me hace sonreír.

—Sigues estando preciosa —susurro apartándole la mano del pelo para besarla.

—Qué bien mientes.

—Nunca miento.

—Todo el mundo miente alguna vez, aunque sea una mentira piadosa.

—Todo el mundo excepto yo —contesto con una sonrisa—. Debo volver al trabajo. Puedes quedarte si quieres o...

—Será mejor que me vaya.

—En ese caso te llamaré a un taxi.

La acompaño hasta la entrada y la aprisiono de la cintura justo antes de que se meta en el vehículo.

—Dame tu número —le pido.

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué no?

—Porque somos de mundos muy distintos —responde soltándose de mi agarre—. Ha sido un auténtico placer conocerte...

—Axel.

—Sé feliz.

La veo alejarse en el taxi sin percatarme de que Joel se ha acercado por mi espalda. Me palmea en el hombro con una sonrisa socarrona.

—Enhorabuena, campeón —dice—. Te has llevado a la chica.

—Vuelve al trabajo —ordeno entrando en el local.

Regreso a mi lugar en la barra con peor humor del que esperaba. Para una vez que me dejo llevar y echo un polvo, resulta que la chica no quiere repetir. ¡Hay que joderse!



## Capítulo 3

El estrépito del timbre de la puerta me hace gruñir. ¿Quién coño puede ser a las nueve de la mañana? ¿Acaso la gente no sabe que trabajo de noche? Me despierto con la mala leche hirviendo en las venas, pero se me corta de golpe al ver en la puerta a mi hermana pequeña.

—¿Erin? —pregunto dándole un beso— ¿Tú no tendrías que estar buscando tu vestido de novia?

—Sí, claro que sí, ¡pero es que mamá es insufrible!

Mi hermana empieza a sollozar, como siempre que se pelea con mi madre, así que me voy a la cocina para servir un par de tazas de café. Reconozco que mi hermana es mi debilidad. Es el amor de mi vida... hasta que encuentre a una mujer que ocupe ese lugar. Soy incapaz de verla sufrir, pero desde que empezaron los preparativos de su boda se ha convertido en la novia *Gotzilla* y mi madre y ella siempre están a la gresca.

—¿Qué ha sido esta vez? —pregunto dando un sorbo a mi café.

—He encontrado el vestido, mi vestido perfecto, Ax. Es precioso: con algo de brillo y pedrería, ceñido...

—¿Pero?

—Pero mamá ha puesto el grito en el cielo en cuanto lo ha visto.

—Así... sin más...

—¡Sí! ¿Puedes creerlo? He encontrado el vestido de mis sueños y se ha

negado a pagarlo si es ese el que elijo.

—Pero algo tendrá que no le guste.

—Lo que pasa es que ella está empeñada en que me ponga su vestido de novia... ¡Y es una antigüedad, Ax!

—Creo recordar que te dijo que podías modificarlo como quisieras.

—¡Pero no es lo mismo! Ahora que me he probado el vestido nuevo no puedo conformarme con el de mamá.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Puedes comprármelo tú —responde poniéndome cara de angelito.

—¡Ah, no, ni lo sueñes! —protesto— No pienso ponerme a malas con mamá por un simple vestido.

—Mi vestido —dice haciendo hincapié en el “mi”.

—¡Como si es el vestido de la reina! —Inspiro para que no rompa de nuevo a llorar—. ¿Por qué no intento convencerla de que te lo compre y ya está?

—Porque se negará.

—Tan feo no será, digo yo...

—¡Pero si es precioso!

Mi hermana busca en su teléfono una foto del dichoso vestido, que me deja con la boca abierta. No es feo, no... es lo más escandaloso que he visto en mi puñetera vida. Aparte de que el escote llega hasta el ombligo y deja la mitad de sus pechos al descubierto, el vestido tiene dos tiras de encaje transparente como parte delantera y trasera, dejando a la vista gran parte de su cuerpo. Los pezones están cubiertos por florecitas de encaje que como se muevan un milímetro los dejan a la vista. Al menos hay bastantes flores que esconden su sexo, porque vamos...

Miro a mi hermana con una ceja arqueada. No necesito nada más, es el único gesto que consigue intimidarla, cosa que ni siquiera mi padre es capaz

de hacer.

—¡Es el que me gusta! —se defiende.

—Ni en sueños.

—Es mi boda.

—Ni de coña.

—Pero Ax...

—Vas a casarte en una iglesia con al menos ochenta invitados que morirán de un infarto si apareces así. Ya no es que mamá no quiera comprarte este vestido, Erin... es que yo te prohíbo ponértelo.

—No seas anticuado...

—Eres mi hermana, no una estrella de Playboy. O eliges otro o te juro que te hago casarte con un saco de arpillera. Tú eliges.

—¡Está bien! Pero tienes que venir tú conmigo... no voy a darle a mamá el gusto de darle la razón.

Total... si voy a decírselo yo en cuanto la vea a la hora de comer... Media hora después mi hermana me ha arrastrado a una tienda de novias en el centro de la ciudad. Nada más entrar empiezo a empacharme... me siento como si estuviera enterrado en una enorme tarta de nata y algodón de azúcar llena de mujeres histéricas buscando desesperadamente cómo ser el centro de atención.

—Ven aquí no vayas a perderte —susurro a mi hermana echándole el brazo por encima del hombro.

—¿Eso o tienes miedo de que te atrape alguna dama de honor desesperada por ser la siguiente en casarse?

—Ambas cosas.

Sonríó y por el rabillo del ojo veo a una mujer que se acerca a mí con paso decidido. Giro la cabeza y allí está ella, la mujer de anoche, aunque ahora completamente vestida. Se detiene a un paso de nosotros y mira a mi

hermana con una sonrisa.

—Hola, mi nombre es Lara. Tú debes ser Erin, ¿verdad?

—Así es —responde mi hermana estrechándole la mano.

—Estoy aquí para ayudarte. ¿Qué tienes en mente para tu vestido de novia?

Mi hermana se queda pensativa un momento mirando los vestidos que hay a su alrededor colocados en maniquíes.

—Algo de este estilo —contesta señalando uno ajustado—. Pero quiero poder bailar, así que no quiero que sea tan ajustado por abajo.

—¿Encaje? ¿Pedrería?

—No me gusta demasiado la pedrería, pero puede llevar un poco.

—Muy bien, Sara te llevará a mirar los vestidos de este estilo para que escojas unos cuantos que te quieras probar. Yo iré en seguida al probador para echarte una mano, ¿de acuerdo?

La mujer llama a una compañera para que se lleve a Erin a mirar vestidos de novia y se queda a solas conmigo.

—El mundo es un pañuelo, ¿mmm? —digo sin más.

—Un pañuelo algo sucio, la verdad.

Arqueo una ceja porque no tengo ni puñetera idea de a qué se refiere con ese comentario.

—De todas las tiendas de novias que hay en la ciudad has tenido que traer a tu novia a la de la mujer con la que la engañaste anoche —bufa.

—Como si yo fuera adivino... Además, ¿a ti qué más te da? Decidiste no darme tu teléfono.

—¡Y menos mal que no te lo di!

—Anoche parecías bastante satisfecha.

—Anoche no tenía ni idea de que estabas prometido.

—¿Y qué?

—Que yo no me lío con hombres que tengan pareja.

—¿Te has parado a pensar que quizás tenemos una relación abierta y lo que pasó anoche está permitido?

—Sé cómo funcionan esas cosas. Está permitido si ella está delante y es consciente de ello.

—Mira qué lista te crees... para tu información, cada pareja estipula en su relación los límites que les dé la gana, no tienen que ser los que salen en esas absurdas novelas eróticas.

Me acerco a ella hasta dejarla pegada a la pared de vestidos que hay a su espalda. Si da un solo paso atrás quedará sentada de culo y enterrada entre kilos y kilos de encaje y gasa, así que no creo que sea la opción más agradable.

—¿Y por qué no se lo has contado a ella? —susurro— ¿Por qué la has alejado de nosotros si tan ofendida te sientes por mi comportamiento?

—Porque no suelo ir por ahí haciendo daño innecesario a las personas —responde cruzándose de brazos.

—Yo creo que querías quedarte a solas conmigo —ronroneo—. Creo que te gustó demasiado lo de anoche y estás deseando volver a repetir.

—Eres un creído... ¡Fantasma!

—¿Fantasma? ¿Entonces por qué se te han dilatado las pupilas, mmm? ¿Por qué tienes los pezones duros como piedras?

Acerco mi boca a la suya y en vez de apartarse contiene la respiración sin dejar de mirarla. En vez de darle lo que quiere sonrío y me aparto de ella, que deja escapar el aire de sus pulmones.

—Ya veo lo fantasma que soy, ya... —digo satisfecho.

Me giro y me dejo caer en uno de los sofás que tienen para acompañantes.

—Y para tu información —continúo diciendo— es mi hermana, no mi

novia.

Su cara me llena de satisfacción. Ahora mismo debe estar sintiéndose como una imbécil por haberme juzgado tan a la ligera, pero se merece sentirse así por haberme creído capaz de hacer algo semejante. Que tenga un bar como el *Black Butterfly* no quiere decir que yo sea como mis clientes.

Tras horas de ver a mi hermana probarse vestido tras vestido, y tras terminar con tortícolis por tanto decir que no a las extravagancias que va eligiendo, al final nos ponemos de acuerdo en un vestido sin mangas que no deja nada más que los brazos al descubierto, vestido que seguramente mis padres aceptarían mucho mejor que el que ella había elegido por su cuenta. Mi hermana sale de la tienda bastante satisfecha, y la verdad es que yo lo hago mucho más tranquilo de lo que entré.

Cuando llego al mostrador veo un montón de tarjetas de visita, y al observarlas detenidamente mientras mi hermana concreta la primera prueba del vestido me doy cuenta de que en ellas aparece el teléfono de Lara. Sonríó mirándola de reojo, pero ella está tan ocupada con mi hermana que ni siquiera se da cuenta. Nos abre la puerta para dejarnos marchar, y cuando paso por su lado le muestro la tarjeta mirándola a los ojos.

—Ya tengo tu número —ronroneo.

—No te va a servir de nada, no te lo pienso coger.

—¿Y cómo sabrás que soy yo?

—Tal vez la primera vez no me quede otra, pero en cuanto tenga tu número grabado te aseguro que lo bloquearé.

—¿Y quién te dice que solo tengo un número? Puedo llamarte desde el de mi hermana... y a ella no la puedes bloquear, ¿o me equivoco?

—¿Se puede saber por qué demonios no me dejas en paz?

—Porque tú no quieres que lo haga.

Salgo silbando de la tienda y la dejo parada allí, sin soltar la puerta,

mirándome mientras me subo en la moto y me pongo las gafas de sol. Sigue mirando, preciosa... te aseguro que terminarás cayendo de nuevo en mis redes... tarde o temprano.

## Capítulo 4

Otra noche más de trabajo, esta vez con un sueño que me caigo. En cuanto abro la puerta me dejo caer en el sofá de mi despacho con un suspiro y me cubro los ojos con el brazo... craso error. El olor de Lara inunda mi nariz y los recuerdos del tórrido encuentro aparecen en mi mente con tanta claridad que mi polla crece de inmediato.

—Joder, Ax... vaya recibimiento —bromea Cris cuando entra para que le dé el cambio de la caja.

Me levanto de golpe y abro la caja fuerte para darle el dinero sin mediar palabra. No estoy para bromas, ni para trabajar, pero salgo del despacho resignado a recargar las neveras de bebidas para cuando abramos dentro de una hora.

—¿Estás bien? —pregunta ella mirándome de reojo.

—Sí, es solo que mi hermana no me ha dejado dormir.

—¿Y por qué estabas empitonado? —ríe— ¿Estabas soñando con las angelitas de *Victoria's Secret*?

—Que te follen, Cris.

—¡Eso quisiera yo, pero Ken no se deja!

Cris está enamorada de Ken desde que él entró a trabajar en el bar hace ya dos años. Es un capullo, tontea con ella cada noche y la busca cuando ella no le sigue el rollo, pero después no es capaz de pedirle una cita. Le gusta,

pero su mantra es “donde tengas la olla, no metas la polla”, así que no creo que terminen llegando a nada.

—Venga, a trabajar —ordenó.

Sé que no se va a dar por vencida, sé que va a pasarse toda la puñetera noche insistiendo en que le cuente el supuesto sueño por el que estaba empalmado, pero al menos hasta que tengamos un momento de calma más adelante podré salvarme del tercer grado.

Brais y Ken se acercan a la barra media hora más tarde, señal de que tienen sus salas a punto para abrir.

—¿Todo en orden? —pregunto.

—¿Qué ha pasado esta semana con mi pedido? —pregunta Ken— Estoy bajo mínimos con el aceite.

Ken se dedica a los masajes eróticos. No suele interactuar con las parejas a no ser que la chica en cuestión le guste, pero cuando se trata de alguna mujer buscando sexo no se lo piensa dos veces. Y el cabrón tiene la suerte de que sus rasgos orientales dan mucho morbo... aunque la verdad es que habla el vasco mejor que yo.

—Debe llegar mañana como muy tarde —respondo—. Si no ha llegado a las diez llamaré al proveedor. ¿Mientras tanto te apañas con aceite de baño?

—¡Qué remedio! —suspira.

Le doy cincuenta euros para que vaya a la perfumería de la esquina a comprar el que le dé la gana, porque si mando a Cris al final la bronca entre ellos estará asegurada.

—Tienes cara de sueño —dice Joel sentándose a mi lado.

—Mi hermana no me ha dejado dormir en toda la mañana. He tenido que ir con ella a probarse vestidos de novia porque ha discutido con mi madre.

—¿Y cuándo no? —ríe Brais— Lo raro sería que no discutiesen.

—Esta vez mi madre tenía razón. ¡Quería comprarse un vestido

transparente para la boda, joder! Al final ha cogido uno bastante más decente.

—¿Pero por qué te metes? —protesta Brais dándome un puñetazo en el hombro— Con lo bien que me lo iba yo a pasar si llevara el vestido transparente...

—Como no te calles te doy una paliza, cabrón, que es mi hermana.

—Y mi ex, tío... y mi ex.

—Porque te dio la gana.

—Porque no me creyó.

Brais y Erin estuvieron saliendo juntos durante dos años. Eran la pareja perfecta, y aunque mi hermana sabía que trabajaba conmigo confiaba completamente en él. Pero un día vino a verle y le pilló en una situación algo complicada... aunque no fue culpa suya. Brais es gilipollas y decidió perderla a intentar explicarle lo que había pasado. Se limitó a decir: “debería confiar tanto en mí que aun habiéndome encontrado como me encontró creyera en mi inocencia”. Ahora, después de tres años separados, se llevan bastante bien... al menos de cara a la galería porque tienen que verse bastante a menudo.

—No entiendo cómo puedes bromear con eso, tío —dice Joel—. Yo en tu lugar estaría buscando la manera de raptarla el día de la puñetera boda.

—Ni se te ocurra hacerlo que la pago yo —advierto—. Ya tuviste tu oportunidad de recuperarla, así que ahora te jodes.

—No quiero recuperarla... —responde Brais— Al menos ya no.

Cuando tengo el bar en pleno auge veo bajar por las escaleras a Lara con una amiga. No me ha sorprendido... para nada. Más bien me ha dejado sin sangre en las venas. ¿Qué coño hace aquí? ¿No quería que la dejase en paz? En cuanto me ve detrás de la barra se acerca con paso decidido y se sienta en un taburete sin apenas mirarme.

—Ponme un Bayleys y a mi amiga un ron con Coca-Cola —pide.

Les sirvo las copas y su amiga le dice algo al oído y se marcha por la

puerta de las salas, dejándola a solas conmigo.

—Así que va a resultar que al final no quieres que te deje en paz —digo con una sonrisa socarrona.

—Estoy aquí por Gala, no por ti.

—Por supuesto.

—No hay otro local mejor para lo que ella busca, así que...

—Si tú lo dices...

—Gala quiere un polvo de una noche sin saber con quién se acuesta —explica ella—. Tu local está limpio y la seguridad es excelente, lo que no se puede decir del resto.

—Ajá.

—¿Quieres dejar de mirarme así? —protesta—. Me estás empezando a poner nerviosa.

—¿Así, cómo?

—Como si quisieras comerme.

Me encaramo a la barra hasta pegar mi boca a su oído. Puedo sentir que su respiración se acelera en cuanto me acerco, señal de que no le soy tan indiferente como quiere hacerme creer.

—Te miro así porque quiero hacerlo —susurro—. Ahora mismo, en el sofá de mi despacho como anoche. Quiero pasar mi lengua por todo tu cuerpo y hacer que te corras hasta que me supliques que pare.

—Eso no va a pasar —contesta mirándome a los ojos.

Su boca está a escasos centímetros de la mía, y solo tengo que impulsarme un poco más para besarla. No se aparta... Lara no se aparta y hundo la lengua en su boca para rememorar su sabor a Bayleys. Al principio Lara se muestra reacia a responder, pero pronto me echa los brazos al cuello y profundiza el beso, haciéndome jadear. Mi polla está a punto de reventar la cremallera de los vaqueros... ¿por qué coño me afecta tanto esta tía? Me

aparto de ella antes de que el beso se me vaya de las manos y cuando levanto la vista veo que ella me está mirando con suficiencia.

—A ese juego podemos jugar ambos —dice—. Reconozco que me pones a mil por hora, pero sé que yo a ti también.

—¿Y por qué no nos dejamos de juegos y nos vamos a mi despacho de una puta vez?

—Porque no voy buscando rollos de una noche.

La miro fijamente y suelto una carcajada.

—¿Eso crees, que sería solo una noche, Lara?

Salgo de la barra y me pego a ella atrapando sus piernas entre mis muslos.

—Si así fuera, con lo de anoche me habría bastado, ¿no crees?

Recorro el contorno de sus labios con el índice y los separo levemente antes de volver a besarla fugazmente.

—Quiero repetir contigo, preciosa... repetir una y otra vez hasta que los dos estemos hartos el uno del otro.

—No me refería a eso y lo sabes bien.

—Pues no, no sé a qué te refieres.

—Quiero una relación estable, no un polvo de vez en cuando.

—Pero mientras encuentras esa relación estable puedes divertirte un poco conmigo, ¿no te parece?

Ella me mira con la duda dibujada en el rostro, y sonrío tranquilizadamente para que se deje llevar de una buena vez. Como tarde mucho más terminaré con un dolor de huevos impresionante...

Lara se muerde el labio y dirige la mirada hacia mi despacho. Ya casi la tengo... está a punto de caramelo y solo tengo que seguir persuadiéndola un poco más para llevarla allí y follármela por fin como llevo queriendo hacer desde que la vi entrar por la puerta del local.

—Lo de anoche tampoco te dejó indiferente a ti —susurro apartando el pelo de su cara—. De ser así ahora no estaríamos teniendo esta conversación.

—Vale, sí... estuvo muy bien. —Arqueo una ceja—. Estuvo genial, en realidad.

—¿Entonces por qué te resistes?

—Porque nunca he hecho algo así. Estaba enfadada y frustrada por lo que me hizo Dan y descargué esa frustración contigo.

—Pues para ser la primera vez que de dejás llevar no estuvo nada mal.

—Pero no estuvo bien.

—Créeme, si es como anoche puedes descargar tus frustraciones conmigo tantas veces como quieras.

Ella sonrío y vuelve la cabeza cuando paso mis dedos por su escote en forma de V.

—Vamos a mi despacho —ronroneo besándola en el cuello—. Déjate llevar.

—¿Pero por qué eres tan insistente? —protesta apartándome— Tienes a tu disposición a muchas chicas que seguro que se abrirían de piernas en cuanto les lanzaras una sonrisa.

—Es cierto. —Cojo su mano y la pongo encima de mi erección—. Pero ellas no me provocan esto con solo recordar su olor.

Lara lame sus labios sin dejar de mirarme. Sus ojos ya están velados por el deseo, su pulso se ha acelerado y sus dedos se cierran en torno a mi polla, arrancándome un gemido. Se siente poderosa, puedo verlo en la sonrisa de suficiencia que acaba de dedicarme, y se levanta pegando su cuerpo al mío y restregando sus pechos contra mí.

—Muy bien... —susurra en mi oído— Pero no volverás a follarme en el sofá. Tengo entendido que tu local está repleto de salas con camas la mar de confortables, así que llévame a una de ellas.



## Capítulo 5

Cojo a Lara de la mano y le hago una señal a Cris, que me mira con una ceja arqueada mientras la arrastro a través de las cortinas que dan paso a las salas del local. La llevo por los pasillos hasta un cuarto bastante apartado del resto, cierro la puerta y enciendo la luz de “no molestar”. Ella es solo para mí... total y absolutamente mía esta noche. La habitación es tranquila, con una enorme cama redonda y un jacuzzi en el que pienso jugar con Lara toda la noche. El juego de luces rosas y azules le da un ambiente muy íntimo, lo que necesito para tenerla dispuesta hasta que me sacie de ella.

Me acerco a la enorme bañera para abrir el agua caliente y en dos zancadas tengo a Lara aprisionada contra la pared, deshaciéndome de la camiseta de tirantes que trae puesta esta noche.

—Llevo queriendo hacer esto desde que te vi bajar las escaleras —susurro lanzando la prenda al suelo.

—Mentiroso...

Sonrío y acerco mis labios a su cuello lenta... muy lentamente. En cuanto rozo la piel sedosa de debajo de su oreja ella gime y estira el cuello para dejarme acceder mejor a la zona, regalándole pequeños mordiscos y besos que la hacen estremecer.

—Me he empalmado en cuanto he entrado a mi despacho pensando en lo de anoche, nena... —susurro— Voy a follarte hasta que grites basta.

Lara enreda los brazos en mi cuello y se pone de putillas para unir su boca a la mía. El sabor dulce de su copa llena mi boca y recorro con lentitud cada uno de sus recovecos, embriagándome y logrando que mi polla crezca por momentos. Lara aparta su boca de la mía y se concentra en deshacerse de los botones de mi camisa mientras vigilo que el agua del jacuzzi no se salga. Su húmeda boca se encuentra con mi pecho y busca desesperada mis tetillas, lamiéndolas, mordiéndolas con cuidado. No puedo evitar aprisionar su cabeza contra mi carne y cierro los ojos para disfrutar de la sensación que sube por mi estómago cada vez que sus dientes rozan mi pezón. Estoy a mil, tenerla de nuevo entre mis brazos me tiene cachondo perdido y debo apartarla de mí para poder recuperar la calma y dedicarme a ella.

Desabrocho la cremallera de su falda sin apartar los ojos de los suyos, relamiéndome al pensar en la fruta dulce y madura que me espera debajo. Cuando la tela cae al suelo le doy la mano para ayudarla a salir de ella y la tumbo en la cama con cuidado sin dejarla quitarse los tacones de aguja que lleva puestos.

—Aún no, nena —susurro—. Quiero clavarme en ti con ellos puestos.

Mi sugerencia la hace jadear y levanta el culo cuando tiro de las cintas de su tanga de encaje para lanzarlo a la otra punta de la habitación. Ella se apresura a quitarse el sujetador y hacer lo mismo, quedando completamente desnuda ante mis ojos.

—Joder, qué buena estás...

Gateo por su cuerpo hasta llegar a la altura de sus preciosas tetas y me meto una de ellas en la boca. Lara agarra mi pelo entre sus dedos y arquea la espalda con un suspiro, dejándome hacer lo que se me antoje con ella. Magreo sus tetas cuanto me place, las muerdo, chupo, lamo hasta que el olor almizclado de su sexo me hace dejar de pensar. Bajo por su estómago hasta enredar mi nariz entre sus rizos castaños embriagándome con su olor, y paso la

punta de la lengua levemente por su clítoris hinchado, haciéndola gritar.

—¡Fóllame ya, Axel! —gime entre suspiros.

—Tranquila...

Hundo un dedo en su interior y empiezo a moverlo buscando su punto G, acariciando la pequeña zona abultada con suavidad pero con insistencia. Lara agarra con fuerza las sábanas entre sus dedos, las retuerce, y cuando juego con la lengua en su clítoris enreda las piernas en mi cuerpo, clavando los tacones en mis omóplatos. El leve dolor me hace jadear, pero sigo chupando el pequeño botón, succionándolo, hasta que siento su cuerpo estremecerse y los jugos de su orgasmo inundan mi boca.

Me alejo de ella para cortar el agua de la bañera y vuelvo a su lado con una sonrisa. Está completamente saciada, cansada, respirando entrecortadamente con los ojos cerrados. Beso su boca fugazmente antes de levantarla en brazos y meterla en el jacuzzi. El agua caliente la hace ronronear y me observa detenidamente mientras me deshago de mis vaqueros y los bóxers.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunto al verla relamerse con la mirada puesta en mi erección.

—Mucho... anoche no pude verla bien.

—Pero la sentiste, que es lo que importa.

Me siento a su lado en la bañera e inmediatamente ella se coloca a horcajadas sobre mis piernas. Acaricia mi polla con su sexo hinchado, haciéndome sonreír.

—¿Tienes prisa? —pregunto acariciando lentamente su espalda.

—No demasiada.

—Entonces deja de moverte y bésame.

Ella enreda los brazos en mi cuello y obedece sin rechistar. Me dedico a darle fugaces besos que la dejan con ganas de más, pero me aparto en cuanto

su lengua intenta entrar en mi boca. Lara sonrío y se limita a besarme en el cuello, a atrapar el lóbulo de mi oreja entre los dientes y a morder la piel de mi hombro, haciéndome temblar. Estoy muy cachondo, lo reconozco, pero no quiero que se marche, aún no. De repente Lara se aparta de mis piernas y me hace sentarme en una esquina del jacuzzi con las piernas abiertas.

—Ayer no me dejaste... —susurra— pero hoy no me lo vas a impedir.

Sin más, se mete mi polla entera en la boca, y yo casi me caigo de espaldas. ¡Dios... qué bien lo hace, joder! Tengo que sujetarme con fuerza al borde de la bañera para no terminar en el suelo de la habitación. Su lengua mortífera me tortura mientras sus labios me succionan con fuerza, tragándome hasta la empuñadura. De mi garganta escapa un sonido a medio camino entre un grito y un gemido que la hace sonreír, y acaricia mis huevos con una de sus manos sopesándolos, haciéndolos rodar entre sus dedos. Estoy a punto de correrme, así que intento apartarla para poder clavarle de una puta vez en ella pero en vez de eso Lara me sujeta con fuerza por el culo hasta que con un gemido sordo me corro en su boca.

Apenas tengo fuerzas para mirar cómo se relame, cómo tira de mí para quedar sumergido nuevamente en el agua y cómo vuelve a su posición sobre mis piernas. Me mira con curiosidad, una mirada traviesa y divertida que hace que la sujete de la nuca y la bese con fuerza, saboreándome en sus labios.

—Esto no era lo que tenía en mente —protesto.

—¿Tienes prisa? —La miro sonriendo.

—La verdad es que no. Si hay algún problema me llamarán por teléfono.

—Entonces relájate y disfruta.

—Eso debería decírtelo yo.

—Te aseguro que yo también estoy disfrutando.

Echa la cabeza hacia atrás hasta que se moja el pelo y vuelve a enredar los brazos en mi cuello. Pasamos un rato así, simplemente disfrutando de

besos fugaces y caricias furtivas, hasta que mi polla vuelve por fin a responder. En cuanto la siento junto a su estómago Lara se incorpora y tras ponerme un condón se sienta sobre ella, haciéndola entrar en su cuerpo tan lentamente que me dan ganas de sujetarla por las caderas para enterrarme en ella de una puta vez, y empieza a moverse en círculos, sin apartar la mirada de la mía.

El roce de sus paredes es puro éxtasis para mí, acaricio su espalda antes de pasar a sujetar sus pechos con las dos manos y amasarlos delicadamente, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Joder, nena... cómo me pones... —susurro antes de lamer uno de sus pequeños pezones.

Ella echa la cabeza hacia atrás con un gemido y continúa moviéndose sobre mi polla, cada vez más deprisa, rozando su clítoris con un dedo para lograr correrse antes. Me encanta follármela así, despacio, sin prisa, disfrutando de cada roce, cada mirada, cada caricia que nos proporcione a ambos un latigazo de placer. Lara es pura lujuria, el agua de la bañera hace rato que se ha enfriado y sin embargo nosotros estamos ardiendo. Sus pezones se rozan contra mi pecho cuando se inclina para meter la lengua en mi boca, y el beso se vuelve salvaje, desesperado, brutal.

Sus movimientos ahora son erráticos, apenas atina a moverse y las caricias de su dedo en el clítoris han pasado a ser desesperadas. La sujeto de las caderas y empiezo a guiarla, levantándola hasta casi salir de su cuerpo para hincarme en ella con fuerza, y cuando creo que voy a perder la cabeza sus músculos me ordeñan, de su garganta surge un grito y Lara queda laxa entre mis brazos recorrida por el orgasmo. Apenas puedo moverme, apenas puedo pensar. Ni siquiera sé cuándo me he corrido yo, pero me siento tan saciado y cansado como ella.

Permanecemos sin movernos un rato, pero parece que el frío del agua

empieza a notarse porque Lara tiene la piel de gallina, así que salimos de la bañera para secarnos y ponernos la ropa. No me mira, se limita a vestirse y a secarse el pelo con una toalla.

—No debería habérmelo mojado —susurra.

—En mi despacho tengo un peine, no te preocupes.

Ella me sonrío y termina de abrocharse la falda. Me acerco a ella y la enlazo de la cintura para poder besarla una vez más. Esta vez Lara pasa sus manos por mi pecho mientras dura el beso, pero me aparta con suavidad en cuanto ve que la cosa puede ir a más nuevamente.

—Tengo que irme, mi amiga se estará preguntando dónde estoy —se disculpa.

—Mi camarera le habrá dicho que te has venido conmigo. No tienes que preocuparte por eso.

—En ese caso, ¿me prestas ese peine?

—Con una condición. —Acaricio su mejilla con cuidado una vez más—.

Vuelve mañana.

—No puedo, el lunes tengo que trabajar.

—Solo un rato. Te prometo que estarás de vuelta en tu casa antes de la medianoche.

—¿Igual que cenicienta? —ríe ella— Muy bien, volveré mañana.

## Capítulo 6

Con lo bien que terminé el día de ayer y lo mal que estoy empezando este... Aunque el proveedor me aseguró que el pedido de aceites me llegaría hoy mismo a pesar de ser domingo, el repartidor no ha dado señales de vida y he tenido que formarla hasta que el dueño de la empresa se ha ofrecido a traérmelo... pero a las doce de la mañana. Si hubieran hecho bien las cosas desde un primer momento ahora no tendríamos estos problemas, que el retraso ha sido suyo, no mío.

Cris ha tenido el detalle de quedarse conmigo a esperarle, cosa que agradecería si no supiera que lo hace para que le explique con pelos y señales quién es Lara y qué pasa con ella. A veces parece que tengo dos hermanas y no una... Entra en mi despacho con una bolsa del Starbucks de la esquina y pone delante de mí un café y una tostada del jamón serrano.

—Gracias —digo volviendo a poner la vista sobre los papeles que estoy revisando.

—Los chicos se han marchado ya —explica—. Así que ahora me vas a contar quién era ella.

Levanto los ojos al cielo ganándome un golpe en el hombro de su parte. Termino de firmar las nóminas, las aparto y le doy un buen mordisco a la tostada.

—Se llama Lara —explico—. Vino el viernes con un gilipollas y al final

terminamos follando en mi despacho.

—Y ayer vino para repetir...

—Ella dice que no, pero sí.

—Nunca te había visto acostarte con una clienta, Ax.

—Nunca lo había hecho, la verdad. Prefiero mantenerme en mi sitio detrás de la barra, pero...

—Pero ella te gusta.

—Es buena en la cama —disiento.

—Te gusta —corroborra ella—. Porque si no te gustase no la habrías arrastrado como un Neanderthal por todo el pub.

—Eres un pelín exagerada, ¿no crees?

—Tú es que no te viste... Eres muy bueno seduciendo, mejor que Brais.

La pobre no tenía ninguna oportunidad de escapar de ti.

—Cualquiera que te escuche creerá que soy un acosador —bromeo.

—No me estaba refiriendo a eso y lo sabes. ¿Has vuelto a quedar con ella?

—Esta noche —asiento.

—¿Y después qué?

—Y después nada.

—Vamos, Ax...

—¿Qué quieres que te diga? No sé lo que va a pasar después. Me gustaría que durase, pero eso dependerá de ella.

—¡Ay mi jefe que se va a echar novia! —exclama ella.

—No te pases, que lo que quiero que dure es el sexo.

—Ya, ya...

—Estás hoy pesadita, ¿eh?

—Solo quiero verte feliz. Llevamos trabajando juntos cinco años y nunca te he visto con ninguna mujer. Hasta llegué a pensar que eras gay...

La miro con una ceja arqueada y ella estalla en carcajadas. Nuestra conversación se ve interrumpida por el dichoso proveedor de aceites, que en compensación por el retraso nos deja un par de cajas de muestras de un aceite nuevo. Ken va a estar la mar de contento con ellas...

A las ocho de la tarde estoy abriendo las persianas del local nuevamente. No abrimos hasta las diez, pero me gusta que mis trabajadores lo revisen todo antes de empezar para que no haya errores. Estoy destrozado, apenas he podido dormir y no sé cómo coño voy a mantenerme despierto hasta el cierre. Menos mal que mañana no abrimos y podré dormir hasta mediodía... Brais se deja caer en el sofá con un suspiro cuando termina de ordenar su sala de BDSM.

—¿Es que tú tampoco has descansado? —pregunto sin levantar la mirada del libro de cuentas.

—No. No puedo dejar de darle vueltas a una cosa.

—¿Y puedo saber cuál es?

—Nada importante. ¿Qué tal ayer con la chica?

—Como era de esperar.

—¡Vamos, capullo! ¡Eso no me dice nada!

—Esa era la idea —respondo con una sonrisa.

—En ese caso le preguntaré a Cris —protesta levantándose—. Seguro que ella te ha sonsacado más información.

—Lo bueno de Cris es que aunque sea una cotilla de cuidado sabe mantener la boca cerrada.

—Seguro que puedo sobornarla de alguna manera...

—Si lo logras te doy una semana de vacaciones.

—¿Pagadas o sin pagar? —pregunta riendo.

—Sin pagar, capullo. Encima no exijas.

—Entonces no tiene ningún aliciente...

—Deberías buscarte una novia para ocuparte de ella y dejar de alcahuetear.

—Solo hay una mujer para mí, y en un par de meses va a casarse con otro, así que seguiré follando con toda la que se me ponga por delante.

—Te lo repito —digo levantándome—, porque te dio la gana.

Voy a la barra a rellenar la nevera de las cervezas y veo a Joel entrar seguido por Lara, que parece estar algo cohibida.

—Te buscan, Ax —dice Joel sin más.

—Dame un minuto que termine esto, ¿de acuerdo? —le pido a ella cuando se sienta en la barra.

—Claro —responde ella—, tranquilo.

En cuanto termino me acerco a ella y la cojo de la mano para llevarla a mi despacho. La enlazo de la cintura para poder besarla y pego mi pelvis a la suya. Mi polla ha cobrado vida en cuanto la he visto entrar por la puerta y sé que está sintiéndola rozando su estómago, pero se limita a mirarme posando sus manos en mi pecho.

—Tranquilo, campeón —susurra apartándose.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—¿Tiene que pasar algo?

—¿Por qué te apartas?

—¿Es que tienes prisa?

—La verdad —susurro aprisionándola de cara a la pared— es que no he podido pegar ojo en todo el día pensando en lo que iba a hacerte esta noche.

—Eso pone las expectativas por las nubes...

—Intentaré estar a la altura.

La beso en el cuello y paseo la lengua por él hasta encontrarme con su lóbulo, que pellizco con los dientes sin piedad. Le doy la vuelta y cierro el pestillo de la puerta antes de seguir con mi ataque, pero ella me detiene

nuevamente.

—Tus empleados saben a qué vengo, ¿no es cierto? —pregunta.

—¿Y qué más da?

—La verdad... —susurra desabrochándome lentamente la camisa— es que la sola idea de pensarlo me pone cachonda.

—Tú sí que me pones cachondo, nena —ronroneo pegando mi boca a su cuello—. Ese vestido es una vergüenza.

Se ha puesto un vestido pegado que apenas le tapa el culo y que deja la mitad de sus pechos al descubierto. Lara me coge la mano y la mete entre sus piernas para mostrarme que no lleva bragas, haciéndome gemir. Me arrodillo frente a ella y cubro mi cabeza con la tela para lamerla despacio, una, dos veces antes de hundir la lengua entre sus labios y atacar su clítoris sin piedad. Lara pierde el equilibrio, se apoya en mis hombros con un gemido y abre las piernas para dejarme acceder a su abertura, en la que introduzco dos dedos del tirón. Está mojada, sus flujos corren por sus muslos y no puedo evitar lamerlos para recogerlos con la lengua.

—¡Joder, sí! —gime Lara clavándome las uñas en los hombros.

Continúo lamiéndola, chupándola, metiendo mis dedos dentro de ella con fuerza, y siento sus muslos convulsionarse a mi alrededor. Solo tengo que aprisionar su clítoris con los dientes para que Lara se corra con un grito cayendo al suelo conmigo.

—Eres un capullo —suspira.

—Será que no te ha gustado...

—Más de la cuenta.

—Y apenas hemos empezado.

Tiro de sus piernas para dejarla tumbada sobre el suelo y me deshago de su vestido intentando no destrozarlo mientras ella desliza mi camisa por mis hombros hasta dejarla hecha un montón en el suelo. Se acerca a mi pecho para

lamerme, para morderme las tetillas y bajar por mi estómago hasta la cinturilla del pantalón. Estoy a mil por hora, sentir su lengua en mi piel es una dulce tortura, y cuando desabrocha la correa para deshacerse de mis pantalones me mira con una mezcla de picardía y lujuria que casi consigue que me corra. No sé cómo coño he terminado estando yo debajo, pero ahora tengo a Lara completamente desnuda sobre mí, con sus preciosas tetas de pezones rosados apuntándome, y se atusa el pelo antes de apoyar las manos sobre mi pecho y pegar su boca a la mía.

Esta vez no sabe a Bayleys, esta vez su sabor es dulce y afrutado, y su lengua recorre mi boca con frenesí, explorando cada recoveco, acariciando mi lengua lentamente mientras su dulce coñito se frota contra mi polla, que está a punto de explotar. Lara la hace entrar un par de milímetros dentro de ella, solo un poco, apenas el glande, para retirarse al instante con un suspiro de absoluto y pleno placer. Me encantaría follármela a pelo, enterrarme en ella y sentir sus paredes acariciándome, pero eso no va a pasar.

—Espera —susurro alargando la mano hacia los vaqueros.

Ella se me adelanta y saca el preservativo de su envoltura para envolverlo con sus labios. Trago saliva ante lo que viene, ella acerca lentamente su boca a mi polla y desenrolla perfectamente el condón en ella con ayuda de su mano.

—¡Joder, sí! —gimo apretando los puños.

Sube su lengua por mi estómago, mi pecho y mi cuello hasta sellar mis labios con los suyos. Ahora mismo el sabor del látex se interpone entre nosotros, pero la verdad es que me importa una mierda porque Lara se monta sobre mi polla y empieza a cabalgarme. Sus tetas botan delante de mi cara y las aprieto entre mis manos, aprisionando sus pezones entre los dedos y haciéndola gemir. Lara no deja de moverse sobre mi polla, al principio en círculos, pero cuando la pasión se desborda sus movimientos sobre mi polla

se vuelven erráticos y tengo que sujetarla de las caderas para marcarle el ritmo a seguir. Sus pupilas están dilatadas, su boca entreabierta deja escapar infinidad de gemidos de placer. Estoy a punto de correrme, me encanta que una tía me folle y la verdad es que Lara lo hace de maravilla. Tengo que apretar el culo para no terminar corriéndome antes que ella, que está a punto... tan a punto...

—¡Me corro! —grita sacudida por el orgasmo—¡Me corro!

Para un tío no hay mejores palabras que esas cuando está follando con una tía. Sujeto sus caderas con fuerza, casi clavándole los dedos igual que le clavo la polla, y tras unas cuantas embestidas más termino corriéndome yo también.

# Capítulo 7

Estoy tumbado con Lara en el sofá de mi despacho completamente desnudo, igual que ella. Está apoyada en un brazo jugando distraídamente con la cadena que cuelga de mi cuello, pero permanezco con los ojos cerrados un poco más. Estoy a gusto y la verdad es que si por mí fuera me quedaría así hasta mañana.

—¿Por qué un bar como este? —pregunta ella de repente.

—Porque es lo que más dinero da ahora mismo —respondo—. Estudié diferentes opciones y esta fue la más viable de todas.

—¿Y tú practicas alguna de las cosas que se ofrecen aquí?

—No. La verdad es que nunca me había acostado con una clienta y llevo en el negocio casi seis años.

—¿Y eso por qué?

—Evitaba meterme en problemas.

—¿Eso quiere decir que yo soy un problema?

—Por ahora eres más una delicia —susurro besando su cuello—. ¿Y tú? ¿Por qué una tienda de vestidos de novia?

—Porque me encantan. El día de la boda a la mujer se le permite vestirse de princesa y me parece estupendo.

—Así que tienes alma de princesita Disney...

—Algo así.

—¿Y es fácil lidiar con ellas? Porque la verdad, con mi hermana es bastante difícil...

—Eso es porque no la entiendes. Tu hermana quiere ser el centro de atención de su gran día, quiere ser la mujer más guapa de la fiesta y dejar impresionado a su futuro marido.

—Impresionado no, lo que quiere es quedarse viuda antes de tiempo —protesto—. Si hubieras visto el vestido que quería comprarse...

—Pero al final te ha hecho caso y ha encontrado un vestido que la ha hecho llorar de felicidad.

—Eso es cierto —digo sonriendo—. Voy a tener que hacerte la competencia como consultor de vestidos de novia.

—Creo que se te ha subido un pelín a la cabeza.

—¿No crees que soy bueno?

—Eres un buen hermano, pero buen asesor... Si quieres ven un día a la tienda a lidiar con unas cuantas novias desconocidas y ya me contarás.

—Déjalo, en mi bar las mujeres no son tan susceptibles como en tu tienda.

—En tu bar son unas lagartas —ríe ella.

—No todas... mírate a ti.

—Ni siquiera sé en qué estaba pensando cuando entré.

—Era el destino, nena... teníamos que follar.

—Los astros se alinearon para ponerme a tiro, ¿no?

—Esos te pusieron en mi camino —digo poniéndome encima de ella—. A tiro te pongo yo.

Entro en ella lentamente, jadeando por la sensación de sus paredes envolviéndome a pelo. No pienso quedarme allí demasiado tiempo, pero necesitaba saborearlo para saber qué me estoy perdiendo. Lara me envuelve con sus piernas instándome a seguir, pero me deshago de su agarre y me pongo

un preservativo antes de volver a enterrarme en ella. Esta vez no hay preliminares, tan solo dos cuerpos moviéndose al unísono cegados por el deseo y el placer. Sus uñas arañan mis bíceps poniéndome a mil por hora, su espalda se arquea para intentar estar aún más cerca y yo ya he perdido la capacidad de pensar.

Lara acerca sus tetas a mi boca y obedezco metiéndome un pezón en ella, succionándolo y mordiéndolo antes de jugar con mi lengua sobre él. Parece un volcán a punto de entrar en erupción, y la verdad es que yo tengo toda la intención de quemarme. La aparto para colocarla a cuatro patas sobre el sofá con las manos apoyadas en el respaldo y vuelvo a enterrarme en ella. Tengo que morderme el labio por el placer que me provoca verla así, con el culo en pompa mirándome por encima del hombro. Empiezo a moverme nuevamente, esta vez mucho más deprisa, sujetándome a sus caderas para que no termine chocando contra la pared. Lara echa el culo atrás para salirme al encuentro, y me tumbo sobre su espalda para alcanzar su clítoris con el dedo, haciéndola jadear. No puedo más, estoy a punto de correrme, y cuando ella se contrae a mi alrededor recorrida por el orgasmo me arrastra con ella, cayendo rendidos sobre el sofá.

Una hora más tarde la acompaño a su coche. Aún no he tenido bastante de ella y eso me descoloca. Normalmente no repito cuando me lío con una tía, mucho menos pienso en tener sexo con ellas a largo plazo, pero con ella todavía no es suficiente. Sé que no debería hacerlo, pero necesito repetir una vez más.

—¿Cuándo volveremos a quedar? —pregunto enlazándola de la cintura.

—¿Todavía no te has hartado? —bromea.

—Mmm...no.

—Y yo que pensaba que te había dejado exhausto...

—Queda mucho para llegar a eso. ¿Tienes planes mañana? Descanso y

tal vez podíamos quedar en mi casa.

—Vas a salir de tu zona de confort...

—¿Y quién dice que el bar es mi zona de confort? No hemos ido a otro sitio porque tengo que estar disponible por si surge algún problema, no porque sea mi zona de confort.

—¡Tranquilo, machote, que era broma! —susurra besándome— Mañana terminaré muy tarde de trabajar, pero podemos quedar el martes.

—Tampoco trabajo, así que por mí perfecto. Nos vemos aquí a las ocho, ¿te parece?

—¿Y vas a llevarme a tu casa con los ojos vendados para que no sepa dónde vives? —pregunta traviesa.

—Exactamente... no vaya a ser que te vuelvas loca y decidas ser tú quien me acose a mí.

—Eso es lo que a ti te gustaría...

—¿La verdad? Muchísimo.

Le doy por fin mi teléfono y la observo marcharse calle abajo. No me he dado cuenta de que Joel se ha acercado a mí hasta que me pone una mano en el hombro.

—O es una diosa del sexo o te gusta mucho —dice dirigiendo la mirada en la misma dirección que yo.

—Ambas cosas —respondo sonriendo.

—Al final Cris va a tener razón y vas a terminar enamorándote de ella.

—Al final Cris va a tener que aprender a mantener su boca cerrada.

—Se lo ha dicho a Ken.

No hace falta que diga nada más. Está tan enamorada de él que hace todo lo que él le pide, y estoy seguro de que Brais tiene mucho que ver en todo esto.

—No he tenido aún bastante de ella, eso es todo —me defiendo.

—¿Y cuándo no has tenido bastante de una chica en una noche, Ax?

Deberías planteártelo.

—¿No crees que exageras un poco? Últimamente no ha habido ninguna mujer que me llame la atención y esta lo ha hecho. Punto.

—Si tú lo dices...

El resto de la noche pasa tranquila, y al día siguiente me paso toda la mañana durmiendo. Aun así no puedo quitarme a Lara de la cabeza. No puedo dejar de pensar en sus curvas, en su mirada lasciva, en esos preciosos pechos cremosos y en la sensación de estar enterrado en ella. Es innegable que la deseo, que me vuelve loco follármela, pero mis compañeros se pasan un poco al pensar que me estoy enamorando de ella. ¡Si apenas la conozco!

Me sorprende que me llame a las cinco de la tarde. Me da un vuelco el estómago cuando veo su nombre en la pantalla de mi *Iphone*, mi polla corcovea dentro de mis pantalones de deporte y sonrío en cuanto descuelgo el teléfono.

—Hola preciosa —ronroneo—. ¿Es que no puedes esperar a mañana?

—No te llamo por eso, Ax —dice ella con tono preocupado.

—¿Qué pasa?

—Tu hermana ha venido a anular el pedido del vestido que vio contigo y se está probando vestidos bastante... inapropiados, por decirlo de alguna manera. Pensé que debías saberlo.

—Voy para allá.

Cuelgo el teléfono y cojo las llaves del coche antes de cerrar dando un portazo. ¡Esta niña va a acabar con mi paciencia! Lara me recibe en la puerta de la tienda e instintivamente le doy un fugaz beso en los labios, cosa que parece sorprendernos a los dos. Ella sacude la cabeza y me precede hasta el interior de la tienda.

—Está en el probador —explica—. Está enfadada por algo y quiere dar la nota en la boda.

—Gracias por avisarme —susurro.

—De nada.

En cuanto entro en la sala veo a Mónica, su amiga de toda la vida, que me mira con preocupación.

—¿Cómo te has enterado? —pregunta dándome dos besos.

—La dependienta es amiga mía. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé, lo único que he podido entender es que ha discutido con Rubén.

—¿Y por qué no me has llamado tú?

—Porque pensaba que era capaz de convencerla de que deje de hacer estupideces.

—Ya sabes que a Erin no hay quien le quite una idea de la cabeza cuando se empeña en algo.

—Gracias a Dios estás aquí.

En ese momento mi hermana sale del probador con un vestido mucho más escandaloso que el que eligió la primera vez: es solo encaje transparente con un par de flores que cubren los pechos y una flor grande que tapa su sexo. En cuanto me ve, se detiene en seco con la sorpresa pintada en el rostro.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

—¿Qué haces tú aquí? —respondo— Creí que habías encontrado el vestido adecuado.

—No eres mi dueño para decirme cómo tengo que vestir, Ax. Puedo ponerme lo que quiera.

—Creía que el vestido que elegimos te había gustado mucho, pero si no estás segura podemos mirar alguno más.

—Me gusta, es solo que...

—¿Qué ocurre?

—¡Rubén es imbécil! Eso es lo que es. Se ha puesto hecho una fiera

cuando le he dicho cómo es el vestido. ¡Piensa que debo ir cubierta como una monja!

—Eso te pasa por decirle al novio cómo es el vestido. ¿Recuerdas que no puede saber nada sobre él hasta que te vea en el altar?

—Ni siquiera sé si quiero casarme con él.

—Eso lo dices porque habéis discutido —respondo abrazándola—. ¿Por qué no te pruebas de nuevo el vestido para que estés segura de que es el que quieres? Yo me encargo de Rubén.

Mi hermana asiente y entra de nuevo en el probador. Lara me mira con una sonrisa y me dejo caer en el sofá con alivio. ¿Quién es el guapo que piensa en tener una relación después de lidiar con “noviazilla”?

# Capítulo 8

Aún falta media hora para mi cita con Lara, pero ya estoy esperándola tomándome un café en el bar de la esquina. Tengo muchas ganas de verla, la verdad. Después del incidente de ayer con mi hermana apenas pude cruzar dos palabras con ella, y para colmo no dejo de darle vueltas al impulso de besarla que sentí nada más verla. ¿Qué coño me pasa? Nunca antes me había comportado así con ninguna mujer, aunque a decir verdad ninguna me había gustado tanto como ella. Porque me gusta, para qué engañarme pensando lo contrario.

Miro por enésima vez el reloj en lo que llevo aquí. Diez minutos. La veo llegar por la calle con su coche y aparca justo frente a la ventana del bar en la que estoy. En cuanto me ve me saluda y entra al bar para sentarse a mi lado.

—Hola —susurra cogiendo la carta—, ¿vamos a comer? Mejor, porque estoy famélica.

No era esa la idea que tenía en mente, a decir verdad. Pensaba pedir algo de comida a domicilio y disfrutar de ella en soledad, pero si tiene hambre no pienso hacerla esperar.

—Claro —respondo—. Pide lo que quieras.

Tras hacer nuestro pedido ella se cruza de brazos sobre la mesa para mirarme, y yo siento la necesidad de tumbarla sobre ella para follármela, aunque preferiría que toda la gente que nos rodea se esfumara como por arte

de magia.

—¿Se han arreglado las cosas con tu hermana por fin? —pregunta.

—Al menos eso parece. Cuando salimos de la tienda fue a hablar con su prometido y parece que han hecho las paces.

—Es un alivio.

—Sobre todo para mí, que pago la puñetera boda.

—¿Y tienes más hermanos?

—No, solo a Erin. ¿Y tú? ¿Tienes hermanos?

—Hija única —responde encogiéndose de hombros—. Fui la princesa mimada de papá y mamá.

—Ahora entiendo tu fascinación por los vestidos de novia —bromeo—. Echas de menos tu corona y tu castillo.

—No te lo creerás, pero mi padre me hizo una casa de madera en el jardín con forma de castillo —ríe ella—. Tenía hasta cortinas, que me hizo mi madre.

—Nosotros no tuvimos esa suerte, pero había un enorme árbol cerca de casa que tenía un agujero del tamaño de un neumático en el que mi hermana y yo solíamos escondernos para que mis padres no nos hicieran entrar en casa demasiado pronto. Erin guardaba allí sus pequeños tesoros, los que se iba encontrando en el campo.

—¿Qué tipo de tesoros?

—Cosas nada típicas en una chica —digo sonriendo—. Ranas, huesos de animales muertos, piedras rarísimas... Creo que muchas de esas cosas aún siguen allí.

Cuando vuelvo a mirar el reloj es cerca de medianoche. He estado tan relajado y a gusto con ella que las horas se me han pasado volando, la verdad. He descubierto el lado más divertido de Lara, sus aficiones y hasta secretos inconfesables de su infancia que me han hecho reír a carcajadas. Pero quiero

más de ella, mucho más. Tras pedir la cuenta la cojo de la mano y la llevo a mi casa... que está justo encima de mi local.

—¿En serio vives aquí? —ríe ella.

—Totalmente en serio. Es muy útil hacerlo, la verdad.

—Es un coñazo, Ax. Si te tomas un día libre pueden incordiarte solo llamando a la puerta.

—Por eso todos libramos a la vez —respondo con un guiño.

Lara entra en casa y observa detenidamente todo lo que su ojo alcanza ver. No es un apartamento demasiado grande, solo tiene una habitación, pero para mí es más que suficiente. Lara se sienta sobre mi cama y cruza las piernas al más puro instinto básico, y me arrodillo frente a ella para recorrer sus muslos con las palmas de las manos.

—¿Intentas provocarme? —ronroneo.

—¿Lo estoy consiguiendo? —pregunta ella.

—No vas por mal camino.

Abro sus piernas de golpe para descubrir que no lleva ropa interior. Una oleada de calor sube por mi estómago haciendo que mi polla cobre vida en segundos, haciéndome inspirar con fuerza.

—Así que yo he estado centrado en tu cara y tú has estado todo el tiempo con este coñito al aire... —ronroneo pasando un dedo por encima de sus labios vaginales— Te estás volviendo toda una diablilla, nena.

—Quería sorprenderte —reconoce.

—Te aseguro que la sorpresa me encanta —respondo sin detener mi caricia—, pero me habría gustado más enterarme en el bar.

—¿Porque habríamos comido mucho más deprisa?

—En absoluto —susurro acercándome a un suspiro de sus labios—. Porque me habría pasado la noche degustando lentamente mi cena mientras te atormentaba por debajo de la mesa.

Ella gime y me coge de la nuca para besarme con lascivia. Su lengua entra en mi boca y recorre la mía lentamente, saboreándola y volviéndome loco. Sus dedos acarician mi nuca y sus uñas arañan la piel de mi cuello haciéndome estremecer. Hace rato que mis manos no me pertenecen, se dedican a acariciar sus muslos arriba y abajo mientras mi lengua le sigue el juego a la suya, caliente y dulce a la vez. De un empujón la tumbo en la cama y abro sus piernas al máximo para poder encajar mis hombros entre sus muslos cuando me agacho para saborear su clítoris hinchado.

—Ahora pienso darme un festín por el agravio, dulzura —susurro.

—Es exactamente lo que más me apetece ahora mismo.

Su olor me embriaga, sus manos acarician mi cabeza y las mías no pueden dejar de amasar su culo respigón. Le doy un par de pasadas de mi lengua a su sexo antes de dedicarle pequeños mordiscos a la piel interna de sus muslos. Pequeños gemidos ininteligibles escapan de sus labios y siento los tacones de sus zapatos clavarse sobre mi piel. Recorro cada uno de sus muslos desde la rodilla hasta la ingle sin llegar a rozar siquiera su sexo, volviéndola loca y anhelante. Cuando ya no es capaz de resistirse me agarra fuerte del pelo para llevar mi cabeza hasta su sexo, y ahora sí me dedico a lamerla con vehemencia, con pequeños toques de mi lengua sobre su clítoris, logrando que su cuerpo se estremezca recorrido por un orgasmo.

—Eres tan dulce y caliente, nena... —ronroneo.

—Tú haces que lo sea.

Gateo por su cuerpo hasta su boca y vuelvo a besarla, esta vez más profundamente. Nuestros labios son el único punto de nuestro cuerpo que se toca ahora mismo, y aunque me muero de ganas de tocarla por todas partes la postura me parece erótica y más íntima que si estuviese pegado a ella centímetro a centímetro. Sus brazos rodean mi cuello y tiran de mí hacia su cuerpo, logrando que mi pecho descanse sobre sus tetas. Siento sus pezones

endurecidos clavarse en mis pectorales, pero no rompo el beso, sigo besándola como si tuviéramos todo el tiempo del mundo para dejaros llevar.

Lara me aparta lo justo para desabrochar los botones de mi camisa y la lanza al otro lado de la habitación. A continuación se dedica a deshacerse de mis vaqueros y mis bóxers, dejándome completamente desnudo mientras ella está completamente vestida a excepción de las bragas, recuerdo que me hace empalmarme aún más. Sus manos traviesas acarician mi espalda bajando por mi culo y termina introduciéndola entre mis piernas para agarrar mi polla con suavidad, pero con firmeza. Empieza a moverla arriba y abajo, una dulce fricción que me hace jadear y apretar los puños con fuerza a ambos lados de su cuerpo.

Lara se siente poderosa, se cree que me tiene dominado pero antes de que se dé cuenta la tengo tumbada bocabajo sobre la cama con el vestido subido hasta la cintura, y me entierro en ella con rapidez, con fuerza, mientras su gemido baña cada fibra de mi ser. Comienzo a moverme deprisa, embestidas secas, precisas, dedicadas a llevarla a la locura. Ella se retuerce debajo de mí, ondea el culo para intentar salirme al encuentro y aprieta las piernas para hacer presión sobre su clítoris.

—¡Me vuelves loco, joder! —gimo en su oído antes de darle un leve mordisco en el cuello.

—¡Dame más fuerte, Ax! ¡Más fuerte!

Sigo embistiéndola cada vez más deprisa, cada vez con más fuerza, y siento sus músculos estrujarme cuando llega al orgasmo. Necesito correrme, pero no pienso hacerlo dentro de ella así que le doy la vuelta y le ofrezco mi polla para que se la meta entera en la boca. ¡Joder, qué bien la chupa! Succiona con fuerza ayudándose con la mano para hacerme perder el sentido, y siento el placer subir por mi espalda antes de correrme entre sus tetas cremosas.

Me quedo tumbado en la cama sin poder ni pensar mientras ella va al cuarto de baño a darse una ducha. Ahora mismo veo lucecitas danzando frente a mis ojos, señal de que me ha dejado totalmente saciado y mareado. Poco después Lara se acerca a la cama y se tumba a mi lado con una sonrisa, pero en vez de animarla a irse rodeo su cintura con el brazo y la pego a mí, cerrando los ojos con un suspiro.

—¿Qué haces? —pregunta ella mirándome con curiosidad por encima del hombro.

—Dormir, ¿qué piensas que hago?

—Si estás cansado debería irme —responde intentando levantarse.

—¿A dónde vas con tanta prisa?

—A mi casa, se hace tarde.

—Quédate —susurro—. Así podremos repetir más tarde.

—¿Aún no te parece bastante?

—Tengo la sensación de que no voy a hartarme en mucho tiempo.

—¿Y qué pasará si yo me hartó antes?

—Que solo tendrás que decirlo. ¿Ya te has cansado de mí?

—No... creo que quiero disfrutarte un poco más.

—Entonces a dormir. Ya habrá tiempo de que te vayas por la mañana.

## Capítulo 9

Observo a Lara mirarme con curiosidad mientras relleno las neveras de refresco. Al final no se ha ido esta mañana... y tampoco lo hará esta noche si yo puedo evitarlo. Cris me ha mirado con una ceja arqueada cuando me ha visto entrar con ella en el local, pero aún está esperando que le de alguna explicación al respecto.

Brais sale de la zona de camas y se sienta a su lado para beberse de un trago una botella de agua. Ella le mira completamente absorta... y yo siento una punzada de celos en la boca del estómago.

—Tápate —protesto.

Brais me mira con sorpresa y los brazos en cruz, porque la verdad es que he sido yo quien le ha dicho que en la sala de BDSM debe ir sin camiseta, pero hace lo que le pido y se pone la camiseta negra que lleva colgada de la hebilla del pantalón.

—¿Me dices dónde está el baño? —pregunta Lara de repente.

Le señalo en la dirección y en cuanto se marcha Cris me da un codazo en las costillas.

—¿Qué? —protesto.

—¿Vas a seguir negando que te gusta?

—A trabajar.

—¿Por qué te pones a la defensiva? —protesta ella— No es nada malo

colgarse por alguien, ¿sabes?

La miro con una ceja arqueada y ella mueve el trapo con el que seca los vasos quitándole importancia a su situación.

—Lo mío es diferente, aún no me he puesto en serio a seducirle — explica.

—Ya —responde Brais.

—Estamos hablando de Ax, no de mí —se defiende.

—¿Y qué pasa si me gusta? —pregunto.

—Que estaría guay —responde Cris.

—¿Estaría guay? —ríe Brais— Ni que fuera una película en el cine.

—Me refiero a que molaría que tuvieras novia —explica Cris ignorando a Brais—. Nunca te he visto tomarte en serio a nadie y la verdad es que los años no perdonan y vas a perder el tren del amor.

—Te pones de un empalagoso cuando hablas de amor, Cris...

—Pensé que eras gay, Ax —protesta ella—. ¿Eso no te dice nada?

—Que tienes el radar un pelín averiado.

Cuando el local se llena de gente Lara se atreve a echarnos una mano dentro de la barra. No tiene ni puta idea de tirar cerveza, pero al menos se le da de muerte rellenar los vasos de cubitos de hielo. Me siento bien estando con ella. Ninguna mujer de las que han pasado por mi cama me ha hecho sentir como ella, como si la conociese de toda la vida y aun así necesitase conocerla un poco más. En cuanto tenga un momento de descanso pienso arrastrarla al despacho para besarla, porque necesito saborear un pequeño aperitivo de lo que me espera cuando la suba a casa al cerrar.

—¿Qué haces tú aquí? —grita de repente.

Me vuelvo para encontrarme de bruces con el gilipollas que la trajo la primera vez, el que la pretendía utilizar para acostarse con alguna mujer mientras la dejaba a ella mirando.

—He venido a ver cómo estaba hoy la noche —explica el gilipollas—. No creí que te encontraría aquí. Como te fuiste de aquella manera...

—En serio, ¿cómo puedes tener tan poca vergüenza, tío? —protesta ella — me utilizaste para follarte a aquella mujer porque su marido solo quería parejas, ¿recuerdas?

—Creí que habíamos venido a eso.

—¡Había venido aquí para estar contigo, imbécil!

Aprieto la mandíbula con fuerza, pero sigo prestando atención a los pedidos que estoy preparando.

—Creía que te gustaba —continúa diciendo Lara—, me dijiste que me traías aquí porque tus compañeros de piso no nos dejarían tranquilos y yo te creí. ¿Pero sabes qué? Que muchísimas gracias por hacerlo.

El imbécil la mira sin comprender absolutamente nada. Lara se acerca a mí, coge mi cara entre sus manos y me mete la lengua hasta la garganta, dejándome completamente pasmado.

—Esa noche conocí a alguien especial —continúa diciendo ella—, alguien que aparte de follar maravillosamente bien, cosa en la que, por cierto, deberías empezar a tomar clases, me hace reír.

—Yo nunca te prometí nada, Lara —se disculpa el gilipollas.

—Es cierto, pero te esmeraste mucho en hacerme creer que estabas interesado realmente en mí.

—Si te va bien con él, me alegro mucho —añade el tío—. Espero que no haya rencor entre nosotros y podamos seguir siendo amigos.

—Lo siento... pero la verdad es que mi cupo de amigos lo tengo completo. Que te vaya muy bien.

El gilipollas entra en la zona de camas y suelto las pinzas en la cubitera para arrastrar a Lara hasta mi despacho.

—¿Me explicas que acaba de pasar? —pregunto.

—Que le he dado donde más le duele.

—¿Me has utilizado para darle celos?

—Sí, pero todo lo que he dicho es cierto. Le he dado celos porque se lo merecía, no porque me importe.

—Así que follo maravillosamente bien, ¿eh?

—¿De todo lo que he dicho solo te has quedado con eso?

—Mi polla desde luego que sí —respondo rodeándola con los brazos—.

El resto de mi ha escuchado cada palabra.

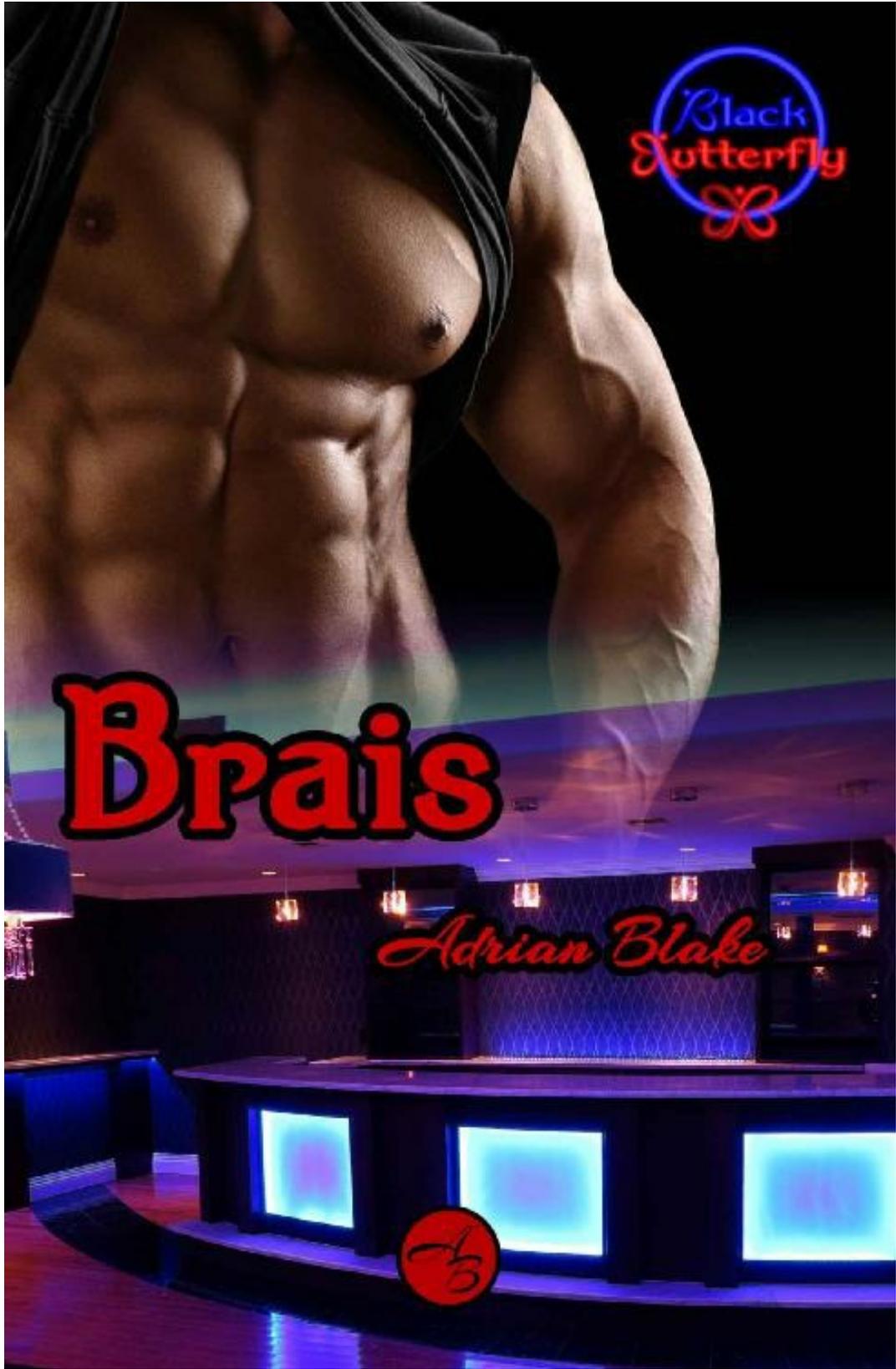
—¿Y qué piensas?

—Pienso —susurro besándola fugazmente en los labios— que sería muy interesante ver hasta dónde nos lleva esto, ¿no crees?

—Estoy completamente de acuerdo contigo —responde enredando los brazos en mi cuello.

Puede que lo nuestro funcione, ojalá sea así, o puede que no salga bien, pero ahora mismo, en este mismo instante estoy seguro de una cosa: quiero a Lara en mi vida, quiero conocerla y saber si lo nuestro puede ser una relación duradera o solo una fugaz relación veraniega.





Black  
Butterfly

**Braais**

*Adrian Blake*





# Brais

*Adrian Blake*

**Black Butterfly 2**



# Prólogo

Hoy es el día más feliz de su vida... y el peor día de la mía. Estoy sentado en el segundo banco de la iglesia de San Nicolás acompañando a mi jefe y mejor amigo en la boda de su hermana pequeña... el amor de mi vida. Erin ha sido la única mujer capaz de conseguir romperme el corazón y que aun así siga latiendo por ella como el primer día. Lo nuestro se terminó por culpa de su falta de confianza... y mi tozudez. Si no hubiera sido tan gilipollas y me hubiese dignado a hablar con ella tal vez el que la esperase en el altar sería yo, en vez del imbécil de Rubén.

La música empieza a sonar y todas las cabezas se giran hacia la puerta de la iglesia, pero yo soy incapaz de hacerlo. No quiero verla acercarse a ese capullo con una mirada llena de amor, esa mirada que hace tres años me dirigía a mí cada vez que me acercaba.

—Joder, está preciosa —susurra mi amigo orgulloso de su hermana.

—¿Estás bien, Brais? —pregunta Cris en mi oído.

Asiento y me atrevo por fin a girar la cabeza hacia ella, lo que me deja sin respiración y mareado. Jamás la había visto más guapa que esta tarde. El vestido de novia le sienta tan bien... lástima que vaya a desaprovecharse con ese gilipollas. Erin está mirando a su padre con una sonrisa y gira la cabeza al ver a su hermano, que se acerca a ella para besarla en la mejilla. Justo después sus ojos recaen sobre mí... y una descarga eléctrica recorre todo mi

cuerpo como si me hubiera atravesado un maldito rayo. Erin entreabre los labios como si ella también lo hubiera sentido y por una milésima de segundo pienso que va a cogerse la falda del vestido para salir corriendo. Pero no, vuelve a mirar a su hermano y con una sonrisa recorre el resto del pasillo hasta el altar.

—Rubén —dice el cura—, ¿aceptas a Erin por esposa para amarla y respetarla en la tristeza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte os separe?

—Sí, acepto —contesta el gilipollas.

—¿Y tú, Erin? ¿Aceptas a Rubén por esposo para amarle y respetarle en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte os separe?

Erin mira de reojo hacia su hermano. No, Erin... no lo hagas o Axel me cortará los huevos de raíz... se muerde el labio y mira al novio antes de fijar sus ojos azules en los míos. Hago un levísimo gesto de cabeza para advertirla de que no se le ocurra hacer lo que está pensando, pero intentar que Erin haga algo es como intentar que un perro ladre la quinta sinfonía de Beethoven.

—Lo siento —susurra de repente—. Yo... no puedo hacerlo.

Se recoge la falda del vestido y sale a correr por el pasillo como en “Novia a la fuga”. Axel me mira en ese mismo instante como si fuera a asesinarme en cuanto tenga oportunidad y sale a correr tras ella.

—¿Lo sabías? —pregunta Ken.

—¿Yo qué coño iba a saber? —protesto— A ver si vais a creer ahora que esto es culpa mía...

Lara me mira con una ceja arqueada, señal de que es exactamente eso lo que están pensando todos.

—¡Que yo no he hecho nada, joder! —me defiendo.

—Espero por tu bien que así sea, o Axel te dará la paliza de tu vida —

advierete Joel.

Les miro antes de salir a correr hacia la calle. Tengo que arreglar esto, o de lo contrario estoy jodido. ¿Qué coño has hecho, Erin? ¿Qué coño has hecho?

# Capítulo 1

*Dos meses antes...*

Dios... este calor abrasador va a poder conmigo. Ni con el aire acondicionado puesto este maldito local se refresca un poco. Trabajo en el club *Black Butterfly* ocupándome de la seguridad de la sala de BDSM. Me limito a pasearme entre las diferentes estructuras de la estancia asegurándome de que ningún amo se pase de la raya con su sumiso. Aunque reconozco que alguna que otra vez he follado con alguna clienta, no ha sido de esta sala. No me va el BDSM, prefiero mimar a la mujer con la que me acuesto a darle cuatro latigazos que, aunque a ella la lleven de cabeza al orgasmo, a mí me dan más bien repelús.

—Brais, ¿Puedes venir un momento? —me llama mi jefe desde la puerta.

Hago restallar el látigo en el aire antes de marcharme. Así les recuerdo que sigo aquí, por si se les ha olvidado. Lara está sentada en la barra, como cada noche, bebiéndose su acostumbrado Bayleys. Me acerco a saludarla y miro a Axel con una ceja arqueada.

—Tengo que salir un momento —explica—. Quédate por aquí por si tienes que echarle una mano a Cris.

“Y cuida a mi chica” le ha faltado decir. Me meto detrás de la barra y

me bebo de un trago una botella de agua helada antes de apoyarme en la superficie de mármol con una sonrisa.

—¿A dónde va tu hombre? —pregunto.

—Erin le ha llamado llorando y ha ido a ver qué le pasa.

Tan solo escuchar su nombre hace que me recorra un escalofrío por todo el cuerpo. Desde que se prometió con ese tal Rubén no pasa ni una sola semana sin que llame a su hermano llorando porque han discutido. La verdad es que todo esto ya empieza a aburrir... y a mí ya ha dejado de dolerme. Cuando me enteré de que me había sustituido por ese gilipollas lo pasé realmente mal. No podía creerme que su amor hacia mí pudiera ser tan efímero, no me cabía en la cabeza que Erin hubiera dejado de quererme cuando yo aún me moría por ella. Pero eligió no confiar en mí en primer lugar, así que no debería haberme sorprendido que me sustituyera en menos que canta un gallo.

Pero eso ya no importa. Erin va a casarse con Rubén y yo tendré que olvidarla y seguir con mi vida... aunque no sé si algún día lo conseguiré.

—¿Brais? —pregunta Lara— ¿Estás bien?

—Claro —respondo con una sonrisa—. Solo estoy cansado.

—Ya te has pasado el día en vela, ¿verdad? —ríe Cris.

Si ella supiera que lo que no me deja pegar ojo es pensar en Erin y en su maldita boda... Cuando mi jefe llega una hora después el bar está lleno a reventar y no hay tiempo de hacer preguntas sobre Erin... aunque la verdad es que no voy a ser yo quien las haga, que para eso ya está Cris. La noche se me hace eterna, estoy deseando terminar para poder irme a dormir a casa. Hoy no hay mucho movimiento en mi sala, así que me doy una vuelta por la de Ken, que se dedica a los masajes eróticos.

—¿Cómo vas? —pregunto entregándole una botella de agua.

—Este calor va a matarme, tío... No sé si se ha roto el aire

acondicionado o es que yo tengo hoy más calor de la cuenta.

—Es que tenemos encima una ola de calor del Sáhara. Y si a eso le añadimos que la tía que acaba de salir de aquí está como un queso...

—No es mi tipo —responde mi colega limpiándose las manos en una toalla.

—Todas son tu tipo. —Sonrío—. Nunca te he visto hacerle ascos a una mujer a excepción de Cris.

Ken me lanza una mirada asesina antes de darse la vuelta.

—Cris es mi compañera de trabajo —se defiende—. Entre ella y yo no puede haber nada.

—Eso son gilipolleces. No estás con ella porque eres un cobarde.

—Si tú lo dices...

—Por supuesto que lo digo. Tontear con ella a saco y a la hora de la verdad te acobardas.

—¿Es que no tienes trabajo que hacer? —protesta.

—Pues no, la sala está vacía esta noche.

—Suerte la tuya, a mí me quedan aún dos masajes más, así que lárgate ya.

—Quien se pica...

Vuelvo a la barra para ver si Cris necesita que le eche una mano, pero Lara se ha puesto a servir copas con ella y ahora están las dos sentadas charlando.

—Veo que no me necesitáis —digo sentándome con ellas.

—Esto está ya finiquitado —responde Cris mirando su reloj—. Solo falta una hora para cerrar, así que no creo que tengamos que hacer mucho más.

—En ese caso me voy a dar una vuelta por mi sala para recoger, porque la noche ha estado bastante tranquila por allí.

Termino de recoger la sala en un momento. Por fin llega la hora de salir,

así que me pongo la camiseta y me dirijo a la zona de la barra, pero me detengo en seco al ver allí a Erin. Nuestra relación ha sido cordial desde hace más o menos un año, pero eso no impide que me dé un vuelco el estómago cuando la veo.

—Hola, Brais —dice mirándome con una sonrisa que no llega a sus ojos.

—¿Cómo tú por aquí? —pregunto.

—He venido para raptar a mi cuñada. Necesito que me acompañe a probar tartas.

—Mira tú qué bien... pues que os divirtáis.

Me despido del resto con la mano y salgo a la calle. El aire fresco de la mañana alivia el calor que llevo sintiendo toda la puta noche, y cierro los ojos un segundo antes de dirigirme hacia mi moto.

—¡Oye, Brais!

La voz de Erin me hace detenerme en seco, aunque soy incapaz de volverme para mirarla.

—¿Qué quieres, Erin? —pregunto.

—¿Por qué has sido tan borde?

—No he sido borde, estoy cansado.

—Y una mierda, Brais. Te conozco demasiado bien para diferenciar cuándo estás cansado y cuándo eres borde.

—Lo que tú digas, Erin.

Voy a dar un paso hacia mi moto pero ella me agarra del brazo y un latigazo de placer recorre mi espalda. Tengo que morderme el labio para no darme la vuelta, empotrarla contra la pared más cercana y follármela sin pensar en nada más.

—¿Qué te pasa? —pregunta.

—¿En serio me preguntas eso? —protesto zafándome de su agarre.

—¡Sí! ¡No sé qué te pasa conmigo!

—¡Vas a casarte con ese gilipollas! —grito al fin— ¿Qué quieres, que esté feliz y contento?

—Deberías alegrarte por mí.

—Pues lo siento, pero no puedo hacerlo. Tú has pasado página, Erin, pero yo no.

—Claro que no... ¿por eso te tiras a toda mujer que se te pone a tiro en el bar?

Me quedo mirándola con una sonrisa y una ceja arqueada. He podido notar el leve temblor de su voz, señal de que le duele que me acueste con otras mujeres.

—Si alguien te escuchara pensaría que estás celosa —ronroneo.

—¡No seas ridículo!

—¿Estoy equivocado?

—Por supuesto que sí. Simplemente estoy rebatiendo lo que me has dicho.

—Claro que sí, nena —susurro acercándome a ella—. ¿Por eso te pones nerviosa cuando me acerco?

—¡Claro que no es por eso, creído!

—¿Entonces por qué es?

—Porque no sé qué eres capaz de hacer.

—¿Me tienes miedo, Erin? ¿O temes lo que todavía sientes por mí?

—No siento nada por ti.

—Sigue mintiéndote a ti misma.

La sujeto de la cintura y pego mi boca a la suya. A la mierda Axel, el gilipollas de Rubén y hasta el mismísimo demonio. En cuanto mis labios rozan los suyos siento un latigazo en el vientre y mi polla se endurece. Erin se queda quieta un segundo, pero después me devuelve el beso como el primer día que

la besé. Los recuerdos de nuestros encuentros sexuales inundan mi mente, y casi parece que no ha pasado el tiempo y que todo sigue igual entre nosotros. Vuelvo a sentir un calor abrasador, estoy sediento de ella y este beso apenas es un atisbo de lo que necesito, pero por ahora es suficiente para mí. Intento pegar su cuerpo al mío, pero Erin me aparta de un empujón y me cruza la cara de una bofetada, haciendo que despierte de golpe de esa ilusión.

—No vuelvas a tocarme en tu vida —advierte.

—Dicen que si una mujer abofetea a un hombre es porque no ha tenido suficiente.

—Ya tuve suficiente de ti hace tres años. No necesitaba más, te lo aseguro.

—Lo deseabas tanto como yo —protesto—. Ahora no te hagas la víctima.

—¿Eso crees? ¿Que deseaba que me atacases como un neandertal? Te tienes en muy alta estima, ¿verdad?

—Solo constato un hecho. Me has devuelto el beso... al principio.

—¡Me has pillado desprevenida, imbécil!

—Sigue engañándote a ti misma.

Me doy la vuelta y me pongo el casco antes de arrancar la moto. Observo a Erin por el espejo retrovisor, que se ha quedado anclada en el sitio y no se mueve hasta que estoy a punto de doblar la esquina. Es innegable que donde hubo fuego, aún quedan cenizas, porque he sentido su corazón latir desbocado cuando la he besado, la he sentido temblar cuando mis brazos han rodeado su cuerpo. Erin puede engañarse a sí misma todo cuanto quiera, pero no puede engañarme a mí.

## Capítulo 2

Si la puñetera ola de calor no termina creo que el que va a terminar voy a ser yo... pero en urgencias de un golpe de calor. Estamos a cuarenta grados a las tres de la tarde y por más que quiero dormir un poco no es posible ni con el aire acondicionado. Me levanto al fin y me sirvo un café helado antes de sentarme en el sofá a ver lo que hay en la tele. Mi móvil suena y voy a mi dormitorio a cogerlo, que me lo he dejado en la mesita de noche. ¿Qué coño querrá Axel a estas horas? Algo muy importante debe ser para que me moleste cuando sabe que a esta hora suelo estar durmiendo.

—¿Qué pasa, tío? —pregunto dejándome caer en la cama.

—Necesito pedirte un favor, Brais. Un favor de los grandes.

Noto el tono serio de su voz, pero también algo más que no logro descifrar.

—Lo que quieras, lo sabes —respondo.

—Sé que esto no te va a gustar... no sé cómo coño pedírtelo.

—Siempre viene bien que empieces con un “por favor, Brais”.

—Necesito que acompañes a Erin a elegir las tarjetas para asignar el sitio a los invitados.

Inspiro con fuerza. ¿He oído bien o mi mente me está jugando una mala pasada debido a lo que me pasó ayer con ella?

—¿Cómo dices? —pregunto para asegurarme.

—Sé que lo que te pido es demasiado, pero le prometí que iría con ella y no puedo cumplir mi promesa.

—¿Y por qué no va con su puñetero novio a hacer esas cosas?

—Está de viaje de negocios, Brais.

—Pues manda a Ken... o a Joel.

—Mi hermana apenas les conoce.

—No puedes pedirme eso, tío... no puedes hacerme esto.

—¿Crees que no sé lo que te estoy pidiendo? Pero no tengo a nadie más a quién acudir. Lara no puede ir con ella tampoco.

—Lo siento, tío... pero mi respuesta es no.

—Si lo haces te daré quince días extra de vacaciones.

Sonríó ante el intento desesperado de Axel porque haga lo que me pide, pero no seré capaz de aguantar el tipo.

—No voy a soportar ver cómo elige las cosas para su boda con otro hombre, ¿es que no lo entiendes? —explico.

—¿Y quién tiene la culpa de eso?

—Eso es un golpe bajo, Ax.

—¡Vete a la mierda, Brais! ¡Si perdiste a mi hermana fue porque te dio la gana!

—¡La perdí porque no confié en mí!

—¡Te encontró atado en la cama con una mujer desnuda encima, imbécil! ¿Qué querías que pensase?

—Su marido también estaba allí, ¿recuerdas? ¡Fue él quien me dejó KO y me ató!

—Mi hermana no es adivina, Brais. No podía saberlo.

—¡Pero debería haber confiado lo suficientemente en mí como para quedarse y no salir corriendo!

Mi amigo se queda en silencio. Escucho su respiración al otro lado del

teléfono, calmada, al contrario que la mía. Todo el mundo se empeña en echarme la culpa de lo que pasó, pero ella debería haber confiado en mí. Debería haber esperado mi explicación y no lo hizo.

—Oye... —susurra Axel— Entiendo que lo que te pido es demasiado, pero te necesito, tío, de verdad. Se ha roto una tubería del *Butterfly* y tengo que esperar a que venga el fontanero.

Lo pienso por un solo segundo. No tiene que ser tan difícil elegir un trozo de papel, ¿no? Axel siempre ha estado ahí cuando le he necesitado, no puedo fallarle ahora. Además, en menos de media hora estaré de vuelta en casa y el mal trago se habrá pasado.

—Vacaciones pagadas —digo al fin.

—Por supuesto.

—Y un fin de semana en la playa con todos los gastos pagados.

—No te pases.

—Muy bien... iré con tu hermana a elegir las jodidas tarjetitas.

—Te debo una muy gorda, tío. Gracias.

—No sabes lo gorda que es.

Tras apuntar la dirección de la tienda donde ha quedado con su hermana, me visto con un suspiro. Me cuesta la misma vida hacerlo, como si quisiera retrasar el momento todo lo posible. Encontrar a Erin no es difícil, sobre todo porque sería capaz de encontrarla en un estadio de fútbol repleto de gente. No parece muy contenta de verme llegar, y cuando me detengo junto a ella se pone de puntillas para mirar por encima de mis hombros.

—¿Qué haces tú aquí y dónde está mi hermano? —pregunta.

—Ha tenido un problema en el local y le ha sido imposible venir.

—¿Y no podría haber mandado a otra persona?

—Pues la verdad es que no, no podía hacerlo.

Me siento un poco mejor al ver que ella no tiene nada que ver con todo

esto y que se siente tan incómoda con la situación como yo.

—Puedes irte, no te necesito —protesta dándose la vuelta.

—No es eso lo que me ha dicho Axel.

—Axel es un gilipollas a quien le pienso cantar las cuarenta en cuanto le vea —bufa—. Vete, seguro que tienes mejores cosas que hacer.

No la soporto cuando se hace la víctima, lo juro. ¿Por qué no puede limitarse a agradecerme el esfuerzo que estoy haciendo y buscar la puñetera tarjeta?

—No pienso marcharme —digo cogiendo una tarjeta del montón que ella tiene delante—. En serio, esto es una horterada.

Ella se vuelve hacia mí con los brazos en jarras y fuego en los ojos. Ya vamos a empezar otra vez...

—No necesito que me amargues la tarde con tus gilipollices, Brais —protesta—. Así que lárgate por donde has venido.

—Escúchame bien, Erin... Tu hermano me ha pedido que te acompañe en lo que sea que vayas a hacer aquí y eso es precisamente lo que pienso hacer, tanto si te gusta como si no.

—Eres despreciable —escupe antes de volverse hacia las tarjetas.

—Mira tú qué bien.

Pasan más de tres horas sin que Erin elija ninguna puñetera tarjetita. La que no está demasiado recargada de flores tiene un tipo de letra que no le gusta, y la que no es demasiado simple. Cuando estoy a punto de estrangularla encuentra una que le parece graciosa y que tiene la letra adecuada, gracias a Dios. Al salir de la tienda me despido con la mano para marcharme por otro lado, pero ella me sujeta de la camiseta.

—¿Dónde vas? —pregunta.

—¿Te importa? —protesto— Hace unas horas no querías ni verme.

—Tienes que acompañarme a otro sitio.

—¿A qué sitio?

—A probar menús.

—Ni de coña. —Me vuelvo para marcharme, pero ella no me suelta—.

¿Quieres soltarme de una puñetera vez?

—No puedo ir sola a probar la comida —se defiende—. ¿Qué novia hace eso?

—Tú, al parecer.

—Brais, por favor... Hasta donde yo recuerdo te encanta comer.

Recuerdos de nuestro pasado en común pasan por mi mente, pero en ellos no estoy comiendo precisamente comida. Se me seca la boca y mi polla empieza a reaccionar, y me muerdo el labio mirándola fijamente. Sé que ella sabe perfectamente en qué estoy pensando, porque suspira con fuerza y se aparta un par de pasos de mí.

—No me refería a eso y lo sabes —protesta.

—No he dicho nada.

—No hace falta. Aún te leo como un libro abierto.

—Si fuera así ahora mismo no estaríamos aquí.

Se coloca el pelo detrás de la oreja, y yo me muerdo de ganas de enterrar mi nariz en él.

—Será mejor que no me acompañes —dice al fin.

—Es la mejor idea que has tenido en toda la puta tarde.

Miro el reloj para darme cuenta de que casi es hora de entrar a trabajar, así que me dirijo al *Butterfly*. Esta noche necesito olvidarme de todo, sacarme de la cabeza a Erin de una vez por todas para poder seguir con mi vida. Como se me ponga a tiro alguna mujer no pienso dejar pasar la oportunidad.

Cuando bajo las escaleras Axel está en la barra secando unos vasos. No deja de mirarme de reojo, seguro que se siente como una mierda por haberme pedido algo así.

—¿Por qué me miras tanto? —protesto.

—No te miro —se defiende él.

Le miro con una ceja arqueada y él suspira antes de sentarse en uno de los taburetes de la barra.

—Lo siento —reconoce—. Sé que no debería haberte pedido algo así, pero no tenía a nadie más a quién recurrir.

—No me jodas, Ax.

—¿Crees que lo he hecho adrede?

—Sé que lo has hecho adrede. No sé con qué maquiavélica idea en mente, pero lo has hecho a posta.

—¿Crees que soy tan capullo como para joder a mi mejor amigo por gusto? —protesta.

—Creo que estás intentando hacerme olvidar a tu hermana porque tienes miedo de que arruine su boda.

—¿Harías algo así?

—¿Tú qué crees? —protesto— Pero tranquilo, que la jugada te ha salido cojonuda, porque esta noche me pienso follar a la primera mujer que se me ponga delante.

—Yo no estaba planeando nada, Brais. Veo que estás enfadado y no piensas con claridad. Si te calmas...

—Estoy muy calmado, ¿no me ves? Jodidamente calmado, de hecho.

—No hagas algo de lo que luego puedas arrepentirte, tío.

—¿En serio crees que me voy a arrepentir de echar un polvo? —pregunto levantándome— Tranquilo, nunca lo he hecho y no pienso empezar ahora.

Dicho esto, me marcho a mi sala, en la que seguro que tengo mejores cosas que hacer que discutir con mi jefe, porque después de lo de hoy dudo mucho si llamarle mejor amigo.

## Capítulo 3

El resto de la noche pasa tranquila, Axel se mantiene alejado para no empezar otra pelea y lo agradezco. Después de la discusión de antes prefiero no tener que vérmelas con él, y he tenido bastantes broncas por hoy. Ken se ha pasado por la sala un par de veces para ver cómo estoy y ahora mismo le tengo sentado frente a mí bebiéndose una botella de agua fría, mirándome pero sin decir ni una puñetera palabra.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Nada.

—¿Entonces por qué me miras así?

—Miro cómo trabajas.

—¿Es que no tienes nada mejor que hacer? —protesto.

—No hasta dentro de media hora. ¿Te molesto o qué?

—En absoluto, pero no hace falta que me hagas de niñera.

—No estoy haciéndote de nada.

—¿Y entonces qué coño haces ahí sentado mirándome como si fuera un puto mutante?

—¡Está bien, está bien! Quiero asegurarme de que estás bien después de esta tarde, solo eso.

Suspiro y me siento a su lado en el sofá negro de cuero, que por cierto da un calor impresionante.

—Ha sido muy difícil —reconozco.

—Solo tenías que acompañarla a elegir unas tarjetas, ¿no?

—Sí, unas tarjetas que ha tardado en elegir más de tres horas, y por si no fuera bastante Erin quería que la acompañase también a elegir el menú del banquete.

—¿En serio no lo tiene elegido a estas alturas?

—Parece ser que no. Yo no sé qué coño han estado haciendo esos dos todo este tiempo.

—¿Y por qué no la ha acompañado su novio?

—Porque estaba de viaje de negocios.

—Ah, pero ¿ese tío trabaja?

Al final mi colega ha logrado sacarme una sonrisa, como siempre.

—¿Por qué estás enfadado con Axel? —pregunta Ken.

—Porque no entiendo qué coño pretendía mandándome a mí cuando sabe que siempre que nos vemos discutimos. Podría habértelo pedido a ti... o a Joel.

—Tal vez piense que así la boda te parecerá más real.

—La maldita boda me parece real desde el mismo día en que me enteré.

—¿A él le gusta Rubén para su hermana? —pregunta Ken de repente.

—¿Y yo qué sé? ¿Crees que me voy a parar a preguntarle si le gusta el novio de su hermana?

—Tal vez Axel quiere que detengas esa boda porque ese tío no le gusta un pelo.

—¿Estás de broma? Le va a costar una fortuna, Ken. Si detengo esa boda me cuelga de los huevos.

—En eso tienes razón.

—Tenga los motivos que tenga se ha comportado como un capullo y no sé si seré capaz de perdonárselo.

—Donde tengas la olla, no metas la polla, tío. Te lo he dicho muchas veces.

—Básicamente no lo hice. Erin no ha trabajado nunca aquí.

—Pero es la hermana de tu jefe, así que por extensión...

—Recuérdame que a partir de ahora te haga caso, Ken.

—No creo que haga falta. Me da que ya te has aprendido el refrán al pie de la letra.

Ken se levanta y me palmea el brazo antes de salir por la puerta. Ya casi es la hora de cerrar y recojo la sala antes de ir hacia la barra para ver si necesitan mi ayuda. Cris lo tiene todo controlado así que me siento a beberme una cerveza y se me acerca una rubia con ganas de fiesta.

—¿Buscas algo? —pregunto acercándome a ella.

—Tal vez —responde mirándome de arriba abajo.

Ante su escrutinio, me permito la licencia de mirarla a conciencia yo también. Está vestida, pero su modelito deja muy poco a la imaginación. Un cinturón a modo de falda y una camiseta de tirantes que deja la mitad de sus tetas al descubierto. No es mi tipo, la verdad, pero a falta de pan...

—Quizás pueda ayudarte... —ronroneo pasando un dedo por el contorno de una de sus tetas— pero tendrás que esperar a que cerremos.

—No tengo prisa... si me invitas a una copa puedo esperar.

Se apoya a mi lado en la barra y se pone de puntillas haciendo que mi atención se centre en su impresionante culo. Le hago una señal a Cris para que le sirva lo que quiera a mi cuenta. Mi compañera me mira negando con una sonrisa y obedece de inmediato. Lo sé, sabes tan bien como yo lo que estoy haciendo, pero soy libre y necesito echar un polvo.

—Espérame aquí un momento —digo besándola fugazmente en la boca.

—No pienso irme a ninguna parte.

Axel me mira de reojo desde el despacho, pero no se atreve a decirme

nada. Ayudo a Cris con una caja bastante pesada, me despido de todo el mundo y tiro de la mano de la chica para salir por fin a la calle. El aire fresco calma un poco el calor, pero no logra hacer lo mismo con mis ganas de follar. La aprisiono contra la pared del local para besarla a conciencia, y ella no se corta un pelo y me aprieta la polla por encima de los vaqueros, haciéndome gemir.

—¿Tienes prisa? —pregunto.

—Estoy borracha y cachonda. ¿Tú qué crees?

No soy de los que se folla a las tías en un callejón oscuro, así que tiro de ella hasta mi moto y pongo rumbo a mi casa. Mi apartamento es pequeño, y en tres zancadas la tengo tumbada sobre mi cama con las piernas abiertas. El pequeño tanga negro que lleva se le ha metido entre los labios, y tiro un poco de la tela para conseguir que cierre los ojos y gima llevada por el placer. La mujer tira de mi camiseta para hacerme perder el equilibrio y termino tumbado sobre su cuerpo. Ella enreda las piernas en mi cintura y me aprieta contra ella con fuerza.

—Fóllame, guapo —susurra.

—Eso es precisamente lo que tengo pensado hacer.

La chica se deshace de mi camiseta con prisa y sus manos vuelan hasta la cremallera de mis vaqueros. Estoy cachondo, pero tanta prisa me está quitando las ganas, la verdad. Sujeto sus manos con una de las mías para ralentizarla, para que me deje llevar a mí el ritmo, pero ella retuerce sus caderas debajo de mí, logrando que el roce me haga gemir.

—Quieta... —advierdo.

—Más tarde.

Se suelta de mi agarre y de un tirón se saca la camiseta por la cabeza, haciendo que sus tetas boten delante de mí. Sus pezones son grandes y oscuros, y por un instante recuerdo los de Erin, pequeños y rosados... sacudo la cabeza

para quitarme esa imagen de la mente y me centro en lamer sus tetas lentamente, pero ella no tiene intención de que lo haga y se retuerce hasta lograr quitarse el tanga y desabrochar mi cremallera.

—¿Tienes un condón? —susurra.

Asiento y saco uno de la mesita de noche, que ella me arranca de las manos para ponérmelo a toda prisa. Agarra mi polla con firmeza y me hace entrar en ella, empujándome con los pies por el culo para hacerme clavarme hasta el fondo. Joder... ¿qué tío no estaría encantado con algo así? Pues yo, al parecer. De pronto llegan a mi mente pequeños retazos de mis noches con Erin, de nuestros encuentros sexuales, y este encuentro se torna incómodo y desagradable. Pero ahora no puedo retractarme, así que intento cumplir aunque mi polla no está muy contenta con mi decisión.

—¿Qué pasa? —susurra ella intentando besarme.

Aparto la cabeza para impedírselo y cierro los ojos para pensar que es Erin quien está debajo de mí y no una desconocida insulsa de la que no conozco ni su nombre. Aunque no son sus curvas las que siento puedo imaginarme tocándola, aunque no son sus labios los que me besan puedo imaginar que es su lengua la que acaricia la mía, y mi polla responde al estímulo lo suficiente como para follármela medio en condiciones. Siento cómo se arquea, cómo se contrae al mi alrededor y se corre entre gritos de placer.

Intento apartarme de inmediato pero ella no me suelta. Me retuerzo intentando zafarme de su agarre pero ella aprieta las piernas a mi alrededor y sus músculos vaginales empiezan a succionarme.

—¡Suéltame! —exclamo apartándome de ella de un empujón.

—¿Pero qué coño te pasa?

—Vete.

—¿Que me vaya? ¡Pero si acabamos de empezar!

—¡He dicho que te largues!

—¡Eres un gilipollas! —grita mientras empieza a vestirse.

Salgo de la habitación sintiéndome como un imbécil, sintiéndome como una mierda por haber tenido que pensar en Erin para acostarme con otra. Tiene que ser el resultado de haber pasado la tarde con ella, no hay otra explicación. Cojo una cerveza del frigorífico y me la bebo de un solo trago. Escucho los tacones de la mujer acercarse, pero no me vuelvo hacia ella porque no quiero sentirme culpable.

—¿Vas a darme al menos para un taxi? —pregunta a mis espaldas.

Sonrío... porque es mejor reír que llorar. Le paso un billete de veinte euros sin dignarme a mirarla y no me vuelvo hasta que escucho la puerta de la calle cerrarse. Cojo otra cerveza y me tiro en el sofá a terminármela. Saco de la cadena que llevo al cuello la alianza de plata que Erin me regaló en nuestro primer y único aniversario. La hago rodar sobre la superficie de madera de la mesa perdido en mis pensamientos, en por qué fui tan estúpido aquel día. Debería haberla detenido, debería haberle explicado que aquella noche no pasó nada y no haberle permitido que me dejase. Pero fui un capullo orgulloso y ahora estoy pagando un precio muy alto por ello.

Ya he perdido la cuenta de las cervezas que me he bebido. Tal vez ocho, o nueve... no lo sé. Estoy borracho, apenas puedo mantener el equilibrio cuando me levanto del sofá para meterme en la cama. No sé cuándo he cogido el teléfono de la mesita de noche ni cómo he conseguido marcar el número de Erin con la borrachera que llevo encima.

—No te engañé —farfullo en cuanto descuelga—, nunca lo he hecho.

—¿Brais? ¿De qué coño me estás hablando, tío?

—Aquella noche en el bar... ella quería follarme y su amo quiso darle el capricho —susurro—. Me pilló desprevenido, Erin... y yo...

—Brais, no soy Erin...

—Yo no tuve nada que ver. Él me ató a la cama para que ella me violara, Erin. Si no hubieses llegado...

Apenas tengo fuerzas para sujetar el teléfono. Cierro los ojos un segundo para intentar que mi visión se aclare... y me quedo profundamente dormido.

## Capítulo 4

El sonido del timbre de la puerta va a matarme. La cabeza me va a estallar en cualquier momento, y si el que sea que esté llamando no deja de hacerlo ahora mismo se va a ganar un buen puñetazo. Me levanto como puedo de la cama, porque cualquier movimiento hace que me maree y tenga ganas de vomitar. ¿Cuánto bebí anoche? Ni siquiera recuerdo haberme metido en la cama.

Abro la puerta y sin mirar quién es me tiro en el sofá con el brazo sobre los ojos para que la luz del sol no me moleste.

—Debería darte un puñetazo por gilipollas —amenaza Axel sentándose en el otro sofá.

—¡No grites! ¡Baja la voz!

—¿Te duele la cabeza? ¡Pues te jodes! ¿Se puede saber en qué coño pensabas anoche?

—Refréscame la memoria...

—Sabes muy bien a qué me refiero, no te hagas el tonto.

—No recuerdo nada de lo que hice anoche —reconozco—. Sé que eché un polvo, que la tía se largó y que me tomé... —Miro la mesa para contar los botellines—. Nueve cervezas, pero nada más.

—¡Llamaste a mi hermana, capullo! Llamaste a Erin para contarle lo que pasó aquella noche. ¡Ahora, después de tres putos años te da por contarle la

verdad!

—¿Cómo dices?

—Por suerte marcaste mi número y no el de ella —continúa Axel—. Si llegas a marcar bien ahora mismo estaría dándote una paliza.

—¿Y qué más da que se lo diga ahora? Va a casarse con otro, ¿no?

—¿Y si decide no casarse, imbécil?

—¡Vaya! Ya veo que Rubén te parece más aceptable que yo como cuñado —protesto.

—¿Ese gilipollas? ¡No le aguanto! —reconoce— Es el tío más prepotente e insoportable que conozco, pero mi hermana le quiere y me tengo que joder.

—Y si tan seguro estás de que tu hermana le quiere, ¿Qué más te da que le arruine la boda?

—¡Que no me da la gana de que la hagas pasar un mal trago, capullo!

—Si es por eso no te preocupes, no tengo intención de ir a esa puñetera boda. Y para tu información, no tengo su número de teléfono así que era bastante difícil que anoche la llamase para contarle nada.

—No me vengas con esas, Brais. Sé que te lo sabes de memoria.

Es cierto. Me sé de memoria cada detalle de Erin como si aún estuviésemos juntos. Después de tres años me acuerdo de cada lunar de su cuerpo, de cada mirada de sus ojos, de cada gesto de su cara. Aparto la mirada de mi amigo y me levanto para preparar café.

—Sigues enamorado de ella, ¿verdad?—pregunta Axel.

—Nunca dejaré de quererla.

—¿Y por qué coño no me lo has dicho?

—Porque no voy por ahí aireando mis sentimientos.

—Siento mucho haberte mandado a acompañarla, no creí que tus sentimientos por ella fueran tan fuertes.

—¿Y qué creías, Ax? ¿Que la evitaba por gusto? ¿Que discutí contigo ayer solo porque no me apetecía acompañarla?

—Creía que estabas dolido con ella por no haberte creído, no que siguieras enamorado de ella.

—Pues lo siento, pero te equivocabas.

—¿Y por qué coño no intentaste recuperarla?

—Porque pensé que terminaría entrando en razón y volvería a mí.

—Y en vez de eso empezó a salir con Rubén. —Axel se levanta y me palmea la espalda—. No deberías ser tan orgulloso, tío. Mira para lo que te ha servido.

—Ahora no tiene remedio, ¿verdad? Está enamorada de otro y no puedo hacer nada para remediarlo.

Axel se marcha dejándome solo con mis pensamientos. En vez de tomarme el café me vuelvo a la cama, pero soy incapaz de pegar ojo. Axel tiene razón, por culpa de mi estúpido orgullo he perdido a la mujer de mi vida, y ya no tengo ninguna posibilidad de recuperarla. Porque Erin me odia con todas sus fuerzas, me quedó muy claro ayer mientras me gritaba.

Cierro los ojos y empiezo a recordar el tiempo que pasamos juntos. Veo esa sonrisa dedicada solo a mí cuando se despertaba por la mañana, sus pechos transparentándose bajo la tela de su camisón y su sedoso pelo revuelto. Me encantaba hacerle el amor después de eso. Ella siempre se sentaba a horcajadas sobre mis piernas y me besaba con tanto amor que el corazón se me paralizaba. Yo la sujetaba de la cintura y la pegaba por completo a mi cuerpo, sintiendo sus curvas acoplarse perfectamente a mis músculos. Hacíamos el amor lentamente, como si el tiempo se detuviera, como si no importara nada más que ese momento. Era el mejor despertar de la historia... y ahora tengo que despertarme completamente solo.

Apenas he conseguido dormir unas horas, pero al menos el dolor de

cabeza se me ha pasado un poco, aunque sigo con el estómago revuelto. Me visto para ir a hacer la compra antes de volver al trabajo, y cuando abro la puerta me detengo en seco al ver a Erin con el puño levantado dispuesta a llamar.

—Eh... hola —susurra.

—¿Qué haces aquí? —pregunto más brusco de lo que pretendo.

—¡Joder, Brais! ¿Hasta cuándo vas a estar enfadado conmigo? — protesta— No debí haber venido. Ha sido un error.

Se da la vuelta para marcharse, pero la sujeto del brazo para detenerla.

—Lo siento —me disculpo—. No pretendía ser tan borde. ¿Quieres pasar?

Ella asiente y entra en la casa. Me acerco al frigorífico y le doy una cola light sin caféina, la que siempre ha tomado.

—Aún te acuerdas... —susurra.

—¿Qué querías? —pregunto simulando que no la he escuchado.

—Me ha dicho mi hermano que no piensas venir a mi boda.

Vamos, no me jodas, Erin... ¿En serio has venido hasta aquí para eso? Debería mandarla a la mierda y hacerla salir por la puerta lo antes posible por ser tan hija de puta. Eso debería hacer.

—¿Y te extraña? —pregunto en cambio.

—No, pero me gustaría que lo hicieras. Hubo un tiempo en el que éramos amigos, ¿te acuerdas?

—Sí, pero me enamoré de ti y la cosa se torció.

Ella mira su refresco sin atreverse a levantar la vista.

—Sé que pedirte que volvamos a ser amigos es imposible, pero me gustaría que al menos lográsemos llevarnos bien —dice al fin—. No quiero seguir peleándome contigo, Brais. Ya estoy cansada de eso.

Sí... yo también estoy cansado de todo esto, cansado de las discusiones

y de flagelarme por haber sido un gilipollas. Ya no hay vuelta atrás, ya el daño está hecho y no tiene solución, y tendré que verla a menudo si sigo siendo el mejor amigo de su hermano, así que...

—Lo intentaré —digo al fin—, pero no te prometo nada.

—No puedo pedirte más. Y piénsate lo de la boda, por favor. Me gustaría mucho que estuvieras allí.

Asiento porque no soy capaz de abrir la boca sin reprocharle lo que me acaba de pedir.

—Te dejo —dice levantándose—, que seguro que estás muy ocupado. Adiós, Brais.

—Adiós, Erin.

La observo marcharse, y con ella se marcha un trozo de mi alma. Al fin la estoy dejando marchar, me siento como si fuera nuestra despedida y siento que el corazón se me rompe en mil pedazos. Siento un dolor agudo en el pecho, un dolor que no creo que me abandone nunca, y cuando la puerta se cierra a su espalda me dejo caer en el sofá con un suspiro. ¿Qué es lo que acabo de hacer?

Cuando llego al local me encuentro que Erin está sentada con Lara y su amiga Mónica en la barra. ¿Es que no puede irse a otro local? Nunca ha querido venir al *Butterfly* y precisamente esta noche se presenta aquí. ¿Qué quiere, ver si voy a cumplir lo que le he dicho hace unas horas? Mónica me mira con una sonrisa como cada vez que me ve. Creo que es la única amiga de Erin que creyó en mi inocencia sin dudar ni un segundo, cosa que le agradezco.

—¡Pero mira a quién tenemos aquí! —exclama— ¡Al capullo de turno!

—Y tú sigues tan encantadora como siempre —digo abrazándola.

—¿Qué tal estás, campeón? —pregunta in soltarse de mi abrazo.

—Muy bueno, ¿no me ves? —bromeo.

—Sí que estás bueno, sí... Has mejorado con los años como el buen vino.

—Solo llevas un par de años sin verme, exagerada.

—¿Y de quién es la culpa? Que lo dejarais no implicaba que me dejases a mí también.

—Yo no te he dejado, has sido tú la que no te has dignado a llamarme.

—Tienes razón, perdona. ¿Qué te parece si nos tomamos un café mañana y nos ponemos al día?

—Me parece la mejor idea que has tenido en años. Me voy al trabajo, preciosa. Luego te veo.

Beso a Lara en la mejilla y le hago un gesto a Erin con la barbilla antes de perderme por las cortinas, no sin antes ver cómo le da un manotazo a Mónica y la mira con asombro.

—¿Qué pasa? —pregunta su amiga.

—¿Se puede saber a qué juegas? —pregunta ella.

—¿Y a ti qué más te da? Le dejaste, ¿recuerdas? Es libre de hacer lo que le dé la gana, y te aseguro que yo estoy más que dispuesta a dejarle que lo haga.

La miro con una sonrisa porque sé lo que pretende, y ella me la devuelve con un guiño de complicidad. Eres una diablilla traviesa, Mónica... pero te estaré agradecido toda la vida por ello.

## Capítulo 5

Trabajar esta noche va a ser un calvario para mí. Erin celebra su despedida de soltera y Axel se ha ofrecido amablemente (nótese la ironía) a prepararles una sala privada para que su hermana y sus amigas puedan divertirse sin preocuparse por nada. Muy considerado mi amigo, sí señor. Sobre todo porque la sala en cuestión es la mía, que es la más grande, así que llevamos más de una hora moviendo artilugios al almacén para prepararle la dichosa sala a la novia. Mónica y Lara, que son las artífices de todo, están dando órdenes como si fueran dos tenientes del ejército y Joel, Ken, Axel y yo obedecemos como corderitos. Como tiene que ser, según ellas.

—Bien, ahora hay que forrar esas paredes con estas telas —dice Mónica enseñándonos unos rollos de una especie de gasa rosada.

—Moni, en serio, te aprecio mucho, pero ya me estás empezando a tocar los huevos hoy —protesta Joel desde el otro lado de la sala.

—No te quejes tanto, grandullón, que tú puedes con todo —responde ella.

Lara eleva los ojos al cielo y me pasa una grapadora y un rollo de tela.

—Basta con que la grapes a la pared y la dejes caer —sugiere—. Ya nos encargamos nosotras del resto.

—¿Eso significa que podremos irnos? —pregunta Ken esperanzado.

—Eso significa que haréis otras cosas —contesta Mónica.

Ken empieza a despotricar en japo, cosa que me hace sonreír. La verdad es que me lo estoy pasando bien con esto, aunque me lo pasaría mejor si la boda fuera de otra persona. Tres horas más tarde mi sala se ha convertido en un esponjoso trocito de nube rosa y dorado, con mullidos sillones blancos (de la sala del jacuzzi) y luces de colores. Parece el puto país de los unicornios, y tanto mis colegas como yo salimos de allí a todo correr.

—Id a dormir, chicos —ordena Axel—. Nos vemos esta noche.

Mis compañeros se marchan, pero yo me quedo mirándole apoyado en el quicio de la puerta.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Me va a tocar a mí vigilarlas, ¿no?

—¿Y si así fuera?

—Lo haría porque no me queda otra, pero tú serías un auténtico capullo.

—Pues no, no pienso ser tan capullo. Tú ocuparás esta noche el puesto de Joel y él se encargará de las chicas.

—Te lo agradezco.

—Ponte chaqueta —ordena—. Nos vemos esta noche.

Me despido con la mano bastante más aliviado. Al menos no tendré que lidiar con Erin en toda la noche... En cuanto llego a casa meto una pizza en el horno y abro una cerveza fresquita. Hace mucho calor, y después de comer me doy una ducha y me meto desnudo en la cama. El aire acondicionado es el mejor invento de la historia, lo juro, porque aunque tenemos cerca de cuarenta grados en la calle en mi habitación se está de lujo y pronto me quedo dormido.

A las diez en punto estoy sentado en la barra con Cris. La verdad es que me veo muy raro con chaqueta y pinganillo, pero lo prefiero a tener que soportar estar en la habitación con Erin y sus amigas. Si no llego a estar sentado cuando llega habría terminado en el suelo, porque está tan guapa que logra tambalear mi mundo... otra vez. Aunque sus amigas la han hecho ponerse

una diadema con un enorme cuerno de unicornio arcoíris y purpurina por todas partes, el vestido blanco que lleva me hace babear. Cris tiene que darme un codazo para que deje de mirarla con la boca abierta.

—Bienvenidas, chicas —dice mi compañera con una sonrisa—. ¿Listas para disfrutar?

No puedo apartar mi mirada de Erin. La sigo hasta que sus curvas se pierden a través de las cortinas que separan la zona de la barra de las demás salas. Ni siquiera me he percatado de que Cris se ha ido con ellas y que Axel ha tomado su lugar.

—Brais, ¿me estás escuchando? —dice mi amigo.

—Sí, perdona.

—Como te decía, que mi querida novia le ha pedido a Ken que haga un striptease en la despedida, así que nos vamos a quedar sin sala de masaje dentro de un rato.

—¿Y él ha accedido?

—Ya sabes lo que le gusta el cachondeo. Se piensa embadurnar de aceite como los profesionales.

—Mientras no se tenga que quedar en pelotas...

—Le he advertido de que como se le ocurra hacerlo se las corto.

—Lo que te gusta a ti cortar pelotas...

—Cerraremos antes porque sin dos salas disponibles poco vamos a hacer esta noche, aunque mañana tendremos que venir antes para volver a colocarlo todo en su sitio.

—Espero que no vayas a organizar más despedidas aquí.

—No, no estoy loco. Esta la he consentido porque es mi hermana, que si no...

—Será mejor que me vaya a la puerta —digo levantándome—. ¿Hasta qué hora?

—Hasta las dos.

La noche pasa bastante tranquila... aunque mi cabeza no puede apartarse de la despedida de soltera. Los gritos y las carcajadas llegan hasta la sala principal y no puedo evitar pensar en qué estarán haciendo. En realidad solo me pregunto qué estará haciendo ella, las demás pueden hacer lo que quieran. Mónica sale a la calle para fumarse un cigarro y aprovecho para acercarme a ella.

—¿Lo estáis pasando bien? —pregunto apoyándome a su lado en la pared.

—Está saliendo todo perfecto —responde ella besándome en la mejilla —. Lástima que se desnude Ken y no tú...

—Las delicatessen no se pueden mostrar así porque sí... —bromeo.

—Más de una querría morder esa delicatessen... aunque ya sea tarde para ello.

—Siempre puedes probarlas tú...

—Tal vez... cuando te parezcas un poco más a Joel —responde con un guiño.

Mónica siempre consigue hacerme reír. Sé desde hace tiempo que le gusta Joel, pero él es tan serio y reservado que no se atreve a hacer ningún movimiento con él... al menos estando sobria. Tal vez esta noche las cosas cambien, estaría bien que alguien se fuera a casa contento ya que yo no voy a hacerlo.

Cuando cerramos Ken se deja caer en el sofá del despacho de Axel con gesto cansado.

—¿De dónde saca tu hermana las amigas? —pregunta— Son unas salvajes. Solo les ha faltado arrancarme los bóxers y dejarme en pelotas.

—Así aprenderás a no hacer todo lo que Lara te pide —protesta mi jefe.

—¡Es tu novia! ¿Qué querías que hiciera?

—Negarte.

—Lo tendré en cuenta cuando te decidas a pedirle que se case contigo y le organicen a ella la despedida.

—En la despedida de Lara seré yo quien haga el striptease —bromeo—. Aunque yo no soy tan mojigato como Ken, lo haré integral.

—Enséñale a mi chica algo más de lo apropiado y te juro que te corto los huevos y te los sirvo a la barbacoa —amenaza Axel.

Joel y Ken rompen a reír a carcajadas, y miro a mi amigo con una sonrisa.

—Largaos ya, capullos —nos dice—. Yo cerraré cuando terminen.

—¿Y vas a limpiar también? —bromea Joel.

—De eso nada, mañana os quiero a todos aquí una hora antes para limpiar el desastre de sala que me han dejado.

—Si está la mar de mona... —bromea Ken.

—Vete a la mierda, Ken, que la sala es la mía —protesto.

—Imagínate cuando tus clientes mañana vean esa habitación —ríe Joel.

—Por suerte, no se va a dar el caso —nos corta Axel—. Hasta mañana.

Me quito la chaqueta y la meto en la maleta de la moto antes de ponerme el casco y poner rumbo a mi casa. Me doy una ducha en cuanto llego y me meto en la cama, pero no puedo apartar de mi mente la imagen de Erin esta noche. ¿Por qué demonios tiene que ser tan jodidamente guapa?

El timbre de la puerta me sobresalta. ¿Quién puede ser a estas horas? Miro en los bolsillos de la chaqueta para ver si me he llevado las llaves del local, porque a veces suelo cerrar yo, pero no encuentro nada. Voy a abrir la puerta y me quedo petrificado al ver a Erin al otro lado del umbral.

—¿Erin? —pregunto— ¿Ha pasado algo?

—¡Por supuesto que ha pasado!

Está borracha. Como una auténtica cuba. Entra dando traspiés en el

salón y se deja caer en el sofá con un hipido.

—Deberías haberme saludado hoy —balbucea— pero has vuelto a comportarte como un capullo.

—Erin, has bebido demasiado, creo que será mejor que te lleve a casa.

—¡Claro que sí! ¡Deshazte de mí como si fuera un trapo viejo!

Suspiro y voy a mi habitación a vestirme, pero cuando estoy agachado poniéndome los vaqueros Erin se pega a mi cuerpo haciéndome jadear.

—¿Se puede saber a dónde vas, Erin? —protesto apartándome como si me hubiera quemado.

—A dormir... ¿dónde quieres que vaya?

—Ve al salón, ahora te llevo a casa.

—¿Es que no quieres que duerma contigo o qué?

¡Señor, dame paciencia! ¿Que no quiero que duerma conmigo? ¡Lo que quiero es que no salga de mi puta cama! Me pongo la primera camiseta que encuentro y la cojo del brazo para llevarla al salón.

—Siéntate ahí, ahora vuelvo —ordeno.

—Muy bien... me siento aquí.

Cuando vuelvo de ponerme las zapatillas de deporte Erin se ha quedado completamente dormida en el sofá. Cojonudo, a ver cómo la despierto yo ahora. Tras mucho intentarlo termino cogiéndola en brazos y metiéndola en mi coche para dejarla en su casa. Cuando aparco frente a su puerta logro despertarla de nuevo, pero ella balbucea cosas sin sentido y se da la vuelta para seguir durmiendo. Al final opto por buscar en su bolso las llaves y llevarla en brazos hasta su cama, pero cuando la dejo caer en ella Erin enreda los brazos en mi cuello y pega sus labios a los míos.

—Te he echado tanto de menos, Brais...

## Capítulo 6

El estómago me da un vuelco y me quedo paralizado un segundo. Tiene los ojos abiertos, y aunque me está mirando directamente es evidente que aún está adormilada. Pero en ese momento Erin me mira los labios y se relame como si fuera una gatita a punto de comerse un tazón de leche fresca. No lo hagas, Erin... no lo hagas o te juro por Dios que seré incapaz de parar. Me deshago de su agarre con suavidad, temiendo que se despierte por completo y nos vea así, pero en vez de despertarse empieza a ponerse verde. Me doy la vuelta para ir a buscar un cubo o algo en lo que pueda vomitar, porque en cualquier momento su estómago se va a revelar contra todo lo que ha bebido esta noche.

—¡No vomites! —exclamo por el pasillo— ¡No vo...

Pero ya es demasiado tarde. Erin se ha inclinado por el borde de la cama (gracias a Dios) y ha echado todo lo que tenía en el estómago.

—Mites...

Con un suspiro voy al cuarto de baño y mojo una toalla para lavarle la cara y refrescarla un poco, la ayudo a ponerse el camisón y limpio todo el desastre que ha formado. Cuando termino me doy cuenta de que se ha quedado dormida, pero ¿cómo voy a irme y dejarla en ese estado? Erin no aguanta bien la bebida y se pone malísima cuando se emborracha, puede que necesite mi ayuda a lo largo de la noche. Me dejo caer en el sofá con un suspiro y pongo la

tele a ver qué hay a esta hora, pero estoy demasiado cansado y termino quedándome dormido.

Me despierta una leve caricia en la cara. Abro los ojos... y veo a Erin sentada en el borde del sofá mirándome con ternura. ¿Seguiré aún dormido? Me restriego los ojos para espabilarme e intento sentarme, pero ella me lo impide poniéndome una mano en el pecho.

—No... —susurra— No te levantes.

—Erin, ¿qué estás haciendo?

—No lo sé —suspira uniendo sus labios a los míos—. No lo sé.

En cuanto nuestras bocas entran en contacto la pasión estalla entre nosotros como un volcán en erupción. Debería apartarme, debería alejarme de Erin el máximo posible, pero que Dios me ayude, soy incapaz de apartarme de ella. Cuando su lengua roza la mía inspiro con fuerza y con un brazo la atraigo hacia mí hasta dejarla sentada a horcajadas sobre mis rodillas. Como antes... como cada vez que nos despertábamos juntos. Erin enreda los brazos en mi cuello y pega su pecho al mío, haciéndome jadear. Siento sus pezones duros rozar mi cuerpo, tan pequeños y rosados que me muero de ganas de morderlos, pero no rompo el beso por miedo a que ella recupere la cordura y se aparte de mí. Ahora no podría dejarla marchar aunque quisiera... que no quiero.

Subo las manos por su espalda arrastrando con ellas su camisón. Su piel está caliente, suave, y se eriza al contacto de mis dedos. Abro los ojos un segundo para mirarla, y aunque está demasiado cerca puedo ver sus ojos, que también están abiertos, como si ella temiera tanto como yo que esto no sea real. Sus dedos se enredan en mi pelo haciéndome jadear, y Erin empieza a mover las caderas, rozando mi polla con sus braguitas de encaje, logrando que se endurezca en cuestión de segundos. Aparto mi boca de la suya y la miro con la respiración acelerada. Ella está jadeando tanto como yo, y puedo ver el temor en sus ojos, un temor que no sé si es por estar perdiendo la cabeza o por

si yo decido detenerme.

—¿Estás segura de esto, Erin? —pregunto.

Soy gilipollas, lo sé. Debería tomar lo que me ofrece y al demonio con las consecuencias, pero no puedo hacerle algo así. No a ella.

—Nunca he estado más segura de nada en mi vida —susurra.

La tomo en brazos y ella enreda las piernas alrededor de mis caderas, besándome de nuevo. La dejo caer sobre la cama y me tumbo encima de su cuerpo, acariciando cada centímetro de piel como si fuera la primera vez que lo hago. Conozco perfectamente cada zona sensible, cada caricia que la vuelve loca de deseo, y pronto la tengo retorciéndose debajo de mí esperando mucho más que eso.

—¡Fóllame, Brais! —susurra mordiéndose el labio.

—Sabes que nunca voy a hacerlo —respondo—. Yo siempre te haré el amor.

Vuelvo a pegar mi boca a la suya y me aparto para que pueda elevar las caderas lo suficiente para deshacerme de sus bragas. En cuanto mi mano entra en contacto con su coñito caliente Erin grita y busca mi polla a través de la tela de los vaqueros. Introduzco un dedo entre sus pliegues para descubrir que ya está mojada y preparada para mí, pero no pienso terminar la última vez que esté con ella tan deprisa. Pienso saborear cada segundo de esta mañana para retenerlo para siempre en mi memoria.

Tiro de sus brazos para sentarla en la cama y quitarle el camisón. No duerme con sujetador, y sus pechos botan suavemente cuando se deja caer de nuevo en la cama con los brazos por encima de la cabeza. Me dedica una única sonrisa, una sonrisa en la que no hay rastro de la animadversión que sentíamos antes, y abre las piernas ofreciéndome su cuerpo para que haga con él lo que quiera. Me pongo de rodillas en la cama para deshacerme de la camiseta, porque siento un calor asfixiante y necesito sentir su piel en contacto

con la mía, y me tumbo sobre la cama para acercar mi boca a sus preciosas tetas.

—¡Dios, sí! —suspira agarrándome del pelo.

Acaricio su pequeño pezón con la lengua, lo muerdo suavemente con los dientes, lo succiono enviando descargas de placer por su espalda. Erin gime, aprieta mi pelo en un puño, eleva las caderas para que su sexo se roce con mi estómago. Alargo mi dulce tortura un poco más antes de pasarme al otro pezón, el más sensible de los dos, y torturarlo hasta casi rozar el orgasmo. Vuelvo a su boca y Erin me atrae hacia ella con desesperación, hundiendo su lengua en la mía con ansia, y enreda las caderas en mi cintura para rozarse contra mi polla a través de los vaqueros. Me está poniendo a mil, siento un calor insoportable en todo el cuerpo y quiero clavarme en ella hasta el fondo... pero también quiero saborearla.

Me suelto de su agarre y rompo el beso. Bajo por su cuerpo sin apartar mis ojos de los de ella, y hundo la lengua entre sus pliegues para acariciar su clítoris hinchado. Ella cierra los ojos, se agarra con fuerza a las sábanas y grita en cuanto mi lengua empieza a jugar con su pequeño botón. Su sabor es adictivo, dulce, picante... delicioso, y soy incapaz de parar. Hundo un dedo en su interior y lo muevo suavemente, logrando que ella se retuerza y me apriete contra su cuerpo a la espera del orgasmo.

Estoy a mil... ya no recordaba lo mucho que me gusta hacerle el amor. Había olvidado lo bien que estamos juntos, lo compatibles que somos entre las sábanas... lo mucho que la quiero. Porque después de tres años separados sigo enamorado de ella como el primer día. Sigo hundiendo mis dedos dentro de ella y vuelvo a acariciar su clítoris con la lengua. Ella se tensa, inspira con fuerza y el orgasmo la recorre dejándola completamente sin fuerzas.

Me incorporo para mirarla. Tal vez ahora me diga que me marche... pero en vez de eso me atrae hacia ella y desabrocha mis vaqueros para

deshacerse de ellos de un tirón. Me pongo de pie para quedarme desnudo por fin, y cubro su cuerpo con el mío dejando escapar un gemido. Dios... es la sensación más maravillosa del mundo estar así. Me hundo lentamente en ella, disfrutando de cada centímetro que roza su interior. Erin enreda sus piernas en mis caderas y empiezo a moverme muy despacio, sin apartar mis ojos de los suyos, que me miran con la misma atención. Erin acerca su mano a mi cara y me acaricia lentamente, y por un segundo puedo ver la nostalgia y la pena reflejada en sus ojos azules, esa misma nostalgia que siento yo cada vez que la miro.

Los besos han pasado de ser salvajes a ser suaves, dulces, deliciosos. Mis caderas bombean una y otra vez dentro de ella, grabando a fuego en mi memoria la sensación de estar dentro de la mujer a la que sé que jamás dejaré de amar. Los brazos de Erin me rodean y acaricia mi espalda con sus manos, lanzando escalofríos de placer por mi columna y haciéndome jadear.

No puedo más, necesito ir más deprisa, pero también necesito que este momento no termine nunca. Erin se contrae a mi alrededor, ordeñándome, y sus muslos se convulsionan intentando aguantar el orgasmo un poco más.

—Vamos, nena... córrete para mí —susurro.

Esas palabras siempre han logrado lanzarla de cabeza al orgasmo, y Erin termina desmadejada sobre la cama, con los brazos en cruz y las piernas abiertas, respirando entrecortadamente. Me quedo quieto un momento, dándole la oportunidad de recuperarse, pero ella me sorprende apartándose de mí. La miro con una ceja arqueada, temiendo que se haya arrepentido de lo que ha pasado, pero en vez de eso se coloca de rodillas en el borde de la cama y me mira con una sonrisa. Dios... aún se acuerda de cuánto me gustaba esa postura. Pero no es lo que quiero ahora, necesito estar en contacto con ella. Me coloco detrás de ella y me hundo lentamente, pero aparto sus manos del colchón y la empujo hasta quedar los dos completamente tumbados... ella sobre la cama y

yo sobre su espalda.

—Mejor así —susurro—. Quiero sentirte.

Entrelazo mis dedos con los suyos y empiezo a moverme, esta vez con más rapidez, con más fuerza, con más ímpetu. Erin me sale al encuentro cada vez que me salgo completamente de ella haciendo que nuestros cuerpos choquen cada vez que me hundo hasta el fondo, haciéndome enloquecer. No puedo más, estoy a punto de correrme, y entierro una mano debajo de ella para encontrar de nuevo su clítoris y acariciarlo hasta que Erin se corre, arrastrándome a mí con ella.

Poco después permanezco tumbado en su cama mirando al techo. Ella está acurrucada a mi lado, completamente dormida. Me deshago de su abrazo y empiezo a vestirme para marcharme, no quiero amargas despedidas cuando ella se despierte. Antes de hacerlo me arrodillo junto a la cama y la observo un segundo más antes de besarla por última vez.

—Te quiero, Erin —susurro antes de marcharme.

Cierro la puerta con un suspiro. Me siento como si el mundo entero se desvaneciera a mi alrededor, como si todo lo que me importa ahora mismo se haya evaporado delante de mis ojos. Pero debo seguir con mi vida, y aunque jamás logre amar a otra mujer como la amo a ella, debo volver a empezar.

# Capítulo 7

*El día de la boda...*

Axel está parado en mitad de la calle con los brazos en jarras mirando hacia todas partes. Me acerco hacia él, que no se da cuenta de mi presencia hasta que abro la boca.

—¿Dónde está? —pregunto.

Mi amigo se vuelve hacia mí y me estampa contra la pared agarrándome de las solapas de la chaqueta.

—¿Esto es culpa tuya? —pregunta con los dientes apretados— ¿Has tenido algo que ver en todo esto?

—¡Por supuesto que no! —exclamo— ¿Por quién coño me tomas?

—¡Sigues enamorado de ella, joder! ¿No has hecho nada que la haga cambiar de opinión?

—¿Quieres calmarte? —protesto apartando sus manos de un manotazo— Si fuera por mí ahora mismo estaría huyendo con ella en vez de discutiendo contigo, ¿no te parece?

Axel se aparta de mí y se pasa las manos por la cara. Está agotado, esta situación está sobrepasándole, y no pienso tenerle en cuenta lo que acaba de pasar.

—Perdóname, tío... —se disculpa— Es que estoy muy nervioso.

—¿Sabes dónde ha ido?

—No. Se ha montado en un taxi y no he podido alcanzarla.

—Tranquilo, la encontraremos.

—¿La habéis encontrado? —pregunta Ken desde la puerta.

—No, se ha marchado —responde Axel—. En cuanto la pille la voy a...

—No vas a hacer nada —dice su padre, que ha salido detrás de Ken.

—¡Pero esto nos va a costar una fortuna, papá!

—¿Es más importante el dinero que la felicidad de tu hermana?

—¡Por supuesto que no, pero podría haberlo pensado antes!

—Entra ahí a disculparte con los invitados que yo iré a buscar a tu hermana —ordena su padre.

—Voy contigo —dice Axel.

—Ni hablar. Estás demasiado nervioso y lo último que necesita Erin ahora es que le echés la bronca.

Axel asiente y entra en la iglesia, y veo a su progenitor subirse en el coche. Pero no pienso quedarme de brazos cruzados, debo saber si su decisión se debe a lo que pasó hace unas semanas, y tengo una leve idea de dónde puede estar. Me monto en la moto y arranco, pero Ken se me acerca y sujeta el manillar impidiéndome marcharme.

—¿A dónde vas? —pregunta.

—A buscarla.

—Voy contigo.

—No... es mejor que vaya solo.

—¿Y eso por qué?

—Porque tengo que hablar a solas con ella.

—¿Qué coño has hecho, Brais?

—Nada que no tenga solución.

Me dirijo hacia nuestro rincón favorito, una cala algo escondida desde

donde se puede ver el atardecer más bonito de la ciudad. Es el lugar donde Erin y yo hicimos el amor por primera vez, donde empezó lo nuestro cuatro años atrás. Puedo verla allí sentada desde la carretera, con el velo volando alrededor de su cara y el vestido mojado a la altura de los tobillos arremolinándose en sus pies. Me acerco todo lo deprisa que puedo por el pequeño camino que da a esa pequeña playa y me siento a su lado a mirar el horizonte sin decir ni una palabra.

—¿Qué haces aquí? —pregunta al cabo de un rato.

—He venido a buscarte.

—No tenías por qué hacerlo.

—Tu hermano está muy enfadado por lo que has hecho, Erin. Mejor yo que él.

—Mi hermano puede enfadarse lo que le dé la gana, que no me importa en absoluto. Él no iba a arruinarse la vida en esa iglesia.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque sé que sería así.

—Creí que le querías.

—Y eso creía, pero en estos últimos meses me he dado cuenta de que no es así.

—Si habéis discutido se puede arreglar.

—No tiene arreglo, Brais. Rubén y yo no estamos hechos el uno para el otro, yo estoy hecha para otra persona.

Trago saliva al escuchar sus palabras. ¡Pues claro que estás hecha para otro, joder! ¡Estás hecha para mí!

—¿Ha sido por lo que pasó entre nosotros? —pregunto sin atreverme a mirarla.

—¿Es eso lo que crees?

—Eso es lo que creen todos, que yo tengo la culpa de que hayas salido

huyendo.

—Te tienen todos en muy alta estima.

—Respóndeme.

—Lo que pasó aquel día no fue más que un polvo, ¿no?

Sus palabras se clavan como puñales en mi espalda, pero asiento sin atreverme a mirarla.

—Exactamente eso —respondo al fin.

—Entonces no tienes por qué sentirte culpable. Tú no tienes la culpa de nada.

—Espero que se lo digas a tu hermano cuando le veas para evitar que me parta las piernas.

—No te preocupes, se lo diré.

Permanecemos allí sentados hasta que el sol empieza a esconderse en el horizonte. El color rojizo del atardecer se refleja en sus ojos azules, fijos en el mar, y siento unas ganas tremendas de tumbarla sobre la arena y hacerle el amor.

—Te marchaste —me echa en cara de repente sacándome de mis pensamientos lascivos—. Te marchaste sin despedirte.

No hace falta que me explique a qué se refiere, porque lo sé perfectamente. Sabía que iba a enfadarse por marcharme de aquella manera, pero no quería darle ningún motivo para echar su boda a perder.

—Estabas dormida —contesto—, no quise despertarte.

—Deberías haberlo hecho, Brais. Me hiciste sentir como una cualquiera.

—¡Joder, Erin! ¿En serio?

—¡Sí, en serio! Se me quedó cara de tonta cuando me desperté y vi que no estabas.

—¿Y si me hubiera quedado qué? ¿Habría tenido que aguantar que me dijeras que había sido un error? Te lo puse fácil, ya está.

—Había olvidado que tú y yo siempre acabamos discutiendo —suspira—. Jamás estamos de acuerdo en nada.

—Antes siempre lo estábamos.

—Eso fue antes de...

Se queda callada y vuelve la cabeza para no mirarme a la cara. La sujeto de la barbilla y la obligo a mirarme, y descubro que sus ojos están anegados en lágrimas.

—¿Antes de qué, Erin? —pregunto.

—Olvidalo.

—¿Antes de que te engañara?

Ella vuelve la cabeza confirmándome lo que ya sabía: sigue pensando que le fui infiel aquella noche en el pub.

—Sigues pensando que te engañé —susurro apartándome de ella.

—Eso ya no importa.

—¡Por supuesto que importa! ¿Por qué coño crees que discutimos siempre? ¡Porque sigues pensando que me acosté con aquella mujer, por eso!

—¡Fue hace años, Brais! ¿Crees que me importa ahora mismo si me engañaste o no? ¡Discutimos porque siempre estás a la defensiva conmigo!

—¡Vamos, Erin, no me jodas!

—¡Te escuché, maldita sea! Te escuché.

—¿Que me escuchaste cuándo?

—La mañana que nos acostamos juntos. Te escuché decirme que me querías.

—Así que sí ha sido por lo que pasó aquel día...

—Me dijiste que me querías y te largaste. ¿Por qué no te quedaste para decírmelo despierta?

—Porque ya era demasiado tarde.

—¡Nunca es demasiado tarde, maldita sea! Podría volver ahora mismo a

esa iglesia para casarme contigo, Brais. Solo tendrías que pedírmelo.

Sus palabras logran hacer que mi corazón dé un vuelco en mi pecho.

—Respóndeme una cosa —digo al fin—. Si volvieras a encontrarme en la misma situación, ¿qué harías?

—¿A qué viene eso ahora? ¿Te confieso que me casaría contigo sin dudar y me preguntas eso?

—Contéstame. ¿Qué harías, Erin?

—No pienso entrar en este juego, Brais. Siempre saldría perdiendo.

—¿Eso qué coño significa?

—Si te digo que no lo sé pensarás que no confío en ti, y si digo que me quedaría me reprocharás no haberlo hecho antes. ¿Tengo razón?

Vuelvo la mirada hacia ella, que está de pie mirándome con la respiración acelerada. Está enfadada... muy enfadada, y tiene razones para estarlo. Tiene razón... joder, ¡claro que la tiene!

—Eres un estúpido, Brais —espeta—. Un imbécil cabezota que no ve más allá de sus narices.

Las lágrimas corren sin control por sus mejillas y me muero de ganas de borrarlas a besos, pero permanezco en el sitio sin mover ni un músculo.

—¿Soy yo quien tiene la culpa de todo? —pregunta— ¡¿Y por qué demonios no viniste a explicarme lo que había pasado?! ¡Pasaron más de seis meses antes de que volviera a verte, maldita sea!

—¡Me redujeron entre los dos para atarme a la cama, joder! ¡Casi me viola una chalada y tú te largaste y me dejaste al día siguiente sin pedirme ni una sola explicación!

—¿Qué?

Puedo ver el horror en su rostro, pero ya soy incapaz de parar de hablar. Llevo demasiado tiempo callándome, hace demasiado tiempo que vivo con el peso de aquella noche sobre los hombros y ya estoy cansado de callarme.

—Si tu hermano no llega a venir para ver por qué saliste corriendo lo habría hecho —reconozco—. ¡Cuando te vi creí que estaba salvado y me abandonaste a mi suerte, maldita sea!

—No lo sabía... te juro que no lo sabía...

Se acerca para tocarme pero me aparto de ella más bruscamente de lo que pretendía.

—Si te hubieras quedado lo habrías sabido —digo—. Si no hubieras salido corriendo ahora mismo no estaríamos aquí.

—Yo... Lo siento mucho.

—Ahora ya no importa, eso pasó hace mucho y nada podrá arreglar el daño que ambos nos hemos hecho durante todo este tiempo.

—Pero podemos empezar de cero...

La miro un segundo. ¿Sería todo tan fácil? ¿Podríamos olvidar todo lo que ha pasado y empezar como si acabásemos de conocernos? Yo no estoy tan seguro de eso...

—Vamos, te llevaré a casa —susurro encaminándome hacia la carretera.

Aparco la moto en la puerta de su casa, pero ella no se baja. La miro por encima del hombro y veo que está llorando, pero no tengo fuerzas para seguir discutiendo esta noche.

—Vamos, márchate —susurro.

—Brais...

—Hoy no, Erin. Hablaremos mañana.

## Capítulo 8

Cuando el timbre de la puerta me despierta a la mañana siguiente me cuesta levantarme debido al dolor de cabeza que tengo. Apenas he podido pegar ojo en toda la noche pensando en lo que pasó ayer con Erin. Las confesiones que ambos nos hicimos me han hecho recapacitar y admitir mi parte de culpa en nuestra ruptura.

Lo primero que siento al abrir la puerta, porque no lo veo venir, es un puñetazo en toda la cara.

—¡Joder! —grito intentando contener la sangre que sale a borbotones por mi nariz.

Abro los ojos para encontrarme de frente con Axel, que me mira con cara de asesino.

—¿Te has vuelto loco? —pregunto— ¡Me has roto la nariz, gilipollas!

—No la tienes rota, y te mereces que te la parta por gilipollas.

—¿Y ahora qué he hecho?

—Mi hermana deja a su novio en el altar porque está enamorada de ti, ¿y tú te limitas a traerla a mi casa sin más?

—¿Y a ti qué coño te importa lo que yo haga o deje de hacer con tu hermana? Creo que ya somos mayorcitos para que te estés metiendo siempre en todo.

—Me importa porque no ha parado de llorar en toda la puñetera noche,

por eso me importa.

—Le dije que hablaríamos hoy —reconozco—. Tenía mucho en lo que pensar.

—¿Mucho en lo que pensar? ¡Te pidió que te casaras con ella, estúpido! ¿Qué coño tienes que pensar?

—Eso es asunto mío.

—Óyeme bien, Brais. He tenido que sufrir de primera mano por ambas partes lo desgraciados que sois el uno sin el otro y no estoy dispuesto a permitir que la cagues otra vez por tu cabezonería.

Me quedo mirándole con la boca abierta. ¿No era él quien ayer casi me corta las pelotas porque su hermana se fugó de la boda?

—Ella no se quedó para saber lo que había pasado —continúa—, pero tú tampoco fuiste a explicárselo. Me he guardado todo este tiempo lo que pasó aquella noche porque tú no querías que ella se enterase pero no pienso hacerlo ni un minuto más.

—Ya lo sabe —reconozco—. Se lo conté todo anoche.

—¿Y por qué coño no estás con ella? ¿Por qué está metida en la cama con mi novia hecha un mar de lágrimas?

—¿No eras tú quien me dijo que no se me ocurriera fastidiarle la boda?

—Eso era antes de saber que seguía enamorada de ti. Lo único que pretendía era que no le hicieras daño.

—Bueno, pues siento decirte que ya se lo he hecho. Y ella a mí.

—Tiene solución.

—¿Tú crees? No quiero que dentro de unos años empecemos a echarnos todo en cara y terminemos separándonos de nuevo.

—Eso depende de ti, tío. Tú sabrás si quieres conservar a mi hermana para siempre.

Axel se marcha y me voy a servirme un café. Tiene razón, joder...

siempre la ha tenido. Me he comportado como un auténtico idiota durante todo este tiempo por mi cabezonería, y prefería perder a la mujer de mi vida a tragarme mi orgullo. ¿Pero de qué sirve el orgullo si no estás con la persona a la que quieres? Voy a vestirme para ir a hablar con ella, para dejar toda esa mierda atrás y empezar de cero como me sugirió. Pero al abrir la puerta me la encuentro allí de pie con la mano estirada a punto de tocar el timbre. Se yergue igual que una reina y pasa por mi lado dándome un empujón con determinación.

—Tengo algo que decirte —dice.

—Erin...

Me silencia levantando la mano y yo la miro divertido. A ver qué es eso tan importante que tiene que decirme antes de que la meta en mi cama...

—Sé que te dolió mi reacción de aquella noche tanto como me dolió a mí que no vinieras detrás para explicarme lo que pasaba —dice—. Pero sé te quiero y que quiero pasar el resto de mi vida contigo igual que sé que tú quieres estar conmigo aunque tu estúpido orgullo te lo impida.

Se pasea por la habitación mirando al suelo, posiblemente buscando las palabras adecuadas para intentar convencerme de que vuelva con ella.

—He decidido que no pienso estar con nadie que no seas tú en lo que me resta de vida —continúa—, así que de ti depende consentir que termine siendo la vieja de los gatos con síndrome de Diógenes de la esquina.

La miro con una ceja arqueada aguantándome la carcajada que está a punto de salir por mi garganta.

—No me mires así —protesta—, te juro que eso será en lo que me convertiré si no te casas conmigo, Brais. Sobre tu conciencia quedará que me vuelva una loca amargada.

Me encamino muy lentamente hacia ella. Erin da un paso atrás cada vez hasta terminar aprisionada contra la encimera de la cocina.

—Así que si no me caso contigo te convertirás en una vieja solitaria y amargada... —susurro mirando su boca con lascivia.

—Totalmente —responde ella lamiéndoselos despacio.

—Tal vez el butanero se aproveche de ti en la mesa del salón y te guste...

—Ni lo más mínimo, porque mis gatos le arañarán las pelotas hasta dejarlo inconsciente para que pueda huir.

No puedo más, estallo en carcajadas antes de besarla de una vez por todas. Erin deja escapar de su garganta algo entre un gemido y un sollozo y se abraza a mí con fuerza, como si temiera que me escape.

—Entonces será mejor que me case contigo por el bien del butanero, nena —susurro antes de besarla una vez más.

—Te he echado tanto de menos, Brais...

—No más que yo a ti, cariño... No más que yo a ti.

La cojo en brazos y la llevo hasta la habitación para sellar nuestro trato como Dios manda, haciéndole el amor por todos los años que hemos estado separados. Erin es el amor de mi vida, y ahora que la he recuperado no pienso perder ni un segundo más en discusiones ni en peleas. Ahora solo voy a preocuparme de hacerla feliz, y voy a empezar haciéndole el amor hasta el amanecer... porque mañana tengo que ocuparme de organizar una boda.





Black  
Butterfly

Joel

Adrian Blake





# Joel

*Adrian Blake*

**Black Butterfly 3**



# Capítulo 1

Aunque tengo puesto el aire acondicionado siento el sudor correr por mi cuello mientras golpeo el saco de boxeo. Me gusta boxear. Creo que es un deporte que te permite mantenerte en forma a la vez que desfogas toda esa mala hostia que solemos acumular a lo largo del día o de la noche, como es mi caso. Tengo un saco de boxeo colgado en una esquina del salón. Me lo regaló una amiga por mi cumpleaños, y aunque ella lo hiciera como parte de una broma yo le estoy sacando el máximo partido, porque me permite ejercitarme sin perder el tiempo yendo a un gimnasio.

Soy el portero del *Black Butterfly*, un pub erótico del centro de la ciudad. Al menos así lo llama Axel, pero en realidad es un pub donde cualquiera puede hacer sus fantasías sexuales realidad, sean cuales sean, dentro de la legalidad, por supuesto. La mía en particular es bastante simple: follarme a la mejor amiga de la hermana de mi jefe, Mónica. Solo pronunciar su nombre en mi cabeza consigue ponerme duro como una piedra. Sus curvas me tienen completamente loco y cada vez que la veo no puedo evitar imaginar que estoy dentro de ella, agarrándola por la cintura mientras Mónica, de rodillas en la cama, me mira por encima del hombro con los labios entreabiertos para dejar escapar un gemido. Dios... solo de pensarlo ya me estoy poniendo cachondo, así que golpeo con más fuerza el saco de boxeo para que el esfuerzo me devuelva a la cruda realidad.

Me dirijo a la ducha para deshacerme del sudor, pero el teléfono me detiene. Es mi jefe, así que tengo que contestar por narices.

—Dime, Ax —digo nada más descolgar.

—¿Tienes algo que hacer esta tarde?

Miro el reloj de mi despertador. Son las tres y media.

—En teoría ya es por la tarde, por si no te habías dado cuenta —  
protesto.

—Ya lo sé, sería para vernos en media hora.

—¿Qué necesitas?

—¿Recuerdas que os dije que la despedida de mi hermana era el sábado que viene? Pues no, es hoy.

—No me jodas...

—Es lo que hay, así que tenemos que estar todos en el local a las cuatro para empezar a transformar la sala.

—¿En serio que hay que cambiarlo todo?

—Eso dice Lara.

—Si no fuera tu novia la estrangularía.

—¿Y crees que yo no?

—Muy bien, me ducho y voy para allá.

—Gracias, tío.

—De gracias nada, que son horas extra.

Cuelgo el teléfono con una sonrisa y me doy una ducha rápida. Cuando llego al local veo que ya está allí todo el mundo, incluido Brais, a quien todo esto tiene que estar sentándole como una patada en las pelotas.

—Ven a mi despacho, Joel —ordena mi jefe—. Tenemos que hablar.

Sigo a Axel sin mediar palabra y me siento con él en el sofá.

—Tú dirás —digo sin más.

—Esta noche necesito que cambies el puesto con Brais —responde—.

No voy a ser tan hijo de puta como para dejarle en la misma sala de la despedida de mi hermana.

—No hay problema.

—¿Has hablado con él sobre todo esto?

—Ken lo ha hecho, y la verdad es que le está pasando factura.

—No entiendo por qué demonios no habla conmigo. Se supone que soy su mejor amigo, ¿no?

—Joder, Ax... Eres el hermano de la mujer implicada en el asunto, ¿qué quieres que te diga?

—Puedo escucharle —protesta.

—Sí, bueno... supongo que no quiere ponerte entre la espada y la pared.

—Venga, será mejor que nos pongamos manos a la obra o esta noche no tendremos nada listo y son mis pelotas las que corren peligro.

Entramos en la sala en cuestión, donde Ken y Brais ya han desmontado gran parte del mobiliario.

—Podéis seguir de cháchara, nosotros ya lo tenemos todo controlado —protesta Brais.

—Deja de quejarte, ya estamos aquí —respondo cogiendo el sofá del otro extremo—. Ya sé que me echabas mucho de menos, campeón.

En cuanto escucho el murmullo de las mujeres en la zona de la barra me recorre un escalofrío por toda la espalda. Puedo distinguir perfectamente la voz de Mónica entre las demás, tan suave y dulce aunque su lengua viperina la estropee.

—¿Aún estáis así? —protesta en cuanto entra por la puerta.

—Los muebles no se desmontan solos, bonita —protesta Ken.

—Sois cuatro hombres grandes y fuertes... esperaba más de vosotros —contesta ella.

Lara se ríe y besa a su hombre antes de ayudarle a quitar unos tornillos.

—No seas tan borde, Moni —nos defiende—. Los pobres hacen lo que pueden.

Cuando terminamos de quitar los muebles de la sala para llenarla con los sillones y las mesas bajas de la sala del jacuzzi, me acerco a beber agua y a limpiarme el sudor con la intención de marcharme, pero ellas tienen otros planes.

—Bien, ahora hay que forrar esas paredes con estas telas —dice Mónica enseñándonos unos rollos de una especie de gasa rosada.

—Moni, en serio, te aprecio mucho, pero ya me estás empezando a tocar los huevos hoy —protesto.

—No te quejes tanto, grandullón, que tú puedes con todo —responde ella.

Lara eleva los ojos al cielo y le pasa a Brais una grapadora y un rollo de tela.

—Basta con que la grapes a la pared y la dejes caer —sugiere—. Ya nos encargamos nosotras del resto.

—¿Eso significa que podremos irnos? —pregunta Ken esperanzado.

—Eso significa que haréis otras cosas —contesta Mónica.

Ahora mismo no quiero follármela... quiero estrangularla con mis propias manos. Después de varias horas de trabajo al fin nos dan permiso para marcharnos, no sin antes haber conseguido que Ken se desnude esta noche para ellas. Pobre desgraciado... no se imagina lo que le espera.

A las diez en punto estoy de nuevo en el pub. La verdad es que es un alivio no tener que trabajar con traje, la chaqueta en verano es insoportable. Cuando entro voy directo al despacho de Axel y me dejo caer en su sofá. Él está haciendo cuentas sentado en su escritorio y ni siquiera levanta la vista de los papeles.

—¿A qué hora llegarán ellas? —pregunto.

—En cuanto terminen de cenar —responde mirando el reloj—. No creo que tarden demasiado.

—No entiendo que tengas que tenerme vigilándolas si el único hombre que va a entrar en la sala será Ken.

—No quiero que las vigiles a ellas, necesito que cuides que no se cuele ningún tipo que las vaya a molestar. El bar estará abierto al público hasta dos.

—¿Vas a cerrar antes?

—¡Qué remedio! No tengo sala de BDSM ni tampoco masajista.

—Eso te pasa por consentir tanto a tu hermana.

—¿Crees que lo hago para consentirla? —ríe mi amigo— Lo he hecho porque así me aseguro que Lara y ella estén seguras. Si se hubieran ido a cualquier otro local ahora mismo me estaría comiendo la cabeza preguntándome si algún desgraciado se ha atrevido a tontear con mi chica.

Suelto una carcajada antes de levantarme del sofá.

—Voy a ir preparando las bebidas —digo—. Nos vemos luego.

Saludo a Brais y a Cris, que están sentados en la barra, y entro en el cuarto del dolor. Sí, ahora mismo para mí es un auténtico cuarto del dolor: purpurina, brillos, rosa chicle... solo le faltan los unicornios de colores para que me entren ganas de vomitar, y por desgracia tengo que estar aquí metido hasta que las señoritas decidan que han tenido suficiente empalago por una noche. Si no fuera porque Brais lo iba a pasar peor aquí que en la puerta volvía de inmediato a mi chaqueta aunque pasara calor.

Erin entra en la sala con una sonrisa y me echa los brazos al cuello. Joder, ¿así están ya? Para que la hermana de mi jefe se tome tales confianzas conmigo debe estar ya borracha... porque normalmente no se atreve a cruzar más de dos palabras conmigo o con Ken. Mónica se acerca después y me aprieta el bíceps antes de apoyar su cabeza en él... otra que está como una cuba.

—Gracias por vigilarnos, grandullón, pero ya puedes marcharte —susurra.

La miro con una ceja arqueada, pero ella ni siquiera se ha dignado a mirarme a la cara.

—Esto es una reunión de chicas, los chicos estáis de más —aclara.

—¿Ken también está de más? —pregunta Lara riendo, que parece ser la única sobria del grupo.

—No, no, no, no, no... —responde Erin— Ken se queda.

—Pues siento deciros que yo también me voy a quedar, chicas —respondo—. Órdenes del jefe.

—Entonces puedes desnudarte tú también —ríe Mónica—. Así vemos esos bonitos tatuajes que tienes.

—¿Y tú cómo sabes que tengo tatuajes? —pregunto.

—Porque Erin y yo te vimos desnudo una vez —susurra—. Y estás muy bueno.

Joder... qué larga va a ser la noche... parece que las botellas de champán atraen la atención de las mujeres y por fin me dejan un poco en paz a mí. Me entretengo un minuto en observar a Mónica. Está para comérsela, la verdad. Aunque lleve esa ridícula camiseta de unicornios (ahora entiendo dónde estaban los que faltaban en la sala) y una faldita corta a juego está para comérsela. De un solo bocado, además. Lara se acerca en ese momento a mí sacándome de mis pensamientos y enlaza su brazo al mío con un suspiro.

—Apenas hemos empezado y ya están para acostarse —protesta.

—¿Y tú no? —ríe.

—A mí no me gusta demasiado la bebida. Hasta ahora solo he bebido refrescos, y tal vez me tome un Bayleys y un par de copas de champán.

—Vas a decepcionar al jefe —bromeo—. Pensaba abusar de ti en cuanto te quedaras KO.

—En ese caso debo hacerle creer que se sale con la suya, ¿no te parece?

Su comentario me hace reír a carcajadas. Lara es un encanto, la verdad. Axel ha tenido mucha suerte al encontrarla, y espero que no sea tan gilipollas como para dejarla escapar. Lara se acerca a las chicas y yo salgo de la habitación para vigilar la puerta, aunque me llegan claramente los comentarios subidos de tono de las chicas, que se van animando conforme Erin va sacando sus regalos de las cajas. Habrá que ver lo que le han comprado esa manada de salidas... Me recorre un escalofrío cuando siento las manos de Mónica pasearse por mi cintura.

—Voy a fumarme un cigarro —ronronea—. ¿Me acompañas?

—No puedo, el jefe me cortaría los huevos —respondo—. Y aunque pudiera no fumo, así que...

—Vaya... entonces tendré que buscar a Brais, a ver si él me hace compañía.

La observo alejarse por el pasillo moviendo las caderas. El vaivén de su culo me deja hipnotizado y mi polla empieza a hacer su aparición debajo de mis vaqueros. ¿Por qué coño esa mujer me afecta tanto?

## Capítulo 2

La cosa se desmadra por completo cuando Ken entra en la habitación. Las mujeres empiezan a gritar y a tirarle de la camiseta, y mi colega me mira con cara de desesperación y arrepentimiento. Eso le pasa por bocazas. Le gusta mucho el cachondeo y le pareció divertido desnudarse delante de la mujer del jefe... pues ahora que se joda.

Aunque me puede la curiosidad permanezco fuera de la habitación para no terminar sufriendo daños colaterales, que como me descuide me pillan entre todas y me dejan en bolas a mí también. Axel viene hacia mí a paso ligero, lo que me hace reír.

—¿Te estás arrepintiendo de haberlo consentido? —bromeo.

—No te imaginas cuánto —protesta asomando la cabeza por la cortina—. ¿Pero qué le están haciendo? ¡Le van a matar!

—Ahora que se joda, que debería haber dicho que no.

—En eso tienes razón —contesta apartándose—. Al menos parece que Lara se está comportando...

—Lara es la peor de todas, lo que pasa es que te habrá visto. Hace un rato estaba muy entretenida metiéndole un billete a Ken en los bóxers...

—Encima sigue hundiendo el dedo en la llaga, cabrón.

—Solo digo lo que veo —bromeo—. Si no querías saber haberte quedado en la barra.

—Voy a entrar —decide.

—¡Alto ahí! —protesto deteniéndole— ¿Por qué crees que estoy aquí fuera en vez de riéndome de Ken? ¿Porque me apetecía un poco de aire fresco? Esas lagartas han intentado desnudarme a mí también. Si entras ahí eres hombre muerto.

—Soy el hermano de la novia, no van a hacerme nada.

—Allá tú —respondo levantando los brazos—. Pero después no digas que no te avisé.

Axel me mira un segundo, vuelve a meter la cabeza a través de la cortina y se da la vuelta protestando por lo bajo. Le observo marcharse con una sonrisa y voy al cuarto de baño. Me estoy meando a chorros, joder.

—¡Vaya, grandullón! Eres grande en toda la extensión de la palabra, ¿eh?

Me vuelvo inconscientemente hacia la pared opuesta cuando escucho a Mónica. Giro la cabeza y la encuentro apoyada en el quicio de la puerta mirándome con una sonrisa.

—¿Se puede saber qué coño haces aquí? —pregunto subiéndome la cremallera de los vaqueros.

—Te he seguido.

No parece estar muy bebida, la verdad. No se le traba la lengua y camina bastante erguida cuando se acerca hasta donde yo estoy.

—¿Y por qué no estás atormentando a Ken como todas las demás? —continúo.

—Porque Ken no es para nada mi tipo. A mí me gustan más los grandullones.

—¿En serio?

—Ajá. Tú en particular me pones muy cachonda.

Trago saliva y me paso la lengua por el labio inferior. Como siga por

ese camino no va a salir de esta habitación hasta que me la folle.

—Eso —ronronea señalando mi boca— quiere decir que no te desagrada la idea de follar conmigo, ¿mmm?

—Pues no... no me desagrada en absoluto.

—¿Y a qué esperas para venir a por mí?

No necesito que me lo diga dos veces. Me acerco a ella en dos zancadas, la sujeto por la cabeza con ambas manos y pego mi boca a la suya. Su lengua se abre paso entre mis labios con lascivia, con hambre, y mi polla reacciona al momento poniéndose dura como una piedra. La empujo hasta la hilera de lavabos y la cojo de los muslos para sentarla sobre el frío mármol. Mónica enreda sus brazos en mi cuello y arquea la espalda para pegar sus tetas a mi pecho, y puedo sentir sus pezones duros a través de la tela.

No hay palabras, ni suaves caricias. Lo que hay entre nosotros es puro deseo, lascivia en estado puro. Me desabrocho los vaqueros y aparto sus bragas de un tirón para comprobar con mis dedos que ya está lista, caliente, mojada, desesperada por sentirme. Saco de mi bolsillo un preservativo, me lo pongo a toda prisa y me entierro en ella hasta el fondo, gimiendo al sentir sus paredes absorberme. Es una auténtica delicia... Sus piernas se enredan en mi cintura y empiezo a moverme rápidamente dentro y fuera de ella. El placer se mezcla con el miedo de que entre alguien en cualquier momento y nos pille, pero ella no parece pensar en otra cosa que no sea morder mi cuello.

Sus caricias están lanzando descargas de placer por mi espalda. Sus manos suben por ella hasta detenerse sobre mis omóplatos, donde clava las uñas levemente cuando el orgasmo la alcanza. Sus gritos llenan mi cabeza, sus labios sedosos atacan mi boca en cuanto recupera el aliento y siento sus músculos apretar mi polla una y otra vez. Esta mujer va a acabar conmigo, de eso estoy seguro. Su olor me rodea, una mezcla de flores y sexo que me deja mareado y aturdido a la vez. Mis caderas se mueven frenéticas, mi polla

corcovea a la espera de la liberación y yo no quiero que este momento termine aún, así que salgo de ella y la bajo de la encimera para tirar de ella hasta el baño de minusválidos.

—¿Pasa algo? —pregunta mirándome curiosa.

—Nada... solo que ahora quiero que me folles tú.

Mis palabras avivan de nuevo el fuego en sus ojos, y en cuanto cierro la puerta con el cerrojo me empuja hasta dejarme sentado sobre la tapa del váter. Menos mal que este suele estar bastante limpio...

—Así que quieres que te folle, ¿mmm? —ronronea haciendo círculos en mi pecho.

Le rodeo la cintura con las manos y tiro de ella hasta lograr acariciar su ombligo con la lengua, haciéndola suspirar. Mónica se sienta a horcajadas sobre mis piernas pero dejando mi polla fuera de ella, y empieza a besarme de nuevo. Introduce las manos debajo de mi camiseta y las sube por mi cuerpo arrastrándola con ellas hasta lograr sacármela por la cabeza y lanzarla al otro lado del habitáculo.

—Más te vale que el suelo esté limpio —susurro.

—Puedes pedirle una a Axel si se mancha.

Es cierto, mi jefe siempre tiene camisetas guardadas en el despacho por si ocurren accidentes... Cualquier atisbo de pensamiento desaparece de mi mente cuando Mónica se arrodilla entre mis piernas y me mira traviesa mientras separa mis muslos. Me quita el condón de un tirón y calma el escozor con su lengua, que recorre mi polla desde el glande hasta mis huevos, logrando hacerme gemir.

—¡Joder! —suspiro.

Ella sonrío sin dejar su tarea y continúa lamiéndome la polla como si se tratase de un chupachups. Aprieto las manos en un puño para evitar agarrarla de la cabeza y hacerla tragarse mi verga hasta el fondo, porque sus leves

caricias son una auténtica tortura. Mónica parece leerme el pensamiento y tras succionar mi glande un poco se la mete entera en la boca. Sus labios son mortales, las succiones de su boca combinadas con las caricias de su lengua me están dejando KO. La dejo hacer hasta que siento que no puedo más. La levanto con cuidado del suelo, me pongo mi último preservativo de reserva y la hago sentarse de nuevo sobre mí, pero esta vez con mi polla dentro de ella.

—Así está mejor —susurro.

—Muchísimo mejor... —ronronea ella.

Empieza a mover las caderas lentamente, volviéndome loco, y clavo mis dedos en sus caderas para evitar marcar el ritmo, porque Mónica está disfrutando bastante de ser la que manda. Sus músculos se contraen a mi alrededor cada vez que se empala hasta el fondo y tengo que morderme el labio para no gemir demasiado fuerte. El sudor corre por mi frente a pesar de que el aire acondicionado da de lleno sobre mí y me quedo hipnotizado por el movimiento de las tetas de Mónica, que están a punto de salirse por el escote de la camiseta. De un tirón las dejo al descubierto y me meto un pezón en la boca, aunque son pequeñas y si quisiera podría metérmela entera. Lo atormento con pequeños mordiscos, lamidas lentas, y ella se aprieta contra mí con un gemido.

—Shh... No grites —susurro.

—No puedo evitarlo.

Silencio sus gritos con mi boca y ahora sí la guío sobre mi polla para que se mueva más deprisa. Estoy a punto de correrme pero quiero que ella se corra conmigo, así que introduzco una mano por debajo de su falda y hurgo entre sus labios hasta encontrar su pequeño clítoris hinchado. Un par de pasadas de mi dedo son suficientes para lanzarla de cabeza al orgasmo, y sus contracciones logran que me corra yo también, dejando escapar, ahora sí, un suspiro de puro placer.

Permanecemos un rato así, jadeando para recuperar el aliento, sin movernos para seguir saboreando el momento un poco más. Siento el aliento de Mónica acariciar mi cuello cada vez que respira y puedo sentir el latido de su corazón a través de sus tetas, que están pegadas a mi pecho. Levanto la vista para mirarme en sus ojos, de un color azul pálido con un halo oscuro alrededor. Mónica me sonrío, me besa fugazmente en los labios y se levanta para ponerse bien la ropa. La observo totalmente embobado, sin levantarme del sitio, sin vestirme siquiera. Ella se agacha y recoge mi camiseta del suelo, la sacude y me la tiende con una sonrisa.

—Está impecable —dice triunfal.

Al fin salgo de mi empanamiento, me pongo de pie y me abrocho los pantalones antes de meterme la camiseta por la cabeza. Mónica me observa atentamente y la miro con una ceja arqueada.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Ella se acerca y acaricia el tatuaje de mi pecho con un dedo.

—Me gusta mucho este tatuaje —susurra—. Me pone muchísimo.

—Aún no me has dicho cuándo me lo has visto.

—Una noche estabas cambiándote en el despacho de Axel y Erin y yo te vimos, te lo dije esta tarde.

—Yo no me cambio en el despacho de Axel nunca, así que...

—Pues ese día lo hiciste. Tal vez te llevaste a otra chica al baño de minusválidos y esa vez el suelo no estaba tan limpio...

—Tal vez...

Nunca he follado con nadie en el local, ninguna chica me ha calentado hasta el punto de no poder esperar hasta tenerla en mi cama, pero ella no tiene por qué saberlo. Salgo primero del cuarto de baño para asegurarme de que no hay nadie a la vista y le tiendo la mano a ella para que salga tras de mí. Cuando llegamos a la puerta ella me besa fugazmente en los labios y se vuelve

para marcharse, pero la detengo sujetándola por el brazo.

—¿Esto qué significa? —pregunto.

—Que hemos echado un polvo impresionante.

—¿Solo eso, Mónica?

—No... no solo eso.

—¿Entonces?

—También significa que estaré encantada de repetir.

## Capítulo 3

He dormido como un puto bebé en cuanto he apoyado la cabeza en la almohada. Será que el polvo que eché con Mónica me dejó exhausto, no sé, pero el caso es que estar con ella me ha sentado bien. Al contrario que Ken, que se levanta con la hora pegada al culo para ir a trabajar, yo suelo hacerlo temprano para que me dé tiempo de entrenar un poco. Me han hablado de un club nuevo de boxeo que han abierto cerca de mi casa y que no pinta mal, así que desayuno y me acerco a echar un vistazo.

En cuanto entro por la puerta el que debe ser el dueño se acerca a mí con una sonrisa limpiándose el sudor.

—Hola, ¿puedo ayudarte en algo? —pregunta.

—Estoy echando un vistazo.

—¿Quieres apuntarte a clases de boxeo?

—Yo ya sé boxear —respondo sonriendo—. Pero sí estaría interesado en entrar al ring alguna vez que otra.

—Mis chicos estarán más que dispuestos a desafiarte. ¿Quieres probar ahora?

Me encojo de hombros, me quito la camiseta y me pongo los guantes que me ofrece. El tío que está dentro del ring no es demasiado fuerte, así que no me costará demasiado dejarle KO.

—No te confíes —dice el dueño—. Marcos es más fuerte de lo que

aparenta.

Sonrío y entro en el ring. El chico no debe tener más de veintipocos años, aún está aprendiendo y yo soy más fuerte que él. Aunque me cuesta más de lo que había pensado y me he llevado dos buenos golpes en la cara que me van a dejar moratones, al final termino venciendo a mi rival. Le ayudo a levantarse y el chico sonrío.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Mañana me dolerá la mandíbula —responde acariciándosela—, pero tú vas a terminar con el ojo bastante mal.

—Buena pelea, tío.

Me doy la vuelta y me encuentro de bruces al dueño del gimnasio, que me mira con satisfacción.

—Podrías dedicarte a esto profesionalmente —sugiere.

—Paso.

—¿Y eso por qué? Se te da muy bien y podrías llegar muy lejos.

—Ya llegué muy lejos en su momento y me retiré.

Salgo de allí sumido en mis pensamientos. Es cierto lo que le he dicho. Cuando era joven, antes de conocer a Axel, me dedicaba profesionalmente al boxeo. Era la estrella del momento, todas las apuestas eran a mi favor y yo ganaba un montón de pasta. Pero un día un mal golpe terminó con mi rival muerto en medio del ring y lo dejé. Estuve mucho tiempo vagando por ahí, bebiendo hasta perder el sentido para olvidar, porque la cara de ese chico me perseguía noche y día. Entonces tuve la suerte de entrar en el *Butterfly* y conocer a Axel. Él me ayudó a superarlo, me hizo ir a un sicólogo y me dio un trabajo, y ahora ya todo eso ha quedado en el pasado.

En cuanto llego a casa me meto en la ducha y me pongo hielo en el ojo para evitar que se me ponga peor. Ahora está levemente amoratado, por suerte no se me ha hinchado demasiado y en un par de días estará como nuevo.

Cuando llego al pub Ken está sentado en la barra hablando con Cris. Se gira al verme llegar y silba al verme el ojo.

—¿Qué te ha pasado, Joel? —pregunta Cris acercándose a tocarme el ojo.

—Boxeo —respondo apartándome.

¿Por qué las mujeres sienten placer al tocar las partes heridas de los hombres? ¿Es que Cris se cree que no va a dolerme si me toca solo por el hecho de ser mujer?

Axel se acerca y me mira de reojo, pero no dice nada. Se mete detrás de la barra para repasar las botellas y sacar las que falten del almacén.

—He ido a un nuevo gimnasio en el que se boxea —explico—. He peleado con un chaval que no lo hacía nada mal.

—¿Y estás bien? —pregunta mi jefe.

—Sí, estoy bien.

—¿Vas a volver?

—Tal vez, me ha sentado bien pelear con algo que no sea un saco de boxeo.

—Ten cuidado.

—Lo tendré.

A las doce veo venir por la calle a Mónica seguida de dos amigas. Mi polla empieza a reaccionar en cuanto la veo y tengo que ponerme las manos delante con disimulo para no dar la nota.

—¿Pero qué te ha pasado en el ojo? —pregunta acercándose a toda prisa.

—Estoy bien —respondo levantando la cabeza para que no toque—. Solo es un moratón.

—¿Te has peleado con alguien? ¿Has llamado a la policía?

—No me he peleado con nadie, Mónica. Boxeo, y estos son los

inconvenientes de hacerlo.

—Ah. ¿Pero seguro que estás bien?

—Estoy perfectamente, tranquila.

—Yo he venido a tentarte para que repitiéramos lo de anoche, pero no creo que sea buena idea.

Se da la vuelta para marcharse, pero la sujeto del brazo y la atraigo hacia mí, haciéndola chocar contra mi cuerpo.

—Créeme, preciosa, estoy más que capacitado para repetir lo de anoche —susurro—, pero hoy el baño no va a estar tan desierto como ayer, así que mejor esperas a que termine mi turno y nos vamos a mi casa.

—¿A tu casa? —gime ella— ¿Y qué quieres hacerme en tu casa?

Sonrío sin poder evitarlo y pego mis labios al pulso que le late en su cuello para dejar allí un pequeño beso.

—Quiero tenerte para mí solo en mi enorme cama —ronroneo—. Hoy el que va a comerte enterita voy a ser yo.

Mónica gime con los ojos cerrados y levanta la cabeza para recibir un beso en la boca. En vez de eso, recorro el borde de sus labios con la lengua, pero me aparto en cuanto ella quiere atrapar mi boca para hundir su lengua en ella.

—Aún no, preciosa... —susurro— Más tarde.

—¿Vas a dejarme así?

—Esa es la idea.

—Pues tal vez me quite las ganas con alguno de ahí adentro. —Sonrío.

—Hazlo si quieres, pero sabes tan bien como yo que no vas a disfrutarlo en absoluto.

—¿Ah, no? ¿Y cómo estás tan seguro?

—Lo estoy porque ya me has probado a mí, nena... y nada será suficiente a partir de ahora.

Estamos bromeando, puedo ver el brillo travieso en sus ojos azules y sé que ella puede ver lo mismo en los míos. Al final sonrío, me echa los brazos al cuello y ahora sí, le permito besarme. En cuanto nuestras lenguas entran en contacto mi polla corcovea dentro de los vaqueros intentando escapar de su confinamiento. Ella sonrío sin despegar sus labios de los míos y me echa mano al bulto de mi erección.

—¿Qué vas a hacer ahora, campeón? —ríe.

—Al final van a meterme preso por tu culpa —protesto—. Van a creer que soy un violador o algo por el estilo.

—Siempre puedes llevarme al despacho de Ax... allí no va a haber gente.

—Me gusta mi trabajo y quiero seguir haciéndolo, preciosa —contesto besándola fugazmente una vez más—. Ahora sé buena chica y compórtate.

—Yo siempre soy buena chica.

—¿Tú? —Bufo—. Ni en sueños.

Ella se vuelve y entra en el pub mirándome por encima del hombro. Me paso la mano por la mandíbula para que no se note demasiado que se me está cayendo la baba al ver su culo balancearse. ¿Por qué coño tiene que estar tan buena?

La noche para lenta... demasiado lenta. Estoy deseando que den las cuatro para echarme a Mónica al hombro y llevármela a mi cama, pero aún me falta una hora para poder marcharme. Ken sale a la puerta y me pasa una botella de agua.

—¿Qué tal tu noche? —pregunta.

—Demasiado larga. ¿Y la tuya?

—No ha estado mal. Ya he terminado los masajes por hoy, así que voy a tomarme un descanso y me meto en la barra con Cris.

—Te gusta Cris más de lo que admites —sonrío.

—Yo no me la he follado en el cuarto de baño como has hecho tú con Mónica.

Me quedo mirándole sorprendido. ¿Cómo coño se ha enterado él de eso?

—Entré en el baño y os escuché —responde adivinando mis pensamientos—. No había que ser adivino para saber quién estaba con Mónica, que era la que gritaba.

—Podría haber sido Brais. —Ken me mira con escepticismo.

—Brais está colgado por Erin, Joel. Jamás se acostaría con su mejor amiga.

—En eso tienes razón.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Va en serio?

—No, aún es muy pronto para ir en serio.

—Sabes que a ella le gustas más de lo que dice, ¿verdad?

—Lo sé, por eso quiero ir despacio.

—¿A follártela en el baño lo llamas tú ir despacio? —ríe— Ir despacio es no follártela hasta que no llevéis saliendo un mes, por lo menos.

—Tú ya me entiendes —protesto—. Quiero ver cómo nos va antes de hacer nada al respecto.

—Supongo que si está ahí dentro es porque habéis quedado.

—Cuando cerremos la voy a llevar a mi casa.

—¿Y vais a jugar al parchís? —bromea— Porque eso sí es ir despacio...

—Vete a la mierda —protesto— ¿No te ibas a ayudar a Cris? Pues ya estás tardando...

Mi mejor amigo se marcha riendo a carcajadas, y vuelvo a mirar el reloj

por enésima vez. Solo media hora y Mónica será mía...

## Capítulo 4

Me estiro para aliviar un poco la tensión que siento en la espalda después de estar toda la noche de pie frente a la puerta del local. Ya casi hemos terminado, solo queda recoger un poco y podré irme de una vez por todas a casa. Mónica se ha marchado hace un rato, estará esperándome en la cafetería veinticuatro horas de la esquina.

—¿Me estás escuchando? —pregunta Cris desde la barra.

—No, perdona. Estaba distraído.

—Estaba pensando en el polvo que va a echar en menos de media hora —ríe Ken—. La chica debe estar esperándole fuera.

—Al menos yo follo, no como tú —contraataco—. No sé a qué esperas para decidirte a imitarme.

—¿Qué coño sabrás tú lo que follo? —se defiende.

Le miro con una ceja arqueada y me voy al almacén para coger una caja de refrescos y rellenar los frigoríficos. Axel está sentado en su escritorio y me mira con aire distraído y el bolígrafo metido en la boca.

—Como se reviente me voy a reír —advierto.

—Ajá.

—Vas a estar muy guapo lleno de tinta.

—Seguro que a Lara le encanto igualmente.

—A Lara le gustas de todas formas. Tienes mucha suerte, cabrón.

En vez de responder, Axel permanece con la mirada perdida en un punto imaginario de la pared de enfrente. Parece como si algo estuviera reconcomiéndole por dentro.

—Axel, ¿estás bien? —pregunto sentándome frente a él.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Estás como perdido... ¿Qué coño te pasa?

—Creo que Brais se acostó con Erin anoche.

—Eso no puede ser, Brais sabe que está comprometida. Además, te recuerdo que se llevan muy mal.

—Se llevan mal porque aún tienen una historia sin resolver.

—Tu hermana va a casarse con otro. ¿Crees de verdad que lo tiraría todo por la borda por un polvo? Además, ¿por qué has llegado a la conclusión de que se han acostado?

—Brais se comporta raro. Es como si me ocultase algo.

—Brais es raro —bromeo—. Fuera bromas, ¿cómo crees que se sentirá al ver a Erin preparando su boda? Estará hecho polvo, Ax.

—Es cierto... Joder, estoy paranoico con todo este asunto de la boda, te lo juro.

—¿Es por el dinero?

—¡Claro que no! Es lo que le digo a Brais, pero en realidad me preocupa que mi hermana decida anular la boda por los motivos equivocados.

—Creía que no te gustaba Rubén, deberías estar contento si lo hiciera.

—Y te juro que lo estaría, pero no quiero que vuelva a sufrir por culpa de Brais. Lo pasó muy mal cuando todo acabó y no soportaría verla de nuevo en esa situación.

—Tu hermana ya es mayorcita para saber lo que se hace, ¿no te parece? Necesita cometer sus propios errores sin que su hermano mayor se los solucione.

—Tienes razón —suspira—. Debería preocuparme por mi chica y dejar a mi hermana en paz.

—Es lo más sensato.

Me despido de todos en cuanto termino mi trabajo y salgo a la calle. Ahora, sin la puñetera chaqueta que Axel me obliga a utilizar, siento un poco más la bajada de la temperatura. Está siendo un verano bastante caluroso y la verdad es que no aguanto demasiado bien el calor. Levanto la vista y veo a Mónica sentada con las piernas cruzadas sobre el capó de mi coche. Me acerco sonriendo y paseo mis manos desde sus rodillas hasta sus muslos desnudos.

—Como le hagas una abolladura te vas a enterar —protesto.

—¿Estás diciéndome gorda?

—Gorda me la estás poniendo, sí...

Atrapo su sonrisa con mi boca y hundo la lengua en la suya para saborearla. Ahora que la tengo toda para mí no tengo ninguna prisa por follármela, así que voy a deleitarme recreándome un poco en hacerla sufrir. Mónica me echa los brazos al cuello y arrastra el culo por el capó hasta tener su ingle pegada a mi polla.

—Aún no está muy gorda —bromea.

—Espera y verás.

La levanto del coche de un tirón y la hago resbalar por mi cuerpo hasta que posa sus pies en el suelo. Apenas puede mantener el equilibrio sobre esos tacones que se ha puesto y la sujeto del culo para evitar que se caiga.

—Creo que estarías mejor sin esos zapatos... ¿no crees? —pregunto.

—Sin duda estaría mucho mejor en horizontal —bromea ella.

—Vamos a mi casa y te pongo como tú quieras, nena...

Ella corre hacia la puerta del copiloto y se deja caer en el asiento con un suspiro. Casi puedo ver sus bragas cuando se retuerce para abrocharse el

cinturón de seguridad. Introduzco la mano entre sus piernas para comprobar que sí las lleva, ganándome una mirada interrogante de su parte.

—Solo quería asegurarme —bromeo.

—Jamás salgo a la calle sin ellas, es de lo más antihigiénico.

Vivo en un ático dúplex en el centro de la ciudad. Es el primer capricho que me di cuando me dedicaba profesionalmente al boxeo, y aunque no se puede considerar de lujo sí que tiene bastantes pijadas que me hacía ilusión tener en su momento, como el jacuzzi en la terraza o la ducha de hidromasaje. Mónica se queda mirándolo todo bastante interesada, y me apoyo en la pared de la entrada a esperar que sacie su curiosidad.

—¿Te gusta? —pregunto con una sonrisa.

—No creo que puedas permitirte esta casa con tu sueldo en el *Butterfly* —responde.

—Cierto, lo compré mucho antes.

—Es una pasada —susurra encaminándose hacia la cocina—. Y está muy bien decorado aunque sea bastante masculino.

—Contraté a un decorador, no puedo llevarme el mérito.

—¿Quién eres tú y que has hecho con mi Joel?

Escucharla decir “mi Joel” logra que mi polla despierte de nuevo. Me acerco a ella lentamente sin apartar mi mirada de la suya y sonrío cuando se relame con los ojos velados por el deseo.

—Así que tu Joel, ¿mmm? —ronroneo.

—Me has entendido —responde, visiblemente nerviosa.

—¿Ahora te vas a poner tímida? —Enlazo su cintura con mis manos—. Lástima, porque me gustas más cuando eres atrevida.

Tiro de ella hacia la planta de arriba, donde está el dormitorio, y me siento a los pies de la cama dejándola de pie frente a mí.

—Quítate los zapatos —ordeno.

Ella se muerde el labio y obedece lanzando los tacones por los aires. A continuación se vuelve de espaldas a mí y masajea sus piernas, poniéndome su precioso culo frente a la cara.

—Estás jugando con fuego —ronroneo acariciándolo con las manos abiertas—. Lo sabes, ¿verdad?

—Contaba con quemarme, grandullón.

Subo las manos por sus muslos hasta el elástico del tanga y lo arrastro hasta bajárselo a los tobillos. Ella levanta los pies para permitirme sacárselo y vuelvo a subir la mano hasta encontrarme con su sexo, hinchado y caliente. Acaricio sus labios con el canto de la mano sin profundizar todavía, y ella suspira y abre las piernas para dejarme maniobrar a mi antojo.

—Ya estás caliente... —susurro— ¿Es que acaso tienes prisa?

—En absoluto —gime—. Es que me pones mucho.

Le cojo una mano para posarla sobre mi polla, que ya está dura como una piedra y lista para enterrarse en su interior. Ella sonrío y mueve los dedos alrededor, haciéndome gemir a mí.

—Ahora sí está lo suficientemente gorda —bromea.

—Pues siento decirte que aún no la vas a probar.

Tiro de sus muslos hasta dejarla sentada a horcajadas sobre mis piernas y vuelvo a besarla, esta vez con hambre, hundiendo mi lengua en su boca, recorriendo sus recovecos, acariciando sus tetas por encima de la tela del vestido. Mónica ondea las caderas, se restriega contra mi erección y sus manos desabrochan mi camisa torpemente en su prisa por desnudarme. Bajo el escote de su vestido para dejar sus tetas al aire. No lleva sujetador y en cuanto muerdo uno de sus pezones me sujeta de la cabeza y me aprieta contra su piel. Apuesto a que podría llevarla al orgasmo solamente comiéndole las tetas... Rodeo el otro pecho con la mano y busco el pezón con los dedos para jugar con él. Me trago sus gemidos, aunque aquí puede gritar todo lo que

quiera porque admito que escucharla me pone como una puta moto.

De un solo movimiento la dejo tumbada sobre la cama y le subo la falda del vestido hasta el ombligo. Me sitúo entre sus piernas y la miro de la misma manera en que me miró ella anoche antes de sacar la lengua y pasarla por todo ese coñito depilado que me moría de ganas de probar. Su sabor almizclado me deja mareado y empiezo a lamerla despacio, hundiendo la lengua en su canal para subir después hasta su clítoris y atormentarlo. Mónica se sujeta a las sábanas con fuerza. Tiene los ojos cerrados y se muerde el labio hasta casi hacerlo sangrar, y sus pequeños pies, que están apoyados sobre mi espalda, se contraen para aguantar un poco más antes de correrse. No te contengas, nena... si este no va a ser el único de hoy. Como si hubiera leído mis pensamientos sus muslos se convulsionan y ella grita llevada por oleadas de placer, quedando desmadejada y sin fuerzas sobre la cama. Gateo por su cuerpo hasta alcanzar su boca. La beso un par de veces de manera fugaz antes de profundizar en ella, y siento sus brazos acariciar mis bíceps hasta enredar los dedos en mi pelo.

—¿Ya está? —bromeo— ¡Qué poco me has durado!

—Eso es porque eres muy bueno —gime—. Normalmente tardo más.

Esas palabras me hacen sentir como Superman, para qué negarlo. Beso su hombro antes de tirar de ella y ayudarla a quitarse el vestido. Aún queda mucho juego por delante, pero primero voy a llevarla al cuarto de baño. Estamos pegajosos por el sudor y yo necesito una ducha, así que mataré dos pájaros de un tiro.

—¡Vaya cuarto de baño! —silba—. Oye, en serio, ¿esto es tuyo de verdad?

—Sí. Antes me dedicaba al boxeo profesional y gané mucho dinero —explico.

—¿Y por qué lo dejaste?

—Una pelea salió mal.

No doy más explicaciones e interrumpo su interrogatorio quitándome los vaqueros y los bóxers. Su mirada se centra en mi polla, que aunque no está a pleno rendimiento sigue bastante animada, y alarga la mano para rodearla con los dedos.

—De eso nada, nena —protesto apartándome.

—¿Y por qué no? Tú ya te has servido por tu cuenta.

—Es cierto, pero aún queda mucha noche por delante.

—Tanto como mucha noche...

—Noche, día... ¿Qué más da? Es sábado, ¿no?

Sin más, la empujo dentro de la ducha y me coloco detrás de ella antes de accionar el agua. Ella levanta la cara hacia el chorro y cierra los ojos con una sonrisa.

—Mmm... —ronronea— Aquí se está de lujo.

—Aún no has visto nada.

Cuando activo los controles del hidromasaje uno de los chorros incide directamente sobre su sexo. Mónica grita e intenta apartarse, pero la inmovilizo en el sitio con un brazo y con el otro abro ligeramente sus labios para que el agua impacte contra su clítoris.

—¿Creías que ya había terminado contigo, nena? —susurro— Ni por asomo.

## Capítulo 5

Mónica apenas puede mantenerse en pie. Sus muslos se convulsionan y sus uñas se clavan en mis antebrazos de la fuerza con la que se está agarrando y yo solo puedo sonreír de satisfacción. Es la primera vez que meto a una chica en la ducha. Normalmente suele ser cosa de un polvo y hasta la próxima, pero ninguna ha llegado nunca hasta mi ducha. No tenía ni idea de lo que me estaba perdiendo. Solo con sentir su cuerpo revolviéndose contra el mío mi polla se ha puesto dura como una piedra. Mónica apoya las manos sobre la pared para alejarse más del chorro de agua templada y aparto suavemente sus labios para poder aproximarme a su entrada y clavarme en ella lentamente, centímetro a centímetro, suspirando por el placer que estoy sintiendo en este jodido momento.

—¡Dios, sí! —grita ella apretándose en su interior.

—Lo estabas deseando, ¿verdad, nena?

—¡Sí, joder! ¡Sí!

Su entusiasmo es halagador. Empiezo a moverme lentamente procurando que el chorro de agua siga incidiendo sobre su clítoris. Cada vez que me hundo en ella hasta el fondo, ella levanta un poco las caderas y el impacto del agua sobre mis huevos me produce escalofríos. Es una sensación rara y excitante a la vez. Mis caderas empiezan a moverse con más rapidez, el sonido del entrecuchar de nuestros cuerpos se mezcla con el vapor de la ducha y

nuestros gritos de placer. Joder, hasta yo estoy gritando. He perdido la cuenta de las veces que Mónica me ha pedido que me la folle aunque sea justamente eso lo que estoy haciendo. Si no estuviera tan ocupado disfrutando de lo placentero de la situación hace rato que habría roto a reír a carcajadas. Sus manos no pueden estarse quietas, van de mis muslos a mi culo una y otra vez porque no creo que sepa dónde ponerlas. Con la mano que tengo libre aprieto entre los dedos uno de sus pezones, el que anoche descubrí que era más sensible, y Mónica se corre con un grito ahogado. Salgo de ella rápidamente para no hacerlo yo también y la ayudo a salir de la ducha y envolverse en una toalla. Sus piernas no le responden, está exhausta y aún no he terminado con ella.

—Vamos, tumbate en la cama —ordeno.

—No, que se va a mojar.

—¿Y qué más da? Luego cambio las sábanas.

Mónica se deja caer sobre la cama con los brazos en cruz y cierra los ojos con una sonrisa. Me dejo caer a su lado y enredo mis piernas con las suyas antes de besarla suavemente en los labios. Aparto la toalla de su cuerpo y empiezo a dibujar líneas sin sentido con el dedo sobre su piel, recorriendo su abdomen desde el ombligo hasta sus pechos una y otra vez. Una sonrisa aparece en sus labios, pero no abre los ojos.

—¿Qué? —pregunto inocentemente.

—Eres un perverso.

—¿Yo? Eres tú la que me sedujo ayer en el cuarto de baño.

—Eso fue ayer, ahora estoy aquí tumbada intentando descansar.

—Yo no tengo la culpa de que la toalla se haya abierto.

—Porque se ha abierto sola, ¿no?

—Absolutamente.

Sustituyo el dedo por mis labios y dejo un reguero de besos por su

cuello, el valle entre sus pechos y su estómago. Mónica suspira y coloca su mano sobre mi cabeza para impedirme ir más abajo, lo que no me impide atormentarla acariciando sus pechos.

—Vas a acabar conmigo —protesta.

—No estoy haciendo nada —me defiendo.

—¡Uy que no! ¿Y qué es lo que estoy sintiendo en las tetas? ¿Cosquillas?

—Estoy siendo muy considerado —respondo besando su pecho derecho—. Te dejo recuperarte antes de follarte de nuevo.

—¿Es que no has tenido suficiente?

—Aún no. —Muerdo su pezón y tiro suavemente de él—. Quiero saborearte un poco más.

—Estoy agotada —reconoce.

—Tranquila, pienso hacer todo el trabajo.

Una carcajada sale de sus labios y escapa de mis caricias para tumbarse de lado y mirarme fijamente. Aparta con cuidado un mechón de pelo de mi frente, haciéndome estremecer, pero permanezco inmóvil para permitirle que siga acariciándome.

—Tus ojos son increíbles —susurra—. Nunca había conocido a nadie con los ojos de ese tono de gris.

—Ojos, al fin y al cabo —respondo alzando las cejas.

—Te lo tienes muy creído, ¿verdad, grandullón?

—Solo lo justo.

No puedo evitar reírme después de decir esa gilipollez. Sé que tengo unos ojos algo raros, mi familia se ha encargado de decírmelo en todas las reuniones familiares, pero no suelo presumir de ello. Pueden ser todo lo increíbles que ella quiera, pero no veo una mierda cuando hace sol y la mayor parte del tiempo tengo que llevar gafas puestas. Mónica continúa con su

caricia hasta mi boca sacándome de mis pensamientos y perfila mis labios con el borde de la uña, haciéndome cosquillas.

—¿Te diviertes? —protesto mordiéndomelo.

—Pues sí... estoy admirando el paisaje.

Abro un ojo con una sonrisa y atrapo su dedo con la boca.

—¿Y te gusta lo que ves?

—Mucho —responde liberándolo—. La verdad es que estás muy bueno.

—Fija su mirada en mi pecho—. ¿El tatuaje tiene algún significado?

Paso la mano por el dibujo de unas alas que cubre casi todo mi pecho y vuelvo a sentir un dolor sordo que hacía mucho tiempo que no sentía.

—Me lo hice para recordar —es mi escueta respuesta.

—¿Para recordar qué?

—Cosas del pasado.

—¿No vas a contármelo?

La miro a los ojos un segundo. ¿Qué importa que se lo cuente? Al fin y al cabo eso pasó hace mucho tiempo y debería tenerlo superado.

—Te he dicho que antes me dedicaba al boxeo profesional...

—Sí, me lo has dicho hace un rato.

—Pues en mi última pelea mi contrincante murió —confieso.

—¡Dios mío, Joel!

—Mi último golpe le mandó al suelo y cuando el árbitro se acercó a él después de proclamarme campeón se dio cuenta de que estaba muerto.

—Lo siento muchísimo... ¿Qué pasó después?

—El forense declaró que murió de un traumatismo en la cabeza provocado por el borde del ring y yo salí impune.

—Fue un accidente, no culpa tuya —susurra Mónica apretándome el brazo.

—Eso dicen todos, pero no puedo evitar sentirme culpable por lo que

ocurrió esa noche.

Mónica acaricia mi mejilla y me da un suave beso en los labios que consigue suavizar un poco el dolor, aunque no se alivia por completo. Ahora que he empezado a hablar soy incapaz de parar.

—Después de eso perdí el rumbo —sigo diciendo—. Me emborrachaba, me junté con mala gente y tonteeé un poco con las drogas. Pero conocí a Axel y me sacó de esa mierda.

—Y así fue como entraste a trabajar en el *Butterfly*...

—Exactamente.

La miro fijamente y por un momento me gustaría que Mónica no tuviera que irse a su casa. Necesito retenerla, así que me coloco sobre ella y aparto el pelo de su cara.

—¿Por dónde íbamos? —pregunto.

—Creo que ibas a empezar a besarme de nuevo —responde ella riendo.

—¿Eso quieres? —ronroneo— Yo creí que lo que querías era follar conmigo...

—Claro que sí, pero eso viene después.

Pronto los recuerdos quedan eclipsados por el deseo, que crece rápidamente dentro de los dos. Las manos de Mónica recorren mi espalda y mi culo mientras me dedico a besarla a conciencia, acariciando sus labios con la punta de mi lengua para volver a enterrarla nuevamente en su boca y jugar con la suya. Me bebo sus gemidos, sus caderas se retuercen y su dulce coñito se restriega contra mi polla, que ya está lista para entrar en acción. Me clavo en ella hasta el fondo, sin delicadeza, sin suavidad. Esta vez nuestros movimientos son salvajes, desenfrenados, dedicados en exclusiva a encontrar la satisfacción personal. Mónica entierra una de sus manos entre nuestros cuerpos para acariciarse el clítoris y yo bombeo dentro y fuera de ella como un puto animal. No puedo más, estoy a punto de correrme. El sudor corre por

mi espalda y mi frente y siento espasmos en las piernas del esfuerzo de mantener la postura. Córrrete, nena... venga, no me hagas esperar más...

—¡Me corro! —grita al fin—¡Me corro!

Con un sonido a medias entre un rugido y un gemido salgo de ella llegando al orgasmo y me dejo caer sobre su cuerpo con un suspiro. Mónica acaricia mi espalda con suavidad. Tiene los ojos cerrados y una sonrisa en los labios que me hace sentirme como el puñetero Superman. Solo le falta ronronear como una gatita, y su aliento acaricia mi oído con suavidad a cada jadeo que escapa de sus labios. Está tan exhausta como yo, si no más. Con un esfuerzo sobrehumano me deshago del condón, me muevo a un lado y caigo de espaldas sobre la cama, arrastrándola hasta mi pecho.

—¿Mejor así? —susurro.

—Sí, pesas un poco.

—¿Me estás llamando gordo?

Mónica ríe entre dientes, pero no me contesta. Cierro los ojos un momento para recuperarme, pero cuando los abro de nuevo parece que es mediodía. Miro el reloj y efectivamente son las dos de la tarde. Mónica sigue durmiendo a mi lado, así que me deshago de su abrazo con cuidado de no despertarla y me doy una ducha, que estoy bastante pegajoso por el sudor. Aún estoy enjuagándome el champú de la cabeza cuando siento un beso en el omóplato. Me vuelvo con una ceja arqueada para ver a Mónica detrás de mí entretenida vertiendo un poco de gel en la esponja.

—Sabes que esto es peligroso, ¿verdad? —pregunto.

—¿Por qué lo dices? —contraataca ella enjabonándose la cabeza.

—Porque puedes terminar follada de nuevo, por eso.

—Ah... si es por eso tranquilo, grandullón, que no tengo intención de dejarte hacerlo por el momento.

—¿En serio?

—Muy en serio.

—Solo tengo que hacer esto —digo introduciendo un dedo entre sus pliegues— para tenerte abierta de piernas y follarte.

—Cuento con una ventaja especial.

—¿Una ventaja?

—Exacto.

Joder... el movimiento de sus tetas al mover las manos sobre su pelo me están distrayendo de lo que estamos hablando. Vuelvo a levantar la cabeza para mirarla a los ojos, pero continúan cerrados.

—¿Cuál es esa ventaja, Mónica? —pregunto.

—Es la hora de comer.

Como si se hubiesen puesto de acuerdo con ella mis tripas empiezan a sonar, logrando que ella sonría satisfecha.

—¿Ves lo que te digo? —dice triunfal— Sabía que no podrías saltarte la comida.

## Capítulo 6

Estoy sentado en pelotas en el suelo de la cocina comiéndome una pizza a medias con Mónica. Sí, exacto... en pelotas. La cabrona no me ha dejado vestirme, así que yo tampoco se lo he permitido a ella. La vista que tengo ahora mismo delante es espectacular, para qué negarlo. Solo falta que un poco de queso caiga sobre sus preciosas tetas para que yo tenga la oportunidad de quitarlo con mi lengua...

—Joel, ¿me estás escuchando? —pregunta ella de repente.

—Sinceramente no... estaba demasiado ocupado babeando por esas tetas.

Mónica ríe y las mueve a ambos lados de su cuerpo. Como siga provocándome voy a terminar follándomela de nuevo aunque diga que está exhausta...

—Decía que cuando terminemos de comer tendré que irme —repite.

—Ni hablar —protesto lanzándome sobre ella para besarla—, aún no he terminado contigo.

Empiezo a besarla por el cuello, pero ella intenta apartarme sin parar de reír.

—¡Joel, para! —exclama— De verdad, tengo que marcharme ya.

—No te resistas, nena... ahora no puedes detenerme...

Hundo mi lengua en su boca y al principio ella responde como siempre,

cerrando los ojos con un suspiro y enredando sus brazos en mi cuello. Me recreo en explorar todos los recovecos de su boca mientras mi mano acaricia sus costillas lentamente, subiendo hasta costado de su pecho y aprisionándolo con suavidad. Mónica gime y enreda sus piernas en las mías. Sonrío triunfal, creo que ya he ganado la batalla y me hundo en su interior de una sola estocada.

—Reconoce que esto es mucho mejor que lo que quiera que tengas que hacer —susurro.

—Eres malo... —protesta con un suspiro— ¿Cómo me voy a resistir así?

Empiezo a moverme despacio, embestidas lánguidas acompasadas por besos que son apenas un roce de labios. Mónica mueve las caderas debajo de mí acompañando a las mías, volviéndome loco. Sus tetas están aprisionadas contra mi pecho y puedo sentir la dureza de sus pequeños pezones contra mi piel. Aparto mi boca de la suya para dejar un reguero de besos por su cuello, su hombro, su brazo desnudo. El sabor salado del sudor se mezcla con el olor almizclado del sexo y abro los ojos para verla tumbada en el suelo totalmente entregada a mí. Sus ojos entrecerrados están velados por el deseo y de su boca escapan pequeños suspiros que son música para mis oídos. Sus manos acarician mis brazos lanzando descargas de placer por mi espalda y tengo que morderme el labio para no terminar corriéndome. Entierro una mano entre nuestros cuerpos hasta alcanzar su pequeño clítoris hinchado y lo acaricio en círculos mientras sigo bombeando en ella. Sus músculos se contraen a mi alrededor haciéndome gemir, sus muslos aprietan mis caderas y de su garganta escapa un grito de plena satisfacción cuando el orgasmo la alcanza. Sigo bombeando dentro de ella un poco más, un escalofrío me recorre y con un gemido salgo de ella para correrme sobre el frío suelo de la cocina.

Me dejo caer a su lado con un suspiro y cierro los ojos para recuperar el

control. Siento que todo me da vueltas y tengo que echar mano de toda mi fuerza de voluntad para lograr sentarme apoyado sobre la isla de la cocina.

—Ahora sí tengo que marcharme —dice ella mirándome arrepentida.

—¿Es que trabajas hoy? —pregunto.

—No, pero tengo que ir a recoger el vestido que voy a ponerme en la boda.

—¿Qué boda?

—¿Qué boda va a ser? —ríe— ¡La de Erin! Soy su dama de honor, ¿recuerdas?

—¿Y no puedes recogerlo el lunes?

—Claro que sí, pero ya he quedado con la dependienta y no puedo dejarla tirada.

—Llámalala y dile que te ha surgido un imprevisto.

—Joel, no puedo hacer eso.

Se levanta y abre el frigorífico para buscar un refresco. Me lanza una lata de cerveza que atrapo al vuelo y vuelve a sentarse a mi lado.

—¿No crees que ya has tenido suficiente de mí por hoy? —pregunta.

—No —respondo tajante—. ¿Es que tú sí?

—Estoy agotada, la verdad —reconoce—. Me has dejado sin fuerzas y necesito dormir en cuanto vuelva a casa.

—Muy bien —suspiro poniéndome de pie—. Te permitiré marcharte por ahora, pero no te acostumbres —bromeo—. ¿Vas a venir esta noche al *Butterfly*?

—No creo, seguramente no podré levantarme hasta mañana por la mañana.

Asiento y voy a vestirme. No quiero enrarecer las cosas más de la cuenta, pero me gustaría que se quedara un poco más o al menos que nos viésemos esta noche. ¿Pero qué me pasa? Se suponía que esto era solamente

un rollo temporal... Mónica se acerca poco después y se me queda mirando muy seria, apoyada en el quicio de la puerta.

—¿Ocurre algo? —pregunto.

—Eso quisiera saber yo. ¿Te has enfadado?

—¿Qué?

Me levanto de la cama, me termino de abrochar los vaqueros y me acerco a ella para enlazar su cintura con mis manos. No estoy enfadado, pero estoy un poco confundido con lo que estoy sintiendo y debe haberse dado cuenta de ello.

—No voy a enfadarme por una gilipollez como esa, nena —respondo—. Pero me hubiera gustado pasar más tiempo contigo.

—Puedes acompañarme si quieres.

—¿A una tienda de novias? ¿En serio?

Ella ríe y me rodea el cuello con los brazos antes de besarme fugazmente.

—No es una tienda de novias —explica—, es una tienda de trajes de fiesta.

—Da igual, ir de compras con una mujer es la sentencia de muerte de cualquier hombre.

—¿Eso crees? Pues yo conozco a hombres que son peores que las mujeres.

—Y son gays.

—¡No!—ríe— Son heteros encantados de conocerse, que no es lo mismo.

—Te aseguro que yo no soy de esa clase de tíos.

—Claro que no —susurra—. Tú eres todo un machote, con tatuajes y chaqueta de cuero.

—¿De dónde te sacas que tengo chaqueta de cuero? —pregunto riendo.

—No sé... tienes toda la pinta. Seguro que tienes una en el armario...

—Pues no, el de la chaqueta de cuero y la *Harley* es Brais.

—Lástima que la moto la tenga él y no tú... Si un día vinieras a recogerme en una *Harley* te aseguro que te dejaría follarme en ella.

Me muerdo el labio con una sonrisa. Siempre puedo pedirle a mi colega que me preste su moto... Mónica me mira y rompe a reír a carcajadas.

—¿Qué? —pregunto inocentemente.

—Que eres un perverso.

—¡Si no he dicho nada!

—No ha hecho falta, he podido leértelo en la cara.

—No es culpa mía, nena. Has sido tú quien me ha dado la idea...

—Una idea genial que tendrá que esperar hasta otro día.

Mónica se deshace de mi abrazo y recoge su ropa para vestirse. La llevo a su casa, un bloque de apartamentos en una zona bastante tranquila de la ciudad.

—Así que vives aquí... —digo mirando el edificio.

—Quinto derecha, para ser más exactos. Serás bienvenido... a partir de mañana.

Su broma me hace reír. Reconozco que ha sido un día bastante movidito y que debe estar agotada, porque yo también lo estoy.

—Te llamaré —susurro con un beso.

—Eso espero, grandullón.

La observo bajarse del coche y miro el reloj. Son las cuatro, así que llamo a Ken para tomarme un café con él, que a esta hora ya debe estar despierto. Nos vemos en una cafetería que hay junto al *Butterfly* en la que ponen el mejor café de la ciudad. Me pido un café Frappé y Ken un batido de chocolate.

—Me sorprende que estés despierto a esta hora —dice mi amigo—.

Normalmente no hay quien te levante antes de las seis.

—La verdad es que no he dormido demasiado y si me acuesto posiblemente no haya quien me levante hasta mañana.

—¿Que no has dormido demasiado? ¿Por qué?

Sonríó sin contestar y doy un trago a mi bebida.

—Has estado con Mónica, ¿no, cabrón?

—¿Con quién si no?

Mi amigo me palmea la espalda y se recuesta en su asiento mirándome con los brazos cruzados y una sonrisa.

—¿Qué? —protesto.

—Te ha cazado —vaticina.

—Yo no diría tanto.

—¡Oh, sí! Te ha cazado pero bien.

—No nos conocemos lo suficiente. Ni siquiera sé a qué se dedica.

—Lo bonito del amor es ir descubriendo esas cosas poco a poco.

Además, ¿a que no te hizo falta saberlo para metérsela?

—No me ha cazado —protesto—. Solo estamos follando.

—¡Venga ya, hombre! ¡Estás hablando conmigo! Te conozco mejor que nadie, ¿recuerdas? Sé que estás loco por ella, ¡y eso es bueno!

—¿Y por qué coño lo es?

—Porque necesitas una mujer en tu vida, por eso. ¿Es que no te has mirado últimamente al espejo? Estás hecho un asco, tío.

—Mira tú quien fue a hablar... el que está loco por su compañera de trabajo pero no hace nada por un absurdo refrán.

—No es un refrán, tío... es un mantra que todos deberíamos seguir.

—Es una gilipollez que alguien inventó porque estaba enamorado de su compañera de trabajo y ella estaba saliendo con otro compañero.

—No estamos hablando de mí, sino de ti.

—Al menos yo estoy haciendo algo.

Vuelvo a casa y me doy una ducha. Me quedo un momento pensando en lo que ha dicho Ken. Es cierto que Mónica me gusta, pero ni siquiera sé si yo le gusto a ella lo suficiente como para pensar en tener conmigo algo más que un par de polvos. Lo mejor sería que pusiera algo de distancia entre nosotros para evitar terminar enamorado de una mujer que no siente nada por mí. Pero en cuanto lo pienso descarto la idea. ¿De qué coño voy? Ya estoy enamorado de ella... Hace tanto que nos conocemos que ni siquiera sé cuándo pasó, pero en algún momento desde que entré a trabajar en el *Butterfly* esa maldita mujer se coló en mi corazón sin pedir permiso. No sé a qué se dedica, es cierto, pero conozco de ella lo más importante. Sé que es leal a sus amigos, que es divertida y que en la cama es una auténtica locura. Sé que sus ojos son preciosos, que cuando sonrío le sale un hoyuelo en la mejilla izquierda y que tiene un lunar en forma de media luna en el muslo derecho. Sé que cuando ella está presente todo parece tener mucha más luz, mucha más vida.

Sí, definitivamente ya estoy loco por ella.

# Capítulo 7

La noche se me está haciendo interminable y aún quedan cuatro horas para cerrar el bar. Menos mal que mañana por fin estamos de descanso, porque necesito dormir dos días seguidos... por lo menos. Ya no tengo edad para andar sin dormir toda la noche follando como un conejo. Por mucho que me guste Mónica voy a tener que bajar el ritmo o terminaré muerto antes de llegar a los cuarenta... Por si no fuera bastante el cansancio que tengo apenas han entrado clientes en el local, lo que me deja plantado frente a la puerta como una estatua sin nada que hacer.

Al fin veo que Brais sale con un par de botellas de agua y me pasa una antes de sentarse en el banco que hay junto al escaparate del local.

—Menos mal, estaba empezando a cansarme de estar aquí sin hablar con nadie... —protesto.

—¿Y por qué coño no has entrado?

—Porque si lo hago y me siento en la barra termino durmiéndome.

—¿Cansado?

—Muchísimo. No he dormido demasiado y estoy que me caigo.

—¿Qué habrás estado haciendo? —bromea.

—Nada que te interese. ¿Todo tranquilo ahí dentro?

—Sí, bastante tranquilo. Mi sala está desierta y Ken tiene un par de masajes nada más. La gente está sobre todo en la zona de la barra, pero nadie

se ha adentrado más allá.

—Día de curiosos, por lo que parece.

—Eso creo. Aparte de un par de parejas que han entrado al cuarto oscuro no ha habido mucho movimiento.

Hace tiempo que no hablamos. No es que seamos los mejores amigos del mundo, para eso ya tengo a Ken, pero Brais y yo nos llevamos bastante bien y hace días que le noto un poco raro.

—No tienes buen aspecto últimamente, tío —observo.

—¿Y te extraña? —protesta con una ceja arqueada.

—La verdad es que no. Creo que yo estaría igual que tú dadas las circunstancias.

—No puedo quitarme de la cabeza que falta una semana para que la mujer de mi vida sea de otro hombre.

—Lo superarás con el tiempo, tío. Ya lo verás.

—Si Axel se entera de lo que hice el día siguiente a la despedida de soltera te aseguro que no superaré nada porque terminaré muerto.

La botella de agua se queda a medio camino de mi boca y le miro de reojo.

—Dime que no te has acostado con Erin. —Él se limita a desviar la mirada—. ¡Joder, Brais! ¿En qué coño estabas pensando?

—En nada... estaba dormido y simplemente ocurrió.

—¿Cómo que estabas dormido y ocurrió? ¿Apareció en tu casa como por arte de magia?

—¡Claro que no! Se presentó en mi puerta después de la despedida borracha como una cuba y se durmió antes de que pudiera cambiarme para llevarla a su casa.

—Haberla despertado para obligarla a marcharse.

—¿Y dejarla sola en su casa vomitando? No soy tan mala persona.

—¿Y por qué coño no llamaste a su hermano? Él se habría ocupado de ella. —Suspiro—. Erin ya no es tu problema, tío, no tienes que ocuparte de ella.

—Ya lo sé. Es que simplemente... no lo pensé.

—¡No lo pensó! ¡Tiene cojones!

—Me quedé dormido en el sofá y antes de darme cuenta me estaba besando. ¿Crees que podía parar después de eso?

—¡Deberías haberlo hecho, gilipollas!

—¿Por qué te mosqueas tanto? No tiene nada que ver contigo.

—¡Porque Axel ya lo sabe, idiota! —reconozco.

—¿Cómo que lo sabe?

—Lo intuye, al menos. Ayer me confesó que lo sospechaba y que estaba preocupado por el tema.

—Mierda...

—¿Te sorprende? ¿En serio? ¡Es tu mejor amigo, joder! ¿Es que acaso no sabías que te conoce lo suficiente para saber lo que has hecho?

—Estoy jodido —suspira—. Soy hombre muerto.

—¿No me digas? —Suspiro—. ¿Piensas hacer algo al respecto?

—¿Huir de la ciudad?

—Me refiero con Erin. ¿Vas a intentar recuperarla?

—¡Claro que no! Me fui, ¿recuerdas? Ahora mismo debe odiarme.

—¿Y por qué coño te fuiste?

—Porque sabía que terminaríamos discutiendo si me quedaba.

—Eres un gilipollas de campeonato, lo juro. Tenías la oportunidad de recuperarla en la palma de la mano y la desaprovechaste.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Quedarme y confesarle lo mucho que la quiero?

—Por ejemplo.

—Ella está enamorada de Rubén.

—Claro que sí, tío... por eso se acostó contigo. Si Mónica pensara casarse con otro te aseguro que no me quedaría de brazos cruzados como tú.

—Espera, ¿Mónica? —pregunta con una ceja arqueada y una sonrisa.

—Sí, Mónica.

—No me habías dicho nada, cabrón.

—Llevamos un par de días juntos, por eso no te dije nada.

—Ya era hora de que te lanzaras.

—En realidad fue ella quien lo hizo —respondo sonriendo—. No pude decirle que no.

—Acéptame un consejo, no seas tan gilipollas como yo.

—¿Y por qué no te aplicas el cuento?

—Ya es tarde para mí.

—Mientras no se haya casado no es demasiado tarde.

—Después de lo de la otra noche te aseguro que lo es. ¿Vendrá Mónica esta noche?

—No, ambos necesitamos descansar un poco.

—Eres un capullo con suerte. Creo que ella sería la única mujer con la que yo me atrevería tener algo serio después de Erin.

—Pues lo siento por ti, pero para eso sí que es tarde, porque como lo intentes te rompo las piernas —bromeo.

El resto de la noche pasa tranquila. Terminamos de recoger y me voy a casa a dormir un poco, porque necesito recuperar fuerzas para mañana. Cuando me despierto son ya las seis de la tarde, así que me pongo un chándal y llamo a Mónica antes de salir.

—Buenas tardes, grandullón —ronronea al otro lado de la línea—. Sí que has dormido.

—Ayer me dejaste destrozado —bromeo—. No tenía ni idea de que eras

adicta a mi cuerpo.

—Totalmente... De hecho, necesito más.

—Insaciable...

—Mucho.

No puedo evitar reírme. Me gusta lo divertida que es, lo mucho que le gusta bromear y, qué cojones, lo bien que me hace sentir.

—¿Por qué no quedamos para cenar? —pregunto.

—¿En tu casa o en la mía?

—En un restaurante como las parejas normales.

—¿Somos pareja?

—Estamos en ello, ¿o no?

—Tienes razón, estamos en ello.

Si no tuviera treinta y cinco años metidos en los huevos me pondría a saltar de alegría.

—Te recojo a las nueve, ¿te parece? —pregunto.

—Perfecto.

—Solo tengo una petición especial... No lles bragas.

—¿Estás loco? Jamás salgo de casa sin ellas.

—Haz una excepción esta noche. Por mí. —Mónica se queda callada un momento pero al final ríe.

—Muy bien, grandullón, iré sin bragas... si tú vas sin bóxers.

—Hecho. Nos vemos esta noche.

Como aún falta bastante para nuestra cita, decido ir al gimnasio para quemar un poco de adrenalina. El dueño sonrío en cuanto me ve entrar y se acerca para palmearme la espalda.

—¡Hombre! —exclama— Me alegra ver que vuelves por aquí.

—Tenía ganas de entrenar un poco.

—¿Con el saco o en el ring?

—El saco será suficiente, no quiero terminar con otro ojo morado.

—Es una lástima que un gran profesional como tú no siga dedicándose a esto —comenta caminando a mi lado—. Es una auténtica lástima.

—Por lo que veo me ha investigado...

—Me sonaba tu cara y solo tuve que atar cabos.

—Ahora prefiero una vida más calmada.

—Supongo que la muerte de Carlos Durán tuvo algo que ver...

—No quiero hablar de ello.

—Deberías hacerlo, muchacho. Es bueno para el alma dejar salir toda la culpabilidad.

—No fue culpa mía —respondo a la defensiva—. Fue un accidente.

—Yo lo sé, pero ¿lo sabes tú?

Me quedo pensando en lo que me ha dicho el entrenador mientras golpeo el saco de boxeo.

—Disculpa, ¿eres Joel Alaix?

Me vuelvo para encontrarme con un muchacho de unos veintipocos años que me mira con cara de admiración. No, joder... otra vez no.

—Lo fui —respondo golpeando de nuevo el saco.

—Soy un gran admirador suyo... Me gusta mucho su técnica.

Me quedo mirándole un segundo. Me recuerda a mí a su edad, lleno de sueños e ilusiones. Empecé a dedicarme profesionalmente al boxeo con veinte años y creo que me cegó todo lo que me ofrecían más que el deporte en sí.

—¿Quieres dedicarte a esto profesionalmente? —pregunto.

—Es lo que quiero, sí.

—Acéptame entonces un consejo, chico. No te dejes cegar por el dinero que te ofrecerán. Tu alma vale mucho más que todo eso. No termines metiéndote en un mundo del que es muy difícil salir, y no me refiero al del boxeo, sino al que hay detrás de todo ese dinero y glamour... el de las drogas.

Terminarás pagándolo muy caro.

—¿Es lo que le ocurrió a usted?

—Algo así.

—¿Querría pelear conmigo? Sería todo un honor. —Sonrío.

—Estoy oxidado, chaval. Hace mucho que no peleo.

—No se preocupe, seré bastante cuidadoso con la tercera edad.

Alzo una ceja ante su comentario. ¿Tercera edad, en serio? El chavalito este no sabe dónde se está metiendo... Vale, sí... me ha tocado los cojones que me diga abuelo... Le aparto de un empujón y me dirijo al ring con paso decidido.

—¿A qué esperas, niño? —pregunto— ¿No querías que te diera una paliza?

He de reconocer que el chico sirve para esto. Es bueno, muy bueno a decir verdad, y consigue darme un buen par de puñetazos en menos de cinco minutos.

—No lo haces mal... —digo— pero te queda mucho que aprender.

El muchacho sigue golpeando mientras intento darle algunos consejos sobre su técnica. Aún está muy verde, pero con el entrenamiento adecuado podrá ser capaz de llegar muy lejos.

—Podría echar mano de mis contactos para que algún buen entrenador se fije en ti —propongo—, pero tendrás que ganártelo.

—Solo dígame qué tengo que hacer.

—Ganarme —respondo con una sonrisa—. Solo dos asaltos, que aún estás empezando.

—Me subestima...

—¿Eso crees?

Lanzo un gancho de derecha, pero el joven se aparta y termino cayendo sobre el ring. Algo me golpea en la sien derecha. Siento un dolor insoportable

en toda la cabeza y después... nada.

## Capítulo 8

Me despierto con un dolor de cabeza horrible. ¿Dónde coño estoy? Miro a mi alrededor y descubro que estoy en el hospital. Los recuerdos vuelven a mi cabeza con fuerza. Caí al ring y me golpeé en la cabeza. Veo a Ken sentado en un sofá a los pies de la cama completamente dormido. ¿Qué hora es? Intento levantarme y mi amigo salta hacia mi lado para impedírmelo.

—¡Oye, quieto ahí! —susurra Ken— Debes guardar reposo.

—¿Qué hora es? —pregunto.

—Las dos de la mañana.

¿Las dos? ¡Mierda! Intento arrancarme la vía pero Ken me sujeta con fuerza.

—¿Pero dónde coño vas? —protesta— ¿Es que te has vuelto loco?

—Tengo que avisar a Mónica... creerá que la he dejado tirada...

—Estoy aquí, grandullón.

Vuelvo la cabeza hacia la puerta y todo mi cuerpo se relaja al ver entrar a Mónica con un café en la mano. Se acerca a la cama y me besa con suavidad en los labios antes de sentarse en la silla que hay a mi lado.

—Me has dado un susto de muerte —reconoce—. Cuando Ken me ha llamado...

Miro mi amigo y gesticulo “gracias” antes de que se marche de la habitación dejándome a solas con mi chica. Mónica sujeta mi mano entre las

suyas y las besa con ternura.

—El médico ha dicho que estás bien, pero debes quedarte veinticuatro horas en observación. Te has dado un buen golpe en la cabeza, ¿sabes?

—Gajes del oficio —bromeo.

—Por suerte ya no te dedicas a boxear... no creo que pudiera soportarlo.

—¿Estabas preocupada por mí? —bromeo.

—¿Tú qué crees?

—Fui al gimnasio y un fan de entonces me encontró. Era muy joven y quería luchar conmigo, así que accedí.

En ese momento el chico en cuestión irrumpe en la habitación seguido de cerca por Axel, que lo coge del cuello de la camiseta e intenta sacarlo de allí.

—¡Tengo que verle! —grita el chico— ¡Quiero pedirle perdón!

Hago una señal a Axel, que suelta al muchacho de inmediato. Él se acerca a la cama y se me queda mirando con los ojos anegados en lágrimas.

—Lo siento mucho, señor —solloza—. ¡No era mi intención hacerle daño!

—No ha sido culpa tuya, chico —respondo—. Los accidentes ocurren y no se puede hacer nada.

En ese momento vuelve a mi cabeza mi última pelea. Carlos se levantó por tercera vez del ring esa noche. Le hice señas para que no lo hiciera porque estaba demasiado magullado para seguir con la pelea, pero no me hizo caso. Me lanzó un gancho de derechas, lo esquivé... y cayó cuan largo era sobre el ring. Se golpeó la garganta con una de las cuerdas antes de golpearse con el borde del ring, cayendo muerto casi al instante. Si me hubiera hecho caso, si se hubiera rendido, ahora mismo estaría vivo. Tampoco eso fue culpa mía, simplemente... ocurrió.

Ni siquiera me he dado cuenta de que el muchacho ya ha salido de la

habitación. Vuelvo la cabeza hacia Mónica, que me mira con una sonrisa.

—¿Qué? —pregunto.

—Al fin lo has entendido.

—¿Cómo sabes en lo que estoy pensando?

—Te conozco muy bien, Joel.

—¿Por qué es usted tan intuitiva, señorita? —pregunto arrastrándola conmigo hasta la cama.

—Porque llevo mucho tiempo observándote y sé cómo piensa esa cabecita tuya.

—Así que me has estado acosando, ¿mmm? —bromeo.

—Totalmente. Eres mi chico favorito, ¿recuerdas?

Uno mi boca a la suya y hundo mi lengua en su boca, aunque un dolor punzante en el labio me hace aullar.

—¡Si es que eres un bruto! —protesta ella apartándote— Tienes la cara destrozada.

—Caí de lado, no de boca.

—Sí, pero te recuerdo que antes estuviste boxeando.

—Joder, ese chico es bueno... muy bueno. Me avergüenza reconocer que es mucho mejor que yo a su edad.

—¿Vas a ayudarlo?

—Si es lo que quiere, sí.

—Solo te pido una cosa, Joel —pregunta Mónica mirándome de reojo.

—¿El qué?

—No vuelvas a ese gimnasio, por favor. No quiero que sigas boxeando.

—¿Por qué ese miedo a que vuelva a luchar, Mónica?

—Porque no quiero que mueras antes de tiempo. He estado viendo peleas en Internet y he visto que algunos llegan a morir en el ring.

—¿Creías que tenía intención de volver? —pregunto sorprendido.

—Un poco, sí.

—El boxeo quedó en el pasado, Mónica. Reconozco que me gusta boxear, pero mi sitio ahora está en el *Butterfly*, no en el ring.

—Me alegro, no soportaba la idea de perder al hombre que amo.

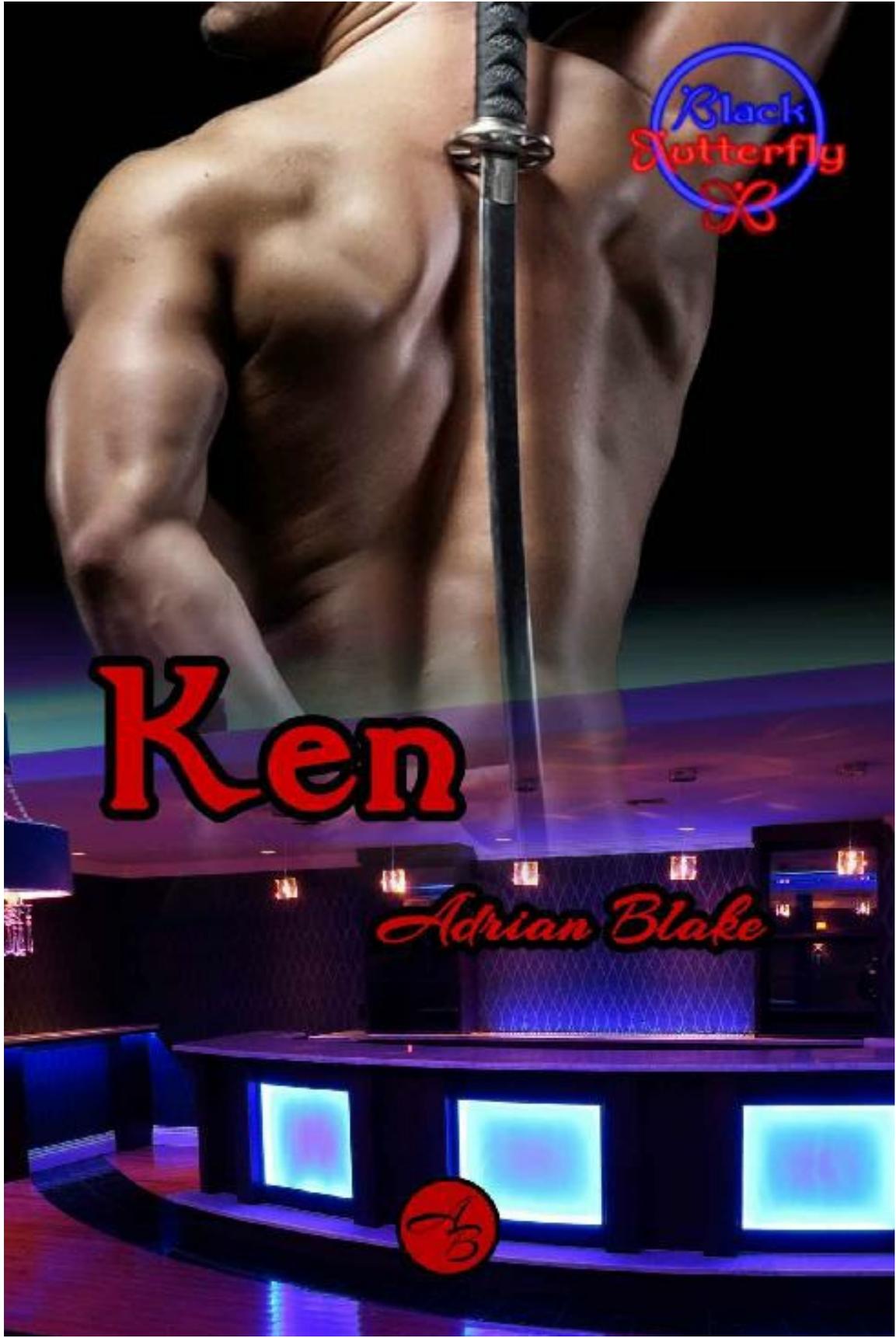
Siento que mi corazón deja de latir. La miro con la sorpresa dibujada en el rostro, pero ella se limita a reír y a abrazarme para darme un beso en la única zona de mi cara que no está amoratada por los golpes.

—¿No crees que ahora deberías decir algo? —pregunta— ¿O aún te dura la conmoción?

Sí que me dura, sí... pero no la conmoción de la caída, sino la de saber que Mónica me quiere. Solo hay una cosa que atino decir, aunque considero que es la más acertada en un momento como este.

—Yo también te quiero.





Black  
Butterfly

Ken

Adrian Blake

AB

# Ken

*Adrian Blake*

**Black Butterfly 3**



# Capítulo 1

Black Butterfly: el local donde puedes hacer todas tus fantasías realidad... es el hogar de mis pesadillas. Cuando empecé a trabajar aquí todo era perfecto: me dedicaba a hacer algo que me gustaba y además me llevaba algún que otro polvo de regalo. Después empecé a conocer mejor a Cris... y todo se jodió.

Me llamo Ken, y aunque mis rasgos son asiáticos, nací en España. Hablo español, vasco y japonés, aunque este último solo me sirve para discutir con mi familia en las fechas señaladas. Trabajo en el pub todas las noches dando masajes eróticos, aunque de vez en cuando le echo una mano a mi hermano en su centro de rehabilitación. Hoy es uno de esos días, y aunque estoy que me caigo de sueño solo tengo que terminar un masaje antes de poder irme a dormir.

—¿Has terminado? —pregunta mi hermano desde la puerta.

—Casi estoy.

Al fin pongo a la mujer de pie y la ayudo a sentarse en la silla de ruedas. La empujo hasta la entrada, donde espera su hija mirando el teléfono sin prestar atención a nada de lo que le digo. Me despido con una sonrisa y me vuelvo para ir al despacho de Jiro, que está sentado frente al ordenador.

—¿Querías algo? —pregunto.

—Sí, pasa. El próximo sábado es mi aniversario y mi mujer quiere hacer una fiesta.

—Sabes que trabajo.

—Ya lo sé, pero será una barbacoa a la hora de comer. ¿Vendrás con o sin acompañante?

Le miro con una ceja arqueada. Mi hermano sabe de sobra que no tengo novia, solo es un año mayor que yo y me conoce perfectamente, así que no sé a qué viene esa pregunta.

—Tenía la esperanza de que invitaras a Cris —explica.

—¿Por qué iba a invitarla?

—Tal vez porque te mueres por estar con ella.

—Eso es irrelevante.

—Ya me dirás por qué.

—Te lo he dicho mil veces, no voy a perder mi puesto de trabajo por liarme con una compañera.

—Pues vente a trabajar aquí y asunto zanjado.

—No pienso dejar mi trabajo, me gusta demasiado.

—Te gusta porque gracias a él puedes follarte a todas las tías que quieras, pero supongo que si tuvieras novia no irías por ahí haciendo de gigoló.

—Pues no lo sé, por eso sigo soltero.

Estoy mintiendo y mi hermano lo sabe. Solo hay una mujer capaz de llenar completamente mi cama, pero está vetada para mí.

—Muy bien, pues ve tú solo —dice Jiro volviendo a mirar la pantalla— aunque te estés equivocando.

—No me estoy equivocando. ¿Tengo que recordarte lo que me pasó con Itziar?

—No es lo mismo.

—¿Y por qué no?

—Porque esa tía estaba loca.

En eso tiene toda la puta razón. Itziar estuvo trabajando con nosotros en el restaurante de mis padres cuando solo tenía veinte años. Con esa edad las hormonas prevalecen sobre la razón, así que empecé a tontear con ella hasta que nos acostamos. Joder, con esa edad yo no quería nada serio, lo único que buscaba era pasármelo bien y se lo advertí, pero ella se montó su propia película y terminó acosándome a lo bestia. Mis padres tuvieron que intervenir, echarla del trabajo y denunciarla para que le pusieran una orden de alejamiento. Por eso paso de liarme con compañeras de trabajo.

—¿Me estás escuchando? —pregunta mi hermano de repente.

—No, no te escucho porque solo dices gilipolleces —protesto—. Si no me necesitas más me voy a mi casa, que tengo que dormir.

Me doy la vuelta y salgo del despacho escuchándole murmurar por lo bajo algo así como “este tío es gilipollas”, lo que me hace sonreír. Cuando entro en mi casa recuerdo que lo tengo todo por medio, pero no tengo ganas de recoger, así que aparto la ropa de la cama y me dejo caer en ella bocabajo. Estoy agotado. Sé que a mi hermano le viene bien que le ayude en la clínica, pero como siga llevando este ritmo de vida voy a morirme antes de los cincuenta. Intento dormirme, pero por más que lo intento no puedo evitar pensar en Cris.

Pensar en ella me lleva a recordar la primera vez que nos vimos. Fui al Butterfly a hacer mi entrevista con Ax y ella estaba en la barra secando unas copas. No me pareció excesivamente guapa, aunque su pelo rosa me hizo sonreír. Ahora lo lleva de un color más normal, pero en esa época me pareció original y atrevida. Los primeros días apenas hablábamos, Cris trabaja en la otra punta del local y nunca me molesté en acercarme a ella. Después llegó la

cena de Navidad y empezamos a conocernos... por desgracia. No puedo negar que empezó a gustarme más de la cuenta. Es divertida, le gusta bromear y es un poco friki, como yo, pero no pasó nada hasta aquella maldita noche.

Estábamos solos en el bar. Ax había tenido que irse de urgencia y me quedé para ayudarla a cerrar. Nos tomamos unas copas que a ella le soltaron la lengua y... simplemente pasó. No llegamos a terminar en la cama, pero la besé y desde entonces soy incapaz de olvidar su sabor. Ambos reaccionamos como si nos hubiéramos electrocutado, ella se alejó de mí alegando que tenía cosas que hacer y yo seguí con lo mío. Desde entonces jamás hemos hablado de ello, pero sé que si por ella fuera lo nuestro llegaría a más.

Me levanto a las seis sin haber dormido una mierda y me pongo a recoger un poco, que nunca se sabe qué mujer se me puede poner a tiro esta noche. Después de hacer la colada y hacerme algo para cenar me doy una ducha y me pongo el uniforme de trabajo. No es que Axel nos haga ponernos el típico uniforme con el logo del local, pero sí debemos ir con vaqueros negros y camiseta del mismo color. Cuando llego al Butterfly veo que Lara está en el despacho de Axel y la saludo antes de dejarme caer en el sofá.

—¿Dónde está tu novio? —pregunto.

—Debe estar a punto de llegar. Ha tenido que ir a recoger un pedido.

—¿Mis aceites?

—No, eso llegó hace una hora y está en tu cuarto.

—Menos mal, creí que tendría que volver a dar masajes con aceite de bebé.

—Algunos huelen muy bien —bromea ella.

—No te lo discuto, pero le quitan todo el morbo al asunto, no sé si me entiendes.

Cris entra en el despacho secándose las manos en una bayeta y se deja caer a mi lado. Su pierna choca con la mía haciendo que me recorra un

escalofrío, pero aunque intento apartarla no hay suficiente espacio en el sofá para que lo haga, así que disimulo levantándome.

—¿Tienes mucha prisa? —pregunta Cris mirándome con una ceja arqueada.

—Tengo que colocar los aceites que me han llegado, ¿por qué?

—Lo digo porque como te has levantado en cuanto he llegado yo...

—Eso es porque me pones como una moto y tengo que alejarme de ti para no perderme, nena...

Ella cree que estoy bromeando, o al menos eso espero. Si supiera que no he dicho nada más que la verdad estaría en un problema de los buenos, porque conociéndola no desistiría hasta tenerme en su cama.

—Si me dejaras ibas a perderte de verdad —responde— porque te iba a dejar para el arrastre.

Axel entra y encuentra a su novia riendo a carcajadas. Se acerca a ella y la besa como si hiciera una eternidad que no la ve, arrancando un suspiro de anhelo de los labios de Cris. Elevo los ojos al cielo, me quito la camiseta como hago cada noche y me voy a colocar los aceites, a ver si se me pasa el calentón. Hoy no tengo demasiado trabajo: una pareja que viene a que el chico aprenda a dar masajes y tres mujeres que vienen a pasarlo bien. Tal vez alguna de ellas me convenza y termine llevándomela a la cama...

Joel se asoma a mi habitación y se sienta en la camilla curioseando en las pequeñas botellas de la caja.

—Aceite de coco... —susurra—. Este me vendría bien para sorprender a Mónica.

—Cuando aprendas a dar masajes, ¿no? —bromeo— Porque con esas manazas que tienes...

—Te aseguro que mis manos son perfectas para ella. En cuanto a lo de aprender... algún privilegio tendrá ser tu mejor amigo, ¿verdad?

Le miro con escepticismo y sigo colocando los botes que él me va pasando sin responderle. Lleva poco tiempo saliendo con Mónica, pero está tan jodidamente enamorado de ella que a veces se parece mucho a ese ridículo emoticono del whatsapp.

—Toma —digo entregándole una caja de muestras—, para que ensayes.

—Mónica te lo agradecerá.

—No vale solo con que le des la caja de aceites, capullo —protesto—. Sé un poco más romántico por una vez.

—¿Te parece que no es suficientemente romántico decirle “Yo Tarzán, tú Jane, aceite para follar”?

—Joder, macho, qué antiguo eres.

Mi amigo se echa a reír, mira el reloj y se marcha a su puesto de trabajo. Las dos primeras mujeres no son gran cosa, así que me dedico a hacer mi trabajo sin rechistar. La única que consigue ponérmela dura es la mujer casada y no creo que su marido esté por la labor de dejarme que me la folle, así que termino mi trabajo y me vuelvo para lavarme y prepararlo todo para el último masaje. Cuando escucho abrirse la puerta le digo a la chica que se tumbe desnuda en la camilla sin mirarla. Estoy calentando el aceite cuando su voz me hiela la sangre.

—¿Bocarriba o bocabajo, Ken?

Me vuelvo de golpe para encontrarme con Cris, que está tumbada en la camilla en una postura muy tentadora mirándome con una sonrisa.

—¿Se puede saber qué cojones haces, Cris?

## Capítulo 2

Cris me mira con una sonrisa y se estira en la camilla haciendo botar sus tetas. Redondeadas, grandes, rosadas y deliciosas tetas. Me relamo sin poder apartar la vista de su cuerpo, pero meto las manos en los bolsillos de mis pantalones para no terminar metiéndole mano. Intento apartar la vista de su pecho... gran error, porque ahora está fija en su pequeño sexo, adornado con una mínima línea de vello.

—¿Te gusta lo que ves? —ronronea.

—Vístete, anda.

—He pagado por un masaje, Ken, así que vas a dármelo.

—Estás de coña, ¿verdad?

—En absoluto. Pregúntale a Ax si no me crees.

Salgo de la habitación como si fuera un toro de miura y entro en el despacho de mi jefe dando un portazo.

—¿Por qué? —pregunto cruzándome de brazos.

—Por qué, ¿qué? —responde él intentando ocultar la sonrisa.

—Sabes perfectamente de lo que estoy hablando.

—Es su hora de descanso y ha querido contratar tus servicios.

—Y tú vas y lo consientes.

—No puedo inmiscuirme en lo que haga en su tiempo libre.

—Eres un cabrón, tío... eres un auténtico cabrón. Sabes de sobra que no

quiero inmiscuirme con ella, ¿y la dejas hacer esto?

—Te repito por enésima vez que en ninguna parte del contrato pone que no puedas mantener una relación con una compañera de trabajo.

—Y yo te repito a ti que nunca voy a liarme con una compañera de trabajo porque salí escaldado, así que deja de intentar que me enrolle con ella.

—Ve a hacer tu trabajo, Ken —ordena—. ¡Sé profesional, coño!

—¿Tanto como tú?

Vuelvo a mi habitación y suspiro cuando veo que Cris no se ha movido ni un puto centímetro.

—¿Puedes ponerte las bragas al menos? —protesto— No hacía falta que te desnudaras, joder.

—Tú me has dicho que lo haga —responde con cara de buena.

—Se sobreentiende que no del todo.

—No quiero mancharlas de aceite.

—¡Joder, Cris! Esto es bastante incómodo de por sí como para que no te pongas las putas bragas.

—He pagado una fortuna por esas bragas de encaje, así que me quedo sin ellas.

—¡Manda cojones la tía esta! —protesto—. ¿Tanto te ha molestado que me vaya antes del despacho de Axel que te has propuesto joderme?

—No seas idiota... no tiene nada que ver contigo.

—¿Entonces qué coño haces aquí?

—Llevo mucho tiempo sin relajarme y quiero hacerlo.

—¿Y por qué no te buscas a un tío de por aquí que te eche un buen polvo? Seguro que eso te deja más relajada que un masaje.

—Tal vez si tú te ofrecieras voluntario...

—No te creas que no tiene cojones la cosa... Túmbate de espaldas de una puta vez.

Gracias a Dios, Cris obedece y cubro su culo con una toalla para que deje de tentarme. Me vuelvo con un suspiro a preparar el dichoso aceite. En cuanto pongo mis manos aceitosas sobre su espalda, mi polla hace acto de presencia y Cris deja escapar un gemido que me hace inspirar con fuerza. Su piel está caliente, es suave y me tienta para que deje el masaje y me la folle como es debido, pero me limito a recorrer su espalda con movimientos lentos, sin acercarme siquiera a su culo, mucho menos a su sexo.

—Ahora entiendo por qué hacen cola para verte... —ronronea— Eres bueno, joder... muy bueno.

Aprieto los dientes ante el tono ronroneante de su voz. Cris abre ligeramente las piernas y la toalla se desliza hacia un lado, dejando al descubierto su culo... y los labios de su sexo. Mi polla corcovea dentro de los pantalones intentando escapar, pero cierro los ojos e intento respirar profundamente para poder concentrarme y olvidarme de las ganas que tengo de mandarlo todo a la mierda y follármela.

—El masaje es erótico, Ken —me recuerda.

—¿Y qué te crees que estoy haciendo?

—Solo te lo recuerdo.

—¿Crees que los masajes eróticos se basan en magrearle el coño a una tía hasta que se corre? Pues estás muy equivocada.

Me vuelvo para untarme las manos nuevamente de aceite y respirar un poco. Normalmente la meditación me sirve para calmarme, pero esta vez mi polla no responde y ya me estoy haciendo daño con la cremallera de los vaqueros, así que me la aprieto un poco para bajar la erección.

—Date la vuelta —ordeno.

Vierto un reguero de aceite entre sus pechos y empiezo a masajearlos con movimientos circulares, pero tengo que morderme el labio para no gemir al sentirlos en mis manos. Tiernos, suaves y apetecibles... me imagino

recorriéndolos con la lengua, pellizcando esos pequeños pezones con los dedos mientras me hundo en su interior, y termino gimiendo sin poder evitarlo.

—Eso debería hacerlo yo —ronronea ella arqueando la espalda con una sonrisa.

En vez de responderle cojo una de mis piedras calientes y empiezo a pasarla por encima de sus pezones. El contraste del calor de la piedra consigue endurecerlos y Cris gime alargando la mano hasta su sexo para acariciarse, pero la detengo a mitad de camino.

—Las manos quietas —ordenó.

—Te has empalmado y solo me has tocado las tetas, Ken. Podrías terminar el masaje en condiciones, ¿no crees?

—¿Te has propuesto darme la noche?

—Solo quiero echar un polvo contigo, nada más.

Esta mujer va a terminar conmigo... juro que va a terminar conmigo. Bajo la piedra por su estómago, y aunque esto no forma parte del masaje convencional la paso por los labios de su sexo una y otra vez sin profundizar, provocándola un poco. ¿Quiere jugar con fuego? Pues se va a quemar. Cris abre más aún las piernas y la introduzco entre sus labios, la paso por su ingle y vuelvo a meterla de nuevo entre sus pliegues. Cris tiene los ojos cerrados, se relame y mueve las caderas al ritmo de los movimientos de la piedra. Ahora mismo enterraría la cabeza entre sus piernas y la lamería hasta que gritara mi nombre...

Suelto las piedras y vierto un poco de aceite sobre sus labios, su estómago y sus tetas. Masajeo primero su abdomen y me centro con una mano en sus pechos mientras que con la otra acaricio su sexo, rozando apenas su clítoris y sin acercarme siquiera a su entrada. El sudor corre por mi frente, las mandíbulas me duelen de la fuerza con la que estoy apretando los dientes y mi polla está a punto de explotar. Pero me aparto de ella de golpe cuando siento

su mano apretar mi verga a través de los pantalones. ¿Qué cojones estoy haciendo?

—¿A dónde vas? —pregunta cuando me alejo hasta la mesa de aceites para intentar respirar con normalidad.

—Esto es mala idea, Cris... Muy mala idea.

—¿Por qué?

—Porque somos amigos, por eso.

—Claro, porque los amigos nunca terminan acostándose juntos, ¿verdad?

—Yo no me acuesto con compañeras de trabajo, lo sabes.

Se acerca a mí y pega su cuerpo a mi espalda. Puedo sentir su aliento acariciando mi oreja y el estómago me da un vuelco al sentir sus manos sobre mi pecho.

—Te pongo cachondo, Ken, no puedes negarlo —susurra.

—Eso es irrelevante.

—¿De verdad? ¿Y por qué apenas puedes respirar?

—No importa lo que me hagas sentir, Cris, no voy a acostarme contigo.

—¿Es tu última palabra al respecto?

Joder, puedo notar en su voz que está a punto de llorar, pero no puedo darle lo que quiere.

—Lo es —susurro.

—Estupendo.

Cris recoge su ropa a toda prisa y se marcha de la habitación dando un portazo. Toda la culpa es de Axel, ¿qué coño pensaba que pasaría? Salgo a la puerta para que me dé un poco el aire, porque si no lo hago voy a terminar arrepintiéndome de haberla echado. Me llevo los dedos a la nariz e inspiro profundamente para recordar su aroma, una mezcla dulce y picante que me hace desear más... mucho más.

—¡Mierda! —exploto dándole una patada al cubo de la basura del local  
— ¡Joder!

—¿Se puede saber qué te ha hecho el pobre cubo? —pregunta Joel, que me ha estado observando todo el tiempo.

—¡El cubo no! ¡Axel es gilipollas!

—¿Qué ha hecho?

—Ha permitido que Cris pague uno de mis masajes.

En vez de solidarizarse conmigo, mi supuesto mejor amigo rompe a reír.

—¿Qué te parece tan gracioso? —protesto.

—Tú, tío. ¿Pero te estás viendo?

—Estoy demasiado enfadado y empalmado para perder el tiempo en mirarme.

—Exactamente. Estás empitonado y aun así te enfadas con Axel por ponerte a Cris en bandeja.

—¡Que no voy a acostarme con Cris! ¿Cómo tengo que decirlo para que se me entienda?

—Has tenido a esa mujer en tu camilla completamente desnuda, la has tocado y apuesto a que ella se estaba derritiendo. ¿Por qué coño no te la has tirado?

—Porque trabajamos juntos. Porque ya tuve un problema con una compañera a la que me tiré y paso de que se vuelva a repetir.

—Al final ella se va a cansar de esperarte y se va a buscar a otro.

—¡Eso es lo que tiene que hacer, joder! Eso es justo lo que tiene que hacer.

—Tío, espero estar aquí para verlo. Espero estar presente cuando te destrocen los celos cuando otro tío le coma la boca y le meta mano libremente, porque quiero ser yo quien te diga que eso te pasa por gilipollas.

Le hago un corte de manga a mi amigo y entro de nuevo en el local. Ni

siquiera me digno a mirar hacia la barra, no quiero ver la cara de Cris ahora mismo. Lo mejor que puedo hacer ahora es encerrarme en mi habitación y no salir hasta la hora del cierre.

## Capítulo 3

No he podido dormir en toda la noche por culpa de Cris. No he podido olvidarme de su cuerpo, del tacto de su piel, de su olor... al final he tenido que masturbarme dos veces como un adolescente salido para poder echar una cabezada en el sofá... y el gilipollas de mi hermano me ha despertado en lo mejor del sueño.

—¿Se puede saber qué coño quieres? —protesto dejándome caer de nuevo en el sofá.

—Vengo a ver a mi hermano, ¿o es que lo tengo prohibido?

—Tú sabes que trabajo por las noches, ¿verdad?

—Son las cuatro de la tarde, Ken. Normalmente ya estás despierto a esta hora.

—Pues hoy no lo estaba, cabrón.

—¿Una mala noche?

—La peor. Al inteligente de mi jefe se le ha ocurrido permitir que Cris contrate un puñetero masaje erótico. No tengo que decirte cómo terminó la cosa, ¿verdad?

—¡Al fin te la has follado! —exclama el otro subnormal— Ya era hora, tío.

—No me he follado a nadie, payaso.

—Sabía que eras tonto, pero acaba de sorprenderme cuánto.

—Estuve a punto —reconozco—. Me tomé ciertas libertades que solo me tomo cuando termino follándome a la clienta, pero al final recuperé la razón.

—La perdiste más bien. ¿Y ella cómo se lo tomó?

—Supongo que nada bien.

—¿Supones? ¿Cómo que supones?

—Preferí evitarla el resto de la noche.

—Mira que puedes llegar a ser idiota a veces, macho.

—Pues sí, seré todo lo gilipollas que quieras, pero me va mejor así.

—Claro, por eso no duermes bien.

—Ese es mi puto problema, Jiro.

—Muy bien —suspira levantándose—. Me rindo, haz lo que te salga de la polla. Allá tú si pierdes a la mujer de tu vida por subnormal.

Mi hermano se marcha dejándome un poco de tranquilidad. Paso casi todo el día durmiendo... o al menos lo intento, porque no puedo dejar de pensar en Cris. La verdad es que me preocupa cómo serán las cosas a partir de ahora entre nosotros, porque anoche no me quedé a averiguar cómo se encontraba después de mi rechazo. A las siete me levanto para darme una ducha y me acerco al restaurante de la esquina a comerme una hamburguesa, que no he comido nada en todo el día y estoy hambriento.

Le he mandado un whatsapp a Joel para que me acompañe, y cuando le veo entrar con Mónica sé que la he cagado pero bien.

—Hola, bombón —digo levantándome para saludarla.

—Hola, capullo —responde ella—. Pídeme lo de siempre, amor —le dice a su novio antes de marcharse al baño.

—¿Por qué la has traído? —protesto en un susurro— Ahora me va a caer la del pulpo.

—Estoy de acuerdo con ella, así que ahora te jodes.

—Se supone que eres mi mejor amigo.

—Se nota que ayer no te quedaste a ver cómo estaba... estaba muy dolida, tío.

—¿Y qué culpa tengo yo? Que no se hubiera metido en camisa de once varas.

—Está enamorada de ti, Ken.

Sus palabras me dejan en estado de shock. Sabía que yo le gustaba, pero de ahí a estar enamorada de mí hay un abismo.

—¿No crees que estás exagerando un poquito? —protesto.

—No, no exagero. Anoche lo confesó delante de todos.

Mierda... la he cagado pero bien... ¿Qué coño voy a hacer ahora? Mónica regresa a la mesa y me empuja con el culo para que le deje sitio en el banco y empieza a darme pequeños toquecitos con su minúsculo puño cerrado.

—Eres un estúpido, Ken —protesta sin dejar de golpearme.

—¿Por qué no vas a sentarte con tu novio? —protesto— Mírale, te echa de menos.

—¿Crees que diciéndome eso te vas a librar de la bronca que te mereces?

Mueve el dedo índice negando con el hocico apretado, haciéndome reír. Si es que es muy mona, coño... es un encanto hasta enfadada.

—¿Se puede saber por qué me culpas a mí? —pregunto— Me duele la boca de decir que jamás me acostaré con una compañera de trabajo y ella se presenta desnuda en mi camilla...

—¡Pero te gusta!

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que tú también le gustas a ella —responde cruzándose de brazos.

Joder, así dicho suena tan sencillo... pero tengo miedo de que vuelva a descontrolarse, ¿tan difícil es de entender?

—¿Y qué pasa si no funciona? —pregunto— Tendría que dejar de trabajar en el *Butterfly* y me gusta mi trabajo.

—No entiendo que tuvieras que dejarlo —replica ella—. Los dos sois lo suficientemente adultos para llevar una ruptura de manera civilizada.

—En eso tiene razón —dice Joel.

—Tú mejor cállate, no la animes más.

—Es evidente que estás colado por ella —continúa Mónica—, ¿por qué no lo intentas?

—Lo único que pienso hacer es disculparme con ella, pero olvídate de que haga algo más.

Dicho esto, dejo el dinero de la cena sobre la mesa y me marchó al pub. Me sorprende ver detrás de la barra a Erin, que normalmente aparece por el bar solo para recoger a su marido.

—¿Dónde está Cris? —pregunto sentándome en un taburete.

Me mira de reojo antes de negar con la cabeza y seguir con lo que está haciendo.

—Se ha tomado un par de días libres —explica—. Volverá la semana que viene.

—¿Unos días libres? —pregunto extrañado.

—Se ha ido a pasar unos días a la playa —continúa Lara—. Dice que necesita poner distancia después de lo de ayer.

—Mierda...

—Si no tenías pensado terminarlo, ¿por qué lo empezaste? —pregunta Lara.

—Intentaba ser profesional —explico—, pero la cosa se descontroló.

—Pues ahora ella está destrozada y veo que tú te sientes culpable —protesta Erin.

—Quería disculparme con ella —me defiendo.

—Espera a que vuelva —me aconseja Lara—. Dale el tiempo que necesita para recomponerse.

Asiento y me voy al despacho de Axel. Mi jefe está sentado delante del escritorio y Brais está tirado en el sofá con los ojos cerrados.

—Déjame hueco —le digo empujándole la pierna.

—No te lo mereces.

—¡Joder! ¿Tú también? —protesto— Ya he tenido bastante con la bronca de Mónica, ¿sabes?

Parece que le doy un poco de lástima porque se aparta para que pueda sentarme. Me dejo caer en el sofá con un suspiro que atrae la atención de mi jefe.

—¿Qué te pasa? —pregunta.

—Me estoy agobiando mucho con todo esto, en serio —respondo.

—Tú tienes un trauma sin resolver con lo que te pasó con aquella chica en el restaurante de tus padres, Ken —dice Ax—. Deberías ir al sicólogo, en serio.

—¿Qué pasó? —pregunta Brais, que no sabe nada de mi pasado.

—Me lié con una compañera pero la cosa no salió bien y corté con ella —explico.

—¿Y qué tiene eso de traumático?

—La mujer no era demasiado estable psicológicamente y le acosó. Incluso llegó a amenazarle con el suicidio si no volvía con ella.

—¿Y tú crees que Cris haría algo tan estúpido? —protesta mi amigo con un bufido.

—Sé que no lo haría, pero...

—Pero estás traumatizado y necesitas terapia —repite Axel.

—No seas exagerado... no es para tanto.

—¿No? —protesta Brais— Estás loco por Cris y aunque se te ha

ofrecido literalmente en bandeja la has rechazado.

—No tiene nada que ver.

—¿Entonces por qué lo has hecho? —pregunta mi jefe.

—Porque no quiero problemas en el trabajo —me defiendo—. Si la cosa no funciona...

—Si la cosa no funciona, ¿qué? —continúa Ax— Trabajáis en diferentes salas y solo os veis a la hora de abrir y de cerrar. No tiene por qué haber ningún problema.

—Sería incómodo —me defiendo.

—Es que no entiendo por qué tienes que ponerte en lo peor —dice Brais—. También puede salir bien, ¿o no?

—No lo sé... —suspiro— Cris es demasiado complicada para mi gusto.

—¡Tócate los huevos! —ríe Brais— ¿Y qué mujer no lo es, tío? ¿O acaso crees que Erin es fácil de entender?

—Pero la conoces desde siempre.

—La conozco desde que entré a trabajar aquí, igual que tú a Cris. Y te aseguro que no la conocí bien hasta que no empecé a salir con ella la primera vez.

—Y se jodió —digo triunfal.

—Pero me casé con ella —responde él más triunfal aún.

—¡Muy bien, muy bien! —Me doy por vencido—. Hablaré con ella cuando vuelva de las vacaciones y veremos qué pasa.

—Al fin una pequeña muestra de cordura —suspira Lara desde la puerta—. Creía que eras tonto de remate, pero veo que no del todo.

—Como esto salga mal ya me dirás lo gilipollas que soy —respondo—. Me voy a trabajar, que las cosas no se preparan solas.

Paso toda la noche pensando en mi decisión. Cris no se parece en nada a Itziar, es cierto, pero me preocupa lo que pueda pasar si la cosa no marcha

bien. Por otro lado, estoy deseando tocarla de nuevo, pero esta vez sin detenerme, sin apartarme cuando ella vaya a tocarme y terminando desnudo sobre ella... enterrado en su sexo hasta el fondo. Gimo sin poder evitarlo y la mujer que tengo en la camilla me mira con una sonrisa la polla, que está dura como una piedra.

—Podemos terminar el masaje en mi casa —ronronea.

La miro con una sonrisa y continúo con el masaje sin acercarme a las zonas más peligrosas. Ahora mismo solo me apetece acostarme con una persona, y posiblemente se encuentre a kilómetros de distancia.

## Capítulo 4

He tenido una semana de mierda. Por si no tuviera bastante con que Cris sigue sin aparecer por el Butterfly, lo único que las chicas me dicen de ella es “está recuperándose, déjala en paz”. ¿Por qué no puedo llamarla para ver cómo está? Antes del incidente del otro día éramos amigos, ¿no? Pero tal vez tengan razón y lo mejor es que la deje tranquila.

Estoy sentado en una cafetería esperando a Joel. Voy a acompañarle a comprarle un regalo a su chica, así que al menos estaré toda la tarde entretenido sin pensar en ella. Le saludo en cuanto le veo entrar por la puerta y se acerca a la barra a pedir antes de sentarse frente a mí.

—Siento llegar tarde, tío —se disculpa—, pero tenía que esquivar a Mónica para que no sospechara nada.

—Tranquilo, no llevo mucho esperando. ¿Qué tienes pensado comprarle?

—No lo sé, por eso te he pedido ayuda.

—¿El regalo es por algo especial?

—No, tío —dice sonriendo—. Los mejores regalos son los que no se hacen en días señalados, ¿lo sabías?

—¿Lo has mirado en Internet? —bromeo.

—Ríete, capullo, pero el que duerma toda la noche como un angelito después de echar un polvo increíble voy a ser yo.

—¿Ya hemos llegado a tener que sobornarla para que se acueste contigo? —ríe.

Hacía tiempo que no bromeaba con mi colega y lo echaba de menos. Joel se limita a mirarme por encima de su taza de café mientras da un sorbo y pone toda su atención en el crepe de chocolate y nueces que se ha pedido.

—Te vas a poner morado —digo mirándole.

—Tengo que recuperar fuerzas para esta noche, que Mónica me está dejando seco últimamente.

—¿Te esclaviza atado a la cama?

—No, pero casi —ríe él—. No me estoy quejando, pero tengo que recuperarme.

Sonríe llevándome la taza a los labios, pero la dejo a mitad de camino cuando veo a Cris entrar por la puerta. Va del brazo de un tío bastante alto, un guaperas de pelo rubio que la mira con una sonrisa. ¿Eso es lo afectada que estaba por mi rechazo? Dejo la taza con cuidado sobre la mesa sin dejar de mirarla.

—¿Qué pasa? —pregunta Joel con curiosidad.

En vez de responderle le hago una seña hacia donde se encuentra Cris y el muy gilipollas llama su atención.

—¿Pero qué coño haces? —susurro.

—¿Cómo que qué hago? Llamarla, ¿qué quieres que haga?

—Recuérdame que te dé un puñetazo cuando se larguen.

Cris se acerca a la mesa con una sonrisa, pero por suerte el guaperas no se acerca ni ella se sienta con nosotros.

—Hola chicos, ¿qué hacéis aquí? —pregunta mirando a Joel.

—Vamos a comprarle un regalo a Moni —explica Joel—. ¿Cuándo has vuelto a la ciudad?

—Anoche —explica ella—. Os dejo, que me están esperando.

Se marcha sin dedicarme ni una puñetera mirada y yo me quedo con cara de gilipollas. ¿Toda una semana comiéndome la cabeza por nada? Vuelvo a centrar mi atención en su mesa. Su acompañante y ella hablan bastante pegaditos, muy cómplices y sonrientes, y a mí se me revuelven las tripas solo de pensarlo. Yo planeando cómo lograr que haya algo entre nosotros cuando volviese de su escapada y resulta que ha vuelto muy bien acompañada...

—Deja de mirarles —protesta Joel—. Joder, si las miradas matasen les habrías fulminado hace rato.

—Ya veo lo afectada que está por lo que pasó en el Butterfly —protesto.

—Y lo estaba —explica mi amigo—. Se pasó un buen rato llorando con las chicas antes de que Axel la llevara a casa.

—Pues para estar tan enamorada de mí como todos decís me ha sustituido muy rápido.

—¿Eso que noto en tu voz son celos? —ríe él.

—No, pero me jode las broncas que me he comido por lo que pasó aquel día para nada.

—Ni siquiera sabes si son pareja, tío —responde volviéndose a mirarles—. Están hablando, nada más.

—Bueno, ¿nos vamos o qué? —protesto.

—¿Tienes prisa? Hoy es nuestro día libre y no tenemos que ir a trabajar, Ken.

—Ya lo sé, pero para tu información yo tengo cosas que hacer.

Mi amigo levanta los brazos y obedece sin rechistar, cosa que agradezco. Pasamos un buen rato sin decir palabra. No puedo quitarme de la cabeza al tipo que acompañaba a Cris. ¿Quién coño será? No debería sentirme ofendido después de lo que hice, pero lo hago y no sé cómo reaccionar.

—¿Sigues pensando en ella? —pregunta Joel adivinando mis pensamientos.

—Cállate.

—No pensaba decirte nada.

—Mejor.

—No saques conclusiones precipitadas, Ken. Tal vez solo sean amigos.

—Y tal vez las vacas vuelen.

—¿No querías ir a hablar con ella? Hazlo esta noche, a ver qué pasa.

—Que me va a mandar a la mierda, eso va a pasar.

—Por intentarlo no vas a perder nada...

Y aquí estoy, sentado en mi coche en la puerta de su casa como un auténtico gilipollas decidiendo si subo a hablar con ella o no. Tiene la luz del comedor encendida, así que está en casa, pero no sé si lo está acompañada. ¿Desde cuándo soy un cobarde, joder? Salgo del coche y subo hasta su planta aprovechando que una vecina sale a sacar a su perro a la calle y pego en el timbre. El corazón me va a mil ahora mismo y tengo que secarme las manos en los vaqueros. Su cara de sorpresa al verme no tiene precio, la verdad.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

Ni un “hola”, ni una sonrisa... nada. Parece que la cosa está peor de lo que imaginaba...

—¿Puedo pasar? —pregunto.

Aunque se lo piensa un momento, asiente y se aparta para dejarme pasar. Su casa es como ella: divertida, sencilla y acogedora. Me siento en una silla y ella se dirige hacia la zona de la cocina.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta sacando una botella de agua del frigorífico.

—Estoy bien, gracias.

Cuando se llena un vaso de agua vuelve a donde estoy y se sienta frente a mí. Lo más alejada posible... estupendo.

—Tú dirás —dice sin más.

Me quedo mirándola un segundo. Nunca he querido pararme a pensar en lo guapa que es... pero lo es, sin duda. Creo que nunca he visto una mujer más guapa que ella. Lleva puesto un vestido veraniego bastante cortito que apenas le cubre los muslos ahora que está sentada, y no puedo evitar pensar en lo que esconde. Carraspeo para volver a la realidad y hacer lo que he venido a hacer de una vez por todas.

—Siento mucho lo que pasó aquella noche, Cris —empiezo—. No era mi intención hacerte daño.

Ella asiente sin decir nada. Vale, nena... no me lo piensas poner fácil, ¿verdad?

—Me pillaste por sorpresa —reconozco—. Sabes que siempre había pensado que lo mejor era no tener nada con compañeras de trabajo y cuando te vi desnuda la cosa se me fue de las manos.

—Ya no importa.

—Sí que importa. Me he dado cuenta de que he sido un imbécil por negarme a ver lo mucho que me gustas.

—Es demasiado tarde, Ken.

—¿Es por el tío ese? —estallo— ¡Acabas de conocerle, por amor de Dios!

—Ha sido muy bueno conmigo y quiero ver hacia dónde nos lleva esto.

—¿Y nosotros qué? —protesto.

—¿Nosotros? ¿Desde cuándo hay un nosotros, Ken?

—Desde ahora mismo si tú quieres.

—No puedes estar hablando en serio...

—Sé que me comporté como un auténtico capullo, pero desde aquel día no puedo sacarte de mi cabeza, nena.

—No me digas nena... no soy tu nena.

Me acerco a Cris, pero ella se retira hasta quedar atrapada entre la

esquina de dos paredes.

—Dime que ya no sientes nada por mí y me iré —susurro apartando un mechón de pelo de su cara—. Dime que le prefieres a él y te dejaré en paz.

—¿Por qué ahora, Ken? ¿Por qué de repente estás tan interesado en mí?

—¿Cómo que por qué? ¿Tiene que haber un por qué?

—Yo te lo diré. Me has visto con otro hombre, te has dado cuenta de que no voy a estar ahí siempre y te has acojonado.

—¡Sí, maldita sea! —grito pegándome más a ella— ¡Te he visto con ese gilipollas y me han dado ganas de partirle su bonita cara por atreverse a tocarte!

Acerco mi boca a la suya con fuerza, reclamando lo que es mío, y aunque al principio Cris se resiste termina rindiéndose y enlaza sus brazos a mi cuello. Rodeo su cintura con los brazos y la aprieto contra mi cuerpo para que pueda notar el bulto de mi erección, pero la llave en la cerradura de la puerta la hace apartarse como si se hubiera quemado.

—¿Ya tiene llaves de tu casa? —protesto apartándome de ella.

—Se la he dejado para que vaya a comprar.

—¿Y te fías así, sin más?

—¿Pero y a ti qué te importa? —espeta— Es mi puñetera vida, Ken. No tienes derecho a inmiscuirte en ella.

—¿Eso crees?

Recojo las llaves y las gafas que utilizo para conducir de la mesa antes de volverme de nuevo hacia ella.

—Esto no ha acabado, Cris —susurro—. No pienso darme por vencido en la vida.

Dicho esto, miro con asco al gilipollas y le arraso al pasar hacia la puerta, que cierro dando un portazo. Si Cris se cree que voy a quedarme de brazos cruzados mientras ella tontea con el muñequito ese es que no me

conoce en absoluto.

## Capítulo 5

Estoy esta noche en la barra porque no tengo ningún masaje por ahora y Cris sigue sin aparecer. Axel dice que vendrá el sábado, y a mí esa noticia me pone de una mala leche acojonante. ¿Qué va a hacer estos dos días? ¿Hartarse de follar con el muñeco que se ha echado por novio?

—¿Me puedes explicar qué te ha hecho esa copa, Ken? —protesta Erin quitándomela de las manos.

—Lo siento —me disculpo—, estaba pensando en otra cosa.

—¿En Cris, tal vez?

—En ella y en el tipo con el que está. Joder, parece el muñequito de la Barbie.

—¿El Ken? —ríe ella.

—Un respeto a mi nombre, bonita, que yo no me estoy metiendo contigo.

—Es que se llama así...

—El gilipollas ese se parece más a los *G.I. Joe*.

—¿Y esos qué muñecos son?

—¡Ay, si es que eres una enana! —bromeo revolviéndole el pelo— Eran unos muñecos que se pusieron muy de moda en los ochenta. Solían ser soldados de élite con músculos, como el pavo ese.

—Joder, Ken, sí que eres viejo.

—¡Oye! Seguro que tu hermano y tu marido también han jugado con

ellos. Eran el no va más en nuestra época.

—Sé que mi hermano jugaba con los *Playmovil*, pero yo no recuerdo haber visto ningún soldado musculoso.

—Tu hermano es que era más pijo.

—¿Yo más pijo? —pregunta Axel acercándose— ¿Y eso por qué?

—¿No tenías ningún *G.I. Joe* cuando eras niño? —pregunto.

—Alguno tuve, sí. Pero prefería los dibujos animados.

—Estaban chulos, ¿a que sí?

—Guapísimos. Creo que sacaron la película también.

—Esa no la he visto... la buscaré en Internet.

—¡Y he sido transportada a un capítulo de “Cuéntame”! —se burla Erin.

—Un respeto, enana, que los niños sí tenían juguetes de verdad en nuestros tiempos —dice su hermano.

—En eso te doy la razón —corrobora ella—. Ahora están atontados con los móviles y las consolas.

Axel se marcha y yo sigo con mi trabajo, pero Erin no se va a dar por vencida ni mucho menos. Echo de menos los tiempos en los que apenas me hablaba porque no teníamos confianza... desde que se casó con Brais hemos coincidido muchas veces y ahora no se calla ni debajo del agua.

—Estábamos hablando del *G.I. Joe* de Cris —dice con una sonrisa.

—Cómo te gusta meter el dedo en la llaga, ¿verdad?

—Solo intento ayudarte —reconoce—. ¿O es que no piensas hacer nada?

La miro con una ceja arqueada y ella se sienta sobre uno de los frigoríficos mirándome con una sonrisa triunfal.

—Lo que suponía —afirma—. ¿Y bien?

—Ahora mismo puedo hacer poco —protesto—. Seguro que estará hartándose de follar con él mientras a mí me llevan los demonios.

—Tienes que demostrarle que vas en serio —me aconseja—. No vale con que le digas que te importa, tienes que demostrárselo.

—¿Tienes alguna idea?

—Si tanto te molesta que se acuesten, interrúmpelos —sugiere—. Ve a verla mañana con alguna excusa tonta y no te apartes de ella aunque te insinúe que lo hagas.

—¿Esa es tu brillante idea? —protesto.

—Es un comienzo.

—Un comienzo ridículo, Erin. Voy a parecer desesperado.

—¿Acaso no lo estás?

Joder, no llego a tanto, pero la verdad es que necesito hacer algo y hacerlo ya.

—Voy a hacerte caso —digo al fin—, pero como me salga el tiro por la culata me vas a tener que invitar a cenar.

—Cualquier excusa te vale para comerte la lasaña de mi mujer, ¿eh? —ríe Brais entrando en la barra.

Mi colega coge una botella de agua y besa a Erin antes de bebérsela de un trago.

—¿Todo tranquilo por tu sala? —pregunto.

—A esta hora ya sí —responde mirando el reloj—. Apenas falta una hora para cerrar.

—Mi sala ha estado vacía casi toda la noche —explico.

—Parece que a las mujeres ya no le gustan tus servicios —bromea él.

Le saco el dedo y me vuelvo para apuntar el licor que hay que rellenar. Pienso en una excusa para ir a casa de Cris, pero no se me ocurre ninguna. Creo recordar que me pidió que la ayudase a colgar unos cuadros y la lámpara nueva del salón, pero al final se me pasó y no fui a ayudarla. Supongo que esa es tan buen excusa como cualquier otra...

Cuando cerramos me voy a casa y tras darme una ducha me meto en la cama, pero pongo la alarma a las nueve para ir temprano a casa de Cris. Apenas puedo pegar ojo, tengo un sueño de cojones y lo único que me apetece ahora mismo es volver a la cama, pero en vez de eso preparo mi caja de herramientas y paro en el Starbucks para comprar un par de cafés y algunos dulces para desayunar con ella.

Cris me abre la puerta con un pijama de verano que apenas le tapa el culo o las tetas, con el pelo revuelto y tal cara de sueño que tengo que aguantarme las ganas de reír.

—¿Ken? —pregunta extrañada— ¿Se puede saber qué haces aquí a estas horas?

—Vengo a colgarte la lámpara —respondo apartándola para pasar a su casa—. He traído bollos y café.

—¡Son las nueve y media de la mañana!

—Lo sé.

—¿Es que hoy no duermes? Porque te aseguro que cuando trabajo no me levanto hasta las dos.

—Necesito luz para poder conectarte la lámpara, nena. Si espero a esta tarde no podré ponerla.

—La lámpara... Hace un mes que te pedí lo de la lámpara, ¿y te acuerdas hoy?

—Bébetelo el café y deja de protestar —le digo tendiéndole el vaso de papel—. Con leche y caramelo, como te gusta.

Ella coge el vaso y da un sorbo sin dejar de mirarme con suspicacia, pero yo la ignoro y pongo la caja de herramientas sobre la mesa para abrirla y sacar lo que necesito para colocar la lámpara dichosa. Por suerte el *G.I. Joe* no aparece por ninguna parte, así que tengo más libertad para hacer lo que me propongo.

—¿Dónde está la lámpara? —pregunto.

Ella señala a una caja que hay bajo la ventana sin soltar la taza de café y va hacia la bolsa para hurgar entre los dulces. Bien, Ken... lo estás haciendo cojonudamente bien.

—¿Dónde está el cuadro de luces? —pregunto.

—Detrás de la puerta, como en todas las casas del mundo.

Paso por su lado e intencionadamente la rozo con la cadera, haciéndola jadear. Sonrío sin poder evitarlo y bajo los plomos para poder colocar la lámpara, que la verdad es que está chulísima.

—Muy bien... sube los plomos y dale a la luz —ordeno sin bajarme de la escalera.

Cris le da al interruptor... y no pasa absolutamente nada. Miro de nuevo los cables para ver si están bien colocados, pero no hay nada fuera de lugar. Estará rota la lámpara... De pronto me doy cuenta de que Cris se está aguantando la risa.

—¿Qué pasa? —protesto.

—Baja aquí un momento —responde ella limpiándose una lágrima.

—¿Te parece gracioso que no funcione tu lámpara?

—¿Quieres venir aquí?

Obedezco y me paro frente a ella con los brazos cruzados.

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia?

Ella me agarra de los bíceps para darme la vuelta hacia la lámpara. Tengo que tragar saliva porque el contacto lanza una descarga eléctrica por mi estómago que logra que mi polla reaccione, y me muerdo el labio para no tener una erección.

—Mira la lámpara —susurra—. ¿Qué ves?

Intento centrar mi atención en la dichosa lámpara, pero es demasiado difícil teniéndola a ella respirándome en el oído. Carraspeo y doy un paso al

frente, poniéndome justo debajo del aparato para darme cuenta de que no hay bombillas puestas. La miro con una ceja arqueada y ella rompe a reír a carcajadas.

—¿Te estás riendo de mí? —protesto avanzando hacia ella.

—Reconoce que es gracioso —responde parapetándose detrás del sofá—. ¿A quién se le ocurre no cerciorarse de que estaban las bombillas?

Salgo a correr detrás de ella, que con un grito echa a correr por el pasillo hasta entrar en su dormitorio. La atrapo, forcejamos riendo... y termino sobre ella, tumbada en la cama. De repente toda la diversión se ha ido a tomar viento, sustituida por un deseo incontrolable que hace que mi polla reaccione y mis labios se acerquen peligrosamente a los suyos. Siento su respiración agitada sobre mi boca y rozo la suya un par de veces antes de profundizar el beso. Joder... ¿Por qué coño tiene que saber tan dulce?

Un gemido escapa de ambos a la vez, sus manos acarician titubeantemente mi pelo y siento una opresión en el pecho que me impide respirar con normalidad. Acuno su cara con las manos y recorro con mi lengua todos sus recovecos, saboreándola, grabándome a fuego su sabor para no olvidarlo jamás. Sé que está sintiendo mi polla lavada en la ingle, sé que sabe que solo tiene que decir una palabra para que mande mi control a la mierda y termine lo que empecé con aquel masaje, pero en vez de eso me aparta con cuidado y se levanta de la cama alejándose de mí.

—¿Qué pasa? —pregunto acercándome a ella y besándola en el hombro.

—No podemos hacer esto.

Me separo de ella como si me hubiera quemado y tras besarla en la mejilla vuelvo al salón para poner las bombillas. Cuando termino, recojo mis herramientas y voy a buscarla a su cuarto, de donde no ha salido en todo el rato.

—Ya está —digo acercándome a besarla en la frente—. Me marcho.

Ella asiente y se queda mirándome igual que aquel día en el Butterfly, pero esta vez me detengo en la puerta y le guiño con una sonrisa.

—No confundas mi retirada con una derrota, nena... —digo— Sé que necesitas tiempo y voy a dártelo, pero te aseguro que al final estaremos juntos, porque me quieres tanto como yo a ti.

Dicho esto, salgo silbando de la habitación y cierro la puerta de la calle con suavidad detrás de mí. Un pequeño paso cada vez, tío... un pequeño paso cada vez.

## Capítulo 6

Cuando llego al trabajo el sábado Cris ya está parapetada detrás de la barra. Me mira de reojo como si temiera que la atacase, y me limito a sonreírle con un guiño antes de meterme en el despacho de mi jefe.

—Buenos días, jefe —saludo sentándome en el sofá.

—Buenos días, Romeo.

Me quedo mirándole con una ceja arqueada y él se recuesta en el respaldo de la silla con los brazos cruzados.

—¿Por qué me ha pedido Cris que te mantenga alejado de ella? —pregunta con curiosidad.

—¿Y vas a hacerlo? —respondo sonriendo.

—Depende de lo que me contestes.

—Pretendo quedarme con ella.

—¿Ahora resulta que Cris es un objeto?

—Sabes a lo que me refiero, Ax. La he perdido por gilipollas y pienso recuperarla.

—Nunca ha sido tuya.

—Siempre ha sido mía, pero era demasiado gilipollas como para darme cuenta.

—En ese caso no voy a hacer lo que me pide, pero no hagas que me arrepienta.

—Gracias, jefe.

Me levanto y salgo del despacho. En vez de irme directamente a mi sala entro en la barra a coger una botella de agua. Rozo intencionadamente a Cris cuando me inclino sobre el frigorífico, y sonrío cuando ella deja escapar un siseo de sus labios. En vez de apartarme me levanto pegando mi nariz a su piel. Huele a melón, un olor dulce y delicioso que me hace lamerla justo debajo de la oreja, haciéndola jadear.

—¿Se puede saber qué haces, Ken? —protesta limpiándose ofuscada.

—Saborearte, eso hago. Estás deliciosa, nena...

—¡Que yo no soy tu nena!

—¿Seguro que no? —susurro agarrándola de las caderas y pegándola a mi cuerpo— Entonces, ¿por qué te pones nerviosa cuando me acerco? —Dejo mi boca a escasos centímetros de la suya—. ¿Por qué estás deseando que elimine la distancia que me separa de tu boca?

—Sigue soñando, Ken... sigue soñando.

S sonrío y la beso fugazmente en la boca antes de alejarme de ella silbando. No puede negarlo, aún le afecta mi presencia y eso me da cierta ventaja. Estoy terminando de preparar mi sala cuando veo a Brais entrar por la puerta.

—Hola tío, ¿qué pasa? —le saludo.

—Pasa que voy a romper la regla más sagrada del matrimonio después de la fidelidad, tío... eso es lo que pasa.

—¿A qué te refieres?

—Mi mujer me ha confesado un secreto que yo debería guardar porque mi lealtad es con ella antes que con nadie, pero no es algo que pueda callarme sin sentirme un canalla.

—¿Quieres dejar de darle vueltas y decirme qué coño pasa de una vez?  
—protesto— Me estás acojonando mucho, tío.

—¿Te acuerdas de ese tío con el que viste a Cris? El *G.I. Joe*.

—Como para olvidarlo...

—Pues no es su novio, tío. Ese no es su novio.

—¿Cómo que no es su novio? Pero si ella me dijo que...

—Erin me ha dicho que es un primo que ha venido de visita —explica Brais—. Como tú diste por sentado que era su ligue Cris aprovechó la situación para que la dejases en paz.

—Acabas de hacerme un gran favor, tío —respondo abrazándole—. Te debo una muy gorda.

—Como se te ocurra decirle a alguien que te lo he contado de corto los huevos —me amenaza.

—Tranquilo, no pienso decir nada.

Es la mejor noticia que podían darme... y ahora que sé que tengo el camino libre no pienso andarme con tonterías. Media hora antes de cerrar Axel asoma la cabeza por mi puerta. Estoy con una clienta, así que le susurro en el oído que espere un segundo y me limpio las manos antes de salir de la habitación.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Cierra Cris —explica mi jefe—. Yo me voy ya.

—¿Y por qué me lo dices?

—Porque Erin está ya en la barra esperando a Brais y le he dicho a Joel que le ponga una excusa para irse antes de que cierre. Espero que sepas aprovechar la situación.

—Gracias, Ax... de verdad.

—Lo hago por ella, capullo, no por ti. Llevo tanto tiempo viéndola pasarlo mal por tu culpa que debería dejarla putearte un poco más, pero haciéndolo Cris también lo pasa mal.

Mi jefe se marcha y entro para terminar el último masaje de la noche.

Como su pareja está presente le hago señas para que continúe con la parte caliente del masaje y pronto la mujer queda relajada sobre la camilla. Me doy la vuelta para dejarles intimidad, y tras un par de besos se marchan de la sala.

Recojo la habitación y me cambio de ropa para marcharme a casa... aunque espero terminar sin ella antes de salir por la puerta. Esta noche pienso hacerle el amor a Cris aunque sea lo último que haga.

Me siento en la barra con una botella de agua a la espera de que se marchen los últimos clientes del local. Brais y Erin se despiden y se marchan cogidos de la mano justo cuando Joel entra mirando la pantalla del teléfono con una sonrisa.

—Tío, ¿te importa cerrar con Cris? —me pregunta.

Veo cómo ella le hace señas con la cabeza, pero sonrío y asiento.

—Sin problemas —respondo.

—Mónica me está esperando desnuda en la cama —alardea—. No quiero hacerla esperar.

—Vamos, capullo... ve a hacerle el amor a tu chica.

Escucho a Mónica protestar por lo bajo, pero la ignoro y me levanto detrás de Joel para cerrar la puerta cuando sale.

—Gracias, tío —susurro.

—De gracias nada, que es verdad. —Me enseña el mensaje bastante sugerente de Mónica—. Iba a dejarte solo con ella de todos modos, pero parece que mi chica se lo ha olido.

—Diviértete, tío —me despido palmeándole la espalda.

—Tú también.

Cierro la puerta y bajo los tres escalones con la mirada fija en ella. Cris sigue barriendo el suelo sin mirarme, pero tiene la espalda recta como un palo y casi puedo ver la tensión en sus hombros.

—Al fin solos... —suspiro.

—Deja de vagar y coge la fregona, que hay que terminar de limpiar.

—¿Tienes pisa? —pregunto acercándome.

—La verdad, sí. Quiero irme a casa yo también.

Cuando poso mis manos sobre sus hombros casi salta del susto. Empiezo a masajearlos suavemente y ella se relaja en seguida.

—Estás demasiado tensa, nena... —susurro— Tienes que relajarte.

—¿Quieres parar de una vez, Ken?

—No —digo con los dientes apretados—. No pienso parar.

Le doy la vuelta y de un solo movimiento la dejo sentada sobre uno de los frigoríficos de bebidas. Ella se agarra con fuerza al borde e intenta bajarse, pero se lo impido con mi cuerpo.

—Se acabó el juego, cariño —digo—. *Game over*.

—¿Por qué no puedes dejarme en paz? —protesta— Te recuerdo que tengo novio.

—Un novio que no es capaz de venir a buscarte al trabajo el día que tienes que cerrar sola.

—Se levanta muy temprano para ir a trabajar —le defiende.

—Tampoco estaba contigo el día que fui a colgarte la lámpara. Que dicho sea de paso, bien podría habértela puesto él.

—No tiene ningún conocimiento de electricidad.

—No hay que ser electricista, cielo. Se conectan los cables del mismo color a una ficha de empalme y listo.

—No todo el mundo es tan perfecto como tú, Ken —se burla.

—Te parezco perfecto, ¿mmm? —ronroneo besándola en la base de su cuello.

—¿Quieres parar? —gime.

—Si quieres que pare, ¿por qué no me apartas?

Sin más, hundo la lengua en su boca. Su sabor a caramelo me hace gemir

y la sujeto de la cintura para pegarla a mi erección. Estoy a mil por hora, ahora mismo lo único en lo que puedo pensar es en ella. Cris se sujeta con fuerza al borde de la nevera, negándose a reconocer que está tan afectada por el beso como yo. Puede negarse a admitirlo todo lo que quiera, pero está devolviéndome el beso, está reaccionando al roce de mi polla entre sus piernas, está suspirando de placer igual que yo.

Subo las manos por su espalda hasta desabrocharle el sujetador y acuno su nuca con una de ellas mientras que con la otra hago círculos sobre su piel para intentar relajarla. Al fin Cris aparta las manos del frigorífico y las sube titubeante por mi pecho, haciéndome jadear. Cuando las siento enredarse en mi cuello estoy a punto de perder la cabeza por completo, y la levanto del culo para llevarla a un lugar más cómodo donde hacerle el amor.

—Suéltame Ken —me pide—. Por favor.

—Nunca —respondo con intensidad—. Jamás voy a soltarte.

—¿Por qué me haces esto? —pregunta al borde del llanto intentando zafarse— ¿Por qué no puedes dejarme ser feliz?

—Porque te quiero —reconozco—. Te quiero tanto que verte con otro hombre me ha hecho darme cuenta de lo estúpido que estaba siendo por permitirle tenerte.

Ella me mira con los ojos como platos sin saber qué decir. Es ahora o nunca, tío. O se lo dices ahora o la perderás para siempre.

—Cuando era joven me lié con una compañera de trabajo —reconozco—. No era nada serio, pero cuando la cosa terminó se volvió loca y amenazó con suicidarse.

—Así que por eso no querías que pasara nada entre nosotros...

—Pero tú no eres ella, lo sé. Tú no eres ella y lo que siento por ti no tiene nada que ver con lo que sentí por ella.

# Capítulo 7

Cris se aparta de mí y se queda mirándome con los brazos cruzados.

—Debería sentirme ofendida porque hubieras pensado que estoy loca — protesta.

—Yo no... —detiene mi defensa levantando la mano.

—¿Por qué no me lo contaste antes? —pregunta.

—Porque si te lo contaba terminarías convenciéndome de que me equivocaba.

—¡Y lo hacías!

—¡Joder, ya lo sé! Axel dice que necesito ir al psicólogo para superarlo y ahora creo que tiene razón.

—Dios, Ken... —suspira acercándose— ¿Por qué tienes que ser tan cabezota?

—Supongo que necesito que me hagas dejar de serlo.

Vuelvo a besarla, y gracias a Dios ella se abraza a mí con fuerza, como si temiera que la soltara. La vuelvo a levantar en peso para tumbarla en la primera cama que encuentro y me dejo caer a medias sobre ella, sin aplastarla. Cuando abre los ojos para mirarme los tiene velados por el deseo, y sonrío satisfecho de haber ganado la batalla... o eso creo. Pego mi boca a su cuello para morderla suavemente, bajo por su piel hasta encontrarme con su pecho a través de la camiseta y aparto un poco el escote para dejarla al descubierto.

Es pequeña, firme, con ese delicioso pezón que aquella vez me quedé con las ganas de probar... esta vez nada me impide que lo haga. Las gilipolleces que tenía en la cabeza entonces han desaparecido y rozo el pequeño botón con la lengua antes de metérmelo entero en la boca. Jadeo porque tenía tantas ganas de probarlo que estoy a punto de correrme y cojo el otro pecho con la mano mientras le dedico a este mis caricias. Suaves, lánguidas, pero certeras. Cris suspira con los ojos cerrados, arquea la espalda y acaricia mi pelo con sus dedos.

—Joder, nena, sabes tan bien... —ronroneo.

Me deshago de su ropa rápidamente para tenerla de nuevo como aquella vez, desnuda ante mis ojos. Beso su ombligo y sigo bajando mi lengua por su estómago hasta llegar al objeto de mis mejores fantasías desde aquel día: ese sexo depilado que me quedé con las ganas de probar.

—¿Recuerdas el día del masaje, nena? —Ella asiente—. Ese día estuve a punto de correrme solo con mirarte. —Soplo sobre sus labios, que ya están húmedos e hinchados—. Estaba acariciándote aquí y me moría de ganas de hacer esto.

Sin apartar mi mirada de la suya paso mi lengua por sus pliegues. Su sabor almizclado inunda mi boca dejándome mareado, y hundo la punta de la lengua entre sus labios para alcanzar su clítoris hinchado. Cris gime, se retuerce bajo el peso de mi cuerpo sobre sus piernas e intenta hacerme subir hasta tenerme cara a cara, pero le sujeto las muñecas suavemente con las manos para que me deje hacer.

—Quiero que me folles ya, Ken —protesta.

—Follarte nunca, nena... A ti siempre te haré el amor.

Vale, sí... tengo una vena romántica escondida que sale a flote cuando estoy con una mujer que me gusta... y Cris es el puto amor de mi vida. Me detengo en seco al darme cuenta de ello, y me pongo de pie para desnudarme,

colocarme un preservativo y ponerme sobre ella.

—Eres el amor de mi vida, nena —susurro a la vez que me estoy hundiendo lentamente en ella.

—Y tú eres el amor de la mía, estúpido —responde con un sollozo.

Me detengo en seco al ver las lágrimas caer por sus mejillas.

—¡Ey! —susurro secándolas con el dedo— ¿Qué te pasa?

—Que aún no me creo que esto sea real, que esté pasando de verdad.

Una ternura desconocida para mí inunda mi pecho arrancándome una sonrisa.

—Mírame, Cris —susurro.

Ella obedece y sujeto su cara con mis manos para mirarla a los ojos.

—Soy real, estoy aquí, nena —respondo besándola fugazmente en los labios— y prometo compensarte por haber tardado tanto en darme cuenta de que te quiero durante el resto de nuestra vida.

—Más te vale, o te juro que la próxima vez que hagas el tonto de esta manera te cortaré los huevos de raíz.

La beso con una sonrisa y ella rodea mi cuello con sus brazos dejando escapar un suspiro. Empiezo a moverme despacio, mirándola a los ojos, memorizando cada gesto de placer que se dibuja en su cara. Estar dentro de ella es el puto Nirvana, y tengo que morderme el labio para no terminar demasiado pronto lo que hemos empezado. Mis embestidas son lánguidas, pausadas, y me bebo sus gemidos cada vez que me acerco a su boca. No puedo parar de besarla, soy incapaz de apartar mis labios de los suyos. Cris empieza a arquear la espalda para salir al encuentro de mis embestidas, a rodear mis piernas con las suyas para ayudarme a moverme más deprisa, y pierdo el control de inmediato.

Mis embestidas son cada vez más rápidas, más fuertes, más intentas. Su boca se pasea por mi cuello dejando pequeños mordiscos que me hacen

estremecer, y sus músculos me exprimen, me engullen, me vuelven loco cada vez que se contraen alrededor de mi polla. No puedo más, mi verga corcovea a punto de la culminación y meto la mano entre nuestros cuerpos para acariciar el pequeño botón que la ayude a llegar más deprisa al orgasmo. Sus pupilas se dilatan y un grito ininteligible escapa de sus labios cuando el placer la recorre. Con un gemido, me dejo ir con ella, cayendo a su lado con un jadeo.

Permanecemos un rato así, sin movernos. Ella está de espaldas a mí, pero sé que está despierta. Llevo un rato haciendo pequeños círculos aleatorios sobre su piel, que poco a poco se ha ido enfriando, y me pego a su espalda para abrazarla y besarla en el hombro desnudo.

—Hola —susurro regando de besos su cuello.

Ella sonrío y se da la vuelta hacia mí.

—Hola —responde enredando sus piernas con las mías.

—Creo que deberíamos irnos ya, ¿no te parece?

—Creo que tienes razón. Hace más de una hora que debería haber puesto la alarma y Axel se puede preocupar.

—No creo que Axel se preocupe por eso esta noche.

—¿A qué te refieres?

—Creo que él ha hecho que nos quedáramos solos para poder arreglar lo nuestro.

—En ese caso mañana tendré que darle las gracias.

—Venga —digo levantándome—. Vámonos ya.

—¿A dónde?

—Mientras haya una cama enorme donde poder volver a hacerte el amor, no me importa en absoluto —respondo besándola de nuevo—. Ahora no pienso separarme de ti por nada del mundo, así que dile al tipo ese lo antes posible que se vaya por donde ha venido.

Sí, soy un cabronazo, pero quiero darle la oportunidad de confesarme la

verdad antes de empezar algo serio entre nosotros. Cris se levanta y empieza a vestirse en silencio. La observo mientras hago lo mismo, pero cuando se dispone a salir de la habitación sin mirarme la cojo de la muñeca y la vuelvo para atraerla de nuevo hasta mi pecho.

—¿Qué te pasa? —pregunto.

—Nada, olvídalo.

—¿Que lo olvide? Cariño, acabo de hacerte el amor y estás seria y preocupada. No voy a olvidarlo.

Ella desvía la mirada pero no dice nada. Vamos, nena... ¿no vas a contármelo?

—Si estás preocupada porque no haya usado protección... —empiezo a decir.

—No es por eso —me interrumpe—. Sé que la has usado y yo tomo anticonceptivos.

—¿Entonces?

Ella suspira y me coge de la mano para llevarme hasta la barra, donde me hace sentarme en un taburete y ella se sienta frente a mí.

—No he sido totalmente sincera contigo, Ken —empieza a decir.

—¿A qué te refieres?

—Cuando me viste en el bar con aquel hombre diste por sentado que era mi novio, y cuando discutimos no te saqué de tu error.

—Mi error...

—Sí. Ese hombre no era mi novio, ni mucho menos. De hecho es mi primo, que ha venido a pasar unos días con la familia y a quien le estaba enseñando la ciudad.

—¿Y por qué me dejaste creer que era tu novio?

—Porque estaba muy dolida contigo por haberme rechazado y pensé que tal vez así te daría el empujoncito necesario para que te atrevieses a reconocer

que yo te gustaba.

—Y ha hecho efecto, nena —susurro acercándome para besarla—. Si no llega a ser por eso no creo que estuviéramos ahora mismo aquí.

—¿Me perdonas? —pide mirándome con ojos de cachorrito desamparado.

—Creo que debería pensármelo —bromeo—. Tal vez tengas que hacerme la pelota un poco para conseguir mi perdón.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo crees que sería apropiado empezar a pelotearte?

—¿Qué tal si pasas la noche conmigo? Tal vez por la mañana podrías prepararme el desayuno y llevármelo desnuda a la cama...

—¿No crees que ya estás pidiendo mucho?

—Seguramente, pero si cuela...

Ella me sonrío, me da un fugaz beso en los labios y se levanta para terminar de recoger antes de marcharnos. En la puerta, Cris tira de mí hacia su moto, pero la detengo a medio camino.

—Métela en el *Butterfly* —ordenó—. Tengo el coche ahí mismo.

—¿Vas a meterme mano mientras conduces? —ronronea ella provocándome.

—Es una idea que me ronda la cabeza, sí... Lo malo es que llevas vaqueros y me va a costar un poco, pero...

—No te preocupes, dejaré que abuses de mí cuando lleguemos a tu casa.

—Es la mejor idea que has tenido en toda la noche —susurro—. Tengo un par de trucos que solo pongo en práctica cuando abuso de mi chica, ¿no te lo había dicho?

# Epílogo

Observo a Cris desde mi silla. Está bailando como una loca en la pista con las chicas, que están celebrando que Brais va a ser papá. Miro a mi amigo que está sentado frente a mí mirando a su chica con una sonrisa bobalicona en el rostro.

—Ax, cógele la baba que va a llenar el vaso —bromeo.

—Déjale, que va a ser padre —ríe Joel.

Observo a mi jefe un momento, que no hace caso de la conversación con la mirada perdida en la pista.

—¿Qué te pasa, Ax? —pregunto— Estás en Babia.

—Voy a pedirle a Lara que se case conmigo.

Vitoreamos entre risas, atrayendo la atención de las mujeres, que nos sonrían y nos saludan antes de seguir con su baile.

—¿Sabes ya cuándo? —pregunta Joel.

—Tengo que prepararlo bien. Quiero que sea inolvidable para ella.

—¡Pero si el grandullón se ha convertido en un osito de peluche! —bromea Brais, que puede tomarse esas libertades por ser su cuñado.

—¿Qué queréis que os diga? —responde Ax— La quiero. Sé que quiero pasar el resto de mi vida con ella, así que ¿por qué esperar más?

—Enhorabuena, tío —responde Joel palmeándole la espalda.

—¿Y tú, Ken? —pregunta mi jefe— ¿Cómo terminó la cosa con Cris?

—Llevamos saliendo... veintitrés horas y dieciocho minutos — respondo mirando el reloj.

Otra oleada de vítores, esta vez dedicada a mí, atrae la atención de todo el local.

—Estamos dando la nota —observo—. Lo sabéis, ¿no?

—¿Y qué vas a hacer con tu trabajo? —pregunta mi jefe mirándome fijamente.

—¿Qué voy a hacer? Seguir currando como todo hijo de vecino — respondo.

—Pero los masajes que das...

—Los masajes que doy se limitan a zonas erógenas del cuerpo, Ax. De hecho solo he metido mano en aguas pantanosas cuando quería acostarme con la tía, y ahora estoy con Cris.

—¿Y ella no te ha dicho nada al respecto? —pregunta Joel.

—Ella sabe en qué consisten mis masajes y confía en mí. Además, si algún día me dice que le molesta... siempre puedo llamarla para que me acompañe y vea que no tiene nada de lo que preocuparse.

—Siempre puedes ir a trabajar con Jiro —sugiere Axel.

Le miro con una ceja arqueada y todos rompen a reír. Las chicas dejan de bailar y se acercan de nuevo a la mesa. Cris se sienta sobre mis piernas y rodea mi cuello con los brazos para besarme, lo que despierta otra tanta de vítores. Rodeo la cintura de Cris con los brazos para atraerla más hacia mi cuerpo, pero alguien las aparta. Miro por encima de su hombro para ver que es Erin quien lo hace, y la miro con una ceja arqueada.

—Dejadlo para la habitación, Ken —bromea—. Ahora tenemos que celebrar que voy a tener un bebé.

Cris me da un fugaz beso en la boca que promete continuar lo que empezamos mucho más tarde y vuelve a su asiento a mi lado, aunque me niego

a soltarle la mano ahora que salimos juntos.

—¡Pero qué monos sois! —suspira Lara.

—Venga, chicas, en serio... —protesta Cris— Dejadlo ya.

El camarero nos interrumpe trayendo la tarta que Erin había encargado para darle la noticia a Brais (al final no ha podido esperar y ha terminado soltándoselo en el *Butterfly*), que tiene forma de enorme pañal bicolor.

—Si no hubiera sido tan bocazas te habría hecho una foto cuando hubieras visto la tarta —se queja Erin—. Quería tenerla como la primera foto del álbum del bebé.

—Que alguien saque el móvil —dice Brais.

En cuanto Lara le apunta con el teléfono, Brais pone cara de sorpresa mirando la tarta para que le haga una foto.

—Listo —susurra mi compañero besando a su mujer—. Ya tiene la foto de la cara de su padre.

—Es un poco trampa, pero se parecía bastante a la que has puesto —ríe Lara.

—Da igual —susurra Erin besando a su marido—. Para mí es la cara perfecta.

—¡Míralos a ellos, Lara! ¿Es que acaso no son monos también? —ríe Mónica.

—Claro que sí —suspira la aludida apoyando la cabeza entre sus manos—. Me gusta vernos así, chicos, en serio.

Axel sonríe y abraza a su chica para besarla, y no puedo evitar levantar nuestras manos unidas y darle un beso a Cris en ella.

—Bueno, vamos a brindar por el bebé —sugiere Mónica levantando su copa.

Pasamos un rato bastante agradable bebiendo champán y comiendo tarta, pero la verdad es que ya estoy deseando estar a solas con mi chica.

—Bueno, chicos, nosotros nos vamos —digo levantándome.

—¿No comemos un poquito más de tarta? —pregunta Cris con un puchero exagerado— Ha sobrado un montón...

—¿Qué prefieres, tarta o...

—Hasta mañana —responde levantándose de inmediato rodeada de las risas de nuestros amigos.

—No te preocupes, Cris —dice Erin—. Esta noche te llevaré un trozo al *Butterfly*.

—Eres la mejor —susurra ella abrazándola.

Enlazo a mi chica de la cintura y salimos al aire fresco de la noche. Me detengo junto a la puerta de mi coche y la apoyo en él para besarla en condiciones.

—Llevo deseando hacer esto toda la puñetera tarde —susurro.

—Me temo que vamos a tener burla durante un tiempo.

—¿Y qué más da? —pregunto— Estamos juntos, nena. Lo demás me importa una mierda.

Aparto un mechón de pelo de su mejilla y vuelvo a besarla.

—¿Por qué tienes que ser tan guapa? —susurro.

—¿Se puede saber qué te pasa? —ríe ella— Pareces un pardillo enamorado.

—Es que soy un pardillo enamorado —respondo a la broma—. Estoy absoluta y completamente enamorado de ti.

Mis palabras logran su propósito, y Cris me mira con un suspiro antes de volver a besarme.

—Yo también estoy enamorada de ti, Ken —reconoce.

—Gracias a Dios.

Cris se ríe y me lanza una mirada traviesa.

—¿Por qué me miras así? —pregunto— ¿Ya estás tramando algo?

—He estado pensando mucho en una cosa últimamente.

—¿En qué?

—Aquel día pagué un masaje erótico completo, ¿verdad?

—Sí...

—Pero saliste huyendo y no lo terminaste.

—Ya sabes por qué me fui.

—Sí, pero pagué un masaje completo, así que aún me lo debes.

—¿Dónde quieres ir a parar?

—¿Qué te parece si nos vamos a casa y pagas tu deuda?

—En teoría es el Butterfly quien te lo debe... —bromeo.

—Cierto, pero tú eres su masajista, ¿no?

—¿Eso quiere decir que me va a tocar hacer horas extra?

—Justamente eso, sí.

Sonríe e intento besarla una vez más, pero ella me aparta.

—¿Se puede saber por qué te apartas? —protesto intentando atraparla—

Ven aquí y dame un beso.

—¿Vas a darme el masaje o no?

—¿Tú qué crees? —pregunto con una ceja arqueada— Estoy dispuesto a hacer el pino con las orejas si termino enterrado en ti, nena.

—Pero tiene que ser con final feliz.

—Con final, con principio... con lo que tú quieras, pero ven aquí de una puñetera vez.

Cris me dedica una sonrisa de oreja a oreja y se lanza a mis brazos para besarme. Creo que a partir de ahora mi vida va a ser mucho más interesante, divertida y complicada, pero os aseguro que merece la pena si cada mañana me despierto con el amor de mi vida dormido a mi lado.

**Fin**